

EL BOLCHEVISMO Y LA DICTADURA DEL PROLETARIADO



COLECCION

CARLOS RADEK
LEON TROTSKY
V. I. LENIN
y otros

EL
BOLCHEVISMO
Y LA
DICTADURA
DEL
PROLETARIADO

INDICE

Carlos Radek: La evolución del socialismo de la ciencia a la acción	4
León Trotsky: La Revolución de Noviembre	24
Gregorio Zinoviev: Parlamentarismo y bolchevismo	44
Gregorio Zinoviev: La socialdemocracia como instrumento de la reacción	49
V. I. Lenin: La dictadura del proletariado	56
Máximo Gorki: La rebelión de los esclavos	58
Máximo Gorki: Ayer y hoy	61
Anatolio Lunacharski: La labor de educación del poder de los soviets en Rusia	63
Alejandra Kolontai: La familia y el Estado comunista	74
Gregorio Chicherin: Los aliados y la contrarrevolución	84
Nicolas Bujarin: La organización de las fuerzas armadas y la estructura de la sociedad	89

Carlos Radek

LA EVOLUCION DEL SOCIALISMO DE LA CIENCIA A LA ACCION

La evolución del socialismo de la utopía a la ciencia

¿Qué es el comunismo? A esta pregunta, el joven Federico Engels contestó así en 1847:

“El comunismo es la doctrina de las condiciones de la victoria de la clase obrera.” Esta declaración, que contiene ya todo el espíritu del socialismo científico, corresponde a la verdad, y la obra de Marx y de Engels consistía, en primer lugar, en encontrar en la evolución de la sociedad capitalista la evolución de las condiciones de la victoria de la clase obrera para hacer de ella un punto de partida de la actividad comunista. Con esto se hizo la evolución de la utopía a la ciencia.

Los precursores de Marx y de Engels, los socialistas utópicos, tenían un vasto concepto de las características de la sociedad burguesa. El airado Fourier, que la azotó y la desnudó de todos sus falsos ornamentos; el dulce y genial Saint-Simon, que en pocas palabras iluminó con la rapidez del relámpago toda la historia humana; Owen, que penetró con amor en la naturaleza humana y mostró con la palabra y con la pluma su dependencia de la evolución económica, todos éstos suministraron materiales para la gran construcción del socialismo científico. Sin ellos no se puede imaginar la obra de Marx... Pero, a pesar de la crítica penetrante y profunda de la sociedad capitalista, los precursores de Marx no supieron encontrar al mismo tiempo en ella las fuerzas que podían superarla y que, finalmente, debían vencerla. Por esto, ellos tenían que inventar para la salvación de la humanidad nuevos métodos sociales que, por ser fantásticos e irrealizables, fueron condenados desde el principio a ser utopías. Marx y Engels mostraron cómo la evolución de las fuerzas productivas bajo el dominio del capitalismo debía pasar a un desorden cada vez más grande, y a la esclavitud de las masas cada vez más insoportable; y que la concentración de la industria, la formación de una fuerte clase obrera, su esperanza de un nuevo ordenamiento y la férrea voluntad de alcanzarlo, debía crear al mismo tiempo la base del socialismo. Marx y Engels mostraron al proletariado internacional la necesidad histórica de su triunfo, de la victoria del socialismo. Y le mostraron al mismo tiempo que esta victoria no caerá mecánicamente en las manos de los desheredados en un grado determinado de la evolución social, sino que ellos debían prepararse a esta victoria con el sudor de su frente, con la lucha ininterrumpida de sus cerebros, combatiendo día y noche contra la burguesía en todos los campos de la vida social, para conseguirla luego en la lucha revolucionaria directa de clase contra clase. Esta definitiva lucha revolucionaria, que desembocará en la férrea *dictadura del proletariado* sobre todas las demás clases, conducirá finalmente a la clase obrera a la tierra prometida del socialismo.

La doctrina de Marx y Engels de las condiciones de la victoria del proletariado, la doctrina del comunismo, está ante nosotros todavía hoy como un bloque de granito, sin ser tocado por la acción corrosiva del tiempo. Los setenta años que nos separan del día en que los geniales jóvenes, iluminados por la luz de la revolución que se acercaba, vieron claramente el futuro de la humanidad y lo mostraron en el inolvidable *Manifiesto Comunista*, han producido muchos cambios en la estructura capitalista cuya comprensión fue la tarea de los sucesores de Marx y, que no la han resuelto siempre de una manera muy feliz. Sin embargo, las líneas fundamentales de la evolución no han cambiado, y sólo hasta hoy, en la primera revolución socialista que ve el mundo, sólo hasta hoy comprendemos enteramente la doctrina del comunismo. En la primera revolución socialista, en su necesidad inevitable, vemos la confirmación de la genial fuerza profética de la mente de nuestros maestros. El comunismo es una doctrina de la revolución, y por esto, sólo en el período de la misma revolución se puede comprenderlo en toda su profundidad. De aquí resulta ya que en el largo período de la evolución pacífica que precedió al tiempo de la revolución, sólo pocas mentes agudas estaban en condiciones de comprender la doctrina del comunismo por todos sus lados, tan genuinamente como había nacido, en la época revolucionaria del capitalismo naciente, en la mente de los hijos de ese periodo borrascoso, en la mente de Carlos Marx y de Federico Engels.

En la época de la evolución pacífica, a esta doctrina se mezclaron los elementos más diversos y contrarios al comunismo, y nacieron bajo la denominación de "concesiones socialdemocráticas" diversos productos substitutos del comunismo, que la clase obrera internacional debe arrojar ahora, si quiere estar a la altura de su misión histórica. El comunismo falsificado y mezclado de agua es el que implica a los obreros de Europa comprender y seguir las doctrinas de la Revolución rusa. Por esto, uno de los primeros problemas de la lucha de nuestro tiempo para la emancipación proletaria es el de librar al comunismo de todas las basuras. Se puede conseguir esto muy fácilmente, con tal de que intentemos conocer, con la verdadera historia en la mano, la evolución de las falsificaciones del comunismo, y que conocer el terreno en que han nacido.

La falsificación del comunismo

La doctrina de Marx, que en su primera forma nació en el decenio que transcurrió de 1850 a 1860, no encontró difusión en las vastas capas sociales hasta el decenio de 1880 a 1890. Cuando en el decenio de 1860 a 1870 fue iniciado el movimiento obrero alemán bajo la dirección de Fernando Lassalle, ningún libro de Marx era conocido por los obreros.

Augusto Bebe!, en los recuerdos de su vida, cuenta que el *Manifiesto Comunista* era ignorado por la generación que entró al movimiento en el decenio de 1870 a 1880. Sabemos, de otra procedencia, que fue *La transformación de la ciencia de Dühring*, de Engels (publicada en 1878), la que hizo accesible a los obreros el marxismo como concepto unitario del mundo. Las ideas del comunismo entraron en la mente de los obreros por los opúsculos inflamantes de Lassalle, en los que, sin embargo, la

doctrina del comunismo estaba singularmente deformada, si no es que completamente falsificada. Fernando Lassalle se esforzaba en poner en movimiento la clase obrera en un tiempo en que una época de prosperidad capitalista había fortalecido los poderes contrarrevolucionarios en toda Europa y les confería la posibilidad de resolver las grandes cuestiones del tiempo que estaban entonces a la orden del día.

En Alemania, el ruralismo (junkero), junto con la gran burguesía, trataba entonces de resolver la cuestión importantísima de la creación de un Estado unitario capitalista. Las fuerzas que en 1848 intentaron fundar por la revolución una República unitaria de Alemania, resultaron demasiado débiles, y lo que no podían realizar -fundar el Estado capitalista como órgano de la burguesía alemana-, fue realizado por la burguesía y los rurales. Estos grupos realizaron la tarea, formando el edificio reaccionario de un Estado federal burocrático capitalista, en el que una pandilla de grandes capitalistas, seguidos de los rurales y de los militares, a cuya cabeza estaban los Hohenzollern, dirigía la historia del Imperio alemán. En semejante tiempo, Lassalle intentó transformar la clase obrera en una fuerza que, si no podía determinar independientemente los destinos de la historia del pueblo alemán, fuera por lo menos bastante fuerte para arrancar concesiones de los Poderes dominadores. A esta tarea tan limitada estaba reducida la propaganda comunista. A pesar de la opresión del periodo reaccionario bismarckiano, Lassalle se esforzó en dar al comunismo un aspecto tan inocente como le fue posible. El joven león, cuyas garras no le permitían todavía combatir y vencer a sus adversarios, fue conducido al pasto como un cordero. Lassalle se esforzó en presentar el comunismo como un movimiento cuyos fines podían realizarse en una vía pacífica. Con el sufragio universal, los obreros debían adquirir la influencia sobre el Estado, para llegar, con su ayuda, a la organización de las cooperativas de producción, las que debían transformar gradualmente a la sociedad capitalista en una sociedad socialista. Esta propaganda fomentó en las filas de los obreros una intensa veneración por el pensamiento del Estado, sin preocuparse de si el Estado se encontraba en las manos del capitalismo o en las de la clase obrera victoriosa. Este concepto, mientras se trataba de la relación con el gobierno bismarckiano, fue puesto a dura prueba con la era de las persecuciones feroces del movimiento obrero alemán en los años de 1878 a 1890, cuando las persecuciones de los obreros por parte del Poder dominador, las provocaciones contra el movimiento obrero, hicieron nacer en la vanguardia de la clase obrera un gran odio contra el Estado capitalista, y la esperanza, nutrida con este odio, de que caería pronto bajo los golpes de la revolución social. Esta disposición de ánimo de la clase obrera fue favorecida también por la crisis tan larga que dominó en la Europa económica en el decenio de 1870 a 1880. Apenas se rehizo algo de los golpes recibidos el movimiento obrero, y apenas desaparecieron las formas más feroces de la persecución capitalista, el proceso de falsificación del comunismo tomó en todos los países una extensión muy grande. Contribuyó a esto la rápida evolución económica, el periodo de prosperidad del capital, que se difundió por todas partes en el último decenio del siglo pasado, en primer término en el campo de la electricidad y de la industria metalúrgica. Desde el decenio de 1880 a 1890 disminuyeron los precios de los cereales a causa de la evolución de la agricultura norteamericana, y al mismo tiempo empezaron a aumentar los salarios bajo la influencia de la marcha

próspera de los asuntos comerciales. La vanguardia de la clase obrera, la llamada "aristocracia obrera", estaba loca de alegría y le parecía oír sonar violines en el cielo. Los gobiernos se veían obligados a suspender sus persecuciones y se dieron a prometer reformas. Los obreros conseguían por todas partes representantes en los parlamentos; la aristocracia obrera ganaba buenos salarios, y por esto nació en ella la convicción de que la revolución fuese una fase superada de la evolución burguesa, que la clase obrera obligaría a la burguesía a hacer siempre nuevas concesiones, y que, finalmente, transformarían la economía capitalista en una economía, que correspondiera a los intereses de la clase obrera. Esta disposición de ánimo encontró su expresión, ante todo, en la práctica parlamentaria oportunista, en la política de los jefes obreros parlamentarios, que esperaban poder elevar cada vez más las condiciones de la clase obrera, sin perjudicar los intereses de la burguesía, con una limitación de sus demandas y con abolir la propaganda revolucionaria. Tal tendencia encontró luego su expresión teórica en la doctrina del reformismo o revisionismo, cuyos jefes fueron: en Alemania, Eduardo Bernstein; en Francia, Jaures; en Italia, Turati y Treves.

Si se quiere reducir a una fórmula las doctrinas del reformismo, podemos decir que éste consiste en la argumentación de que la evolución capitalista no acentúa, sino que mitiga los conflictos entre el proletariado y la burguesía, y que por esto la vía de emancipación del proletariado no es la revolución, sino la cooperación con las capas inteligentes de la burguesía. El reformismo negó la posibilidad de la revolución socialista, substituyéndola con la evolución social reformadora. Esto fue y sigue siendo una doctrina contrarrevolucionaria; trató, y sigue tratando, de representar el pensamiento de la revolución de la clase obrera como una enfermedad infantil del movimiento obrero, para atarlo al carro de la burguesía. Esta tendencia del reformismo encontró su expresión más clara en una serie de artículos del discípulo de Bernstein, Eduardo David, que publicó en 1903 en los *Sozialistische Monatshefte* (*Fascículos mensuales socialistas*), órgano principal del reformismo internacional, sobre la "dictadura del proletariado". "Revolución, no, sino acción parlamentaria"; este ha sido y sigue siendo el camino que el reformismo predicó y predica a la clase obrera.

Quiebra de las ilusiones reformistas

Pero la misma evolución, que según la convicción de los reformistas debía superar y vencer la doctrina revolucionaria del comunismo, mostró pronto a los obreros toda la ridiculez de las ilusiones reformistas. Los rurales (los junkers) se oponían a la competencia creciente de los jóvenes países agrarios, y por medio de las contribuciones agrarias elevaron los precios de los artículos de primera necesidad. La evolución del capitalismo condujo a la formación de *trusts* y *carteles*, es decir, a la formación de grandes organizaciones capitalistas, que suplantaron y vencieron no sólo a los obreros del oficio en cuestión, sino también a la misma burguesía. Para defender sus beneficios, los *trusts* y los *carteles* pidieron elevadas aduanas industriales. Ellos se unieron a los rurales para explotar juntos a los pueblos; al mismo tiempo, la creciente "trustización" y "cartelización" de la industria significaba una enorme ampliación del poder de los capitalistas frente a las asociaciones obreras de resistencia. Las mismas

asociaciones de resistencia, que podían realizar sin dificultad su voluntad frente al pequeño barón textil con sus pocas centenas de obreros, eran impotentes frente a los reyes del hierro y del carbón, que mandaban decenas de millares de obreros. Cuando un obrero no estaba contento de su salario en una fábrica textil, podía encontrar trabajo en otra fábrica. Los barones del carbón y del hierro, unidos en cartel, no reconocían las asociaciones de resistencia, ellos estaban estrechamente unidos contra cualquier exigencia de sus obreros, y sabían defenderse con el sistema de las listas negras. La tirantez de las relaciones entre el proletariado y la burguesía, tanto en la fábrica como en el guerra la lucha de las industrias "carteladas" en el mercado mundial, la de los mercados y la de los capitales. El creciente peso de las contribuciones, causado por el aumento del militarismo, que se debía al creciente peligro de la guerra, que se agravaba cada día más; los conflictos con las asociaciones de resistencia indujeron de nuevo a las clases poseedoras a adoptar una política agresiva contra la clase obrera. Porque la explotación crecía, también debían ser agravadas las medidas mercado del consumo, fue fortalecida por la política imperialista, que amenazaba transformar en una

represivas. La creciente reacción política cayó a su vez sobre los hombros de las masas obreras como anuncio de tempestad, y les mostró en todos los países que el comunismo revolucionario no era una utopía, sino que el pseudo reformismo "real" no excitaba las almas, no fomentaba las energías que hubieran abreviado el vía crucis de la humanidad en su ascensión, ni hubieran animado a los perezosos para que apresurasen los pasos, sino que, al contrario, paralizaba todos los entusiasmos y transformaba al hombre en una paciente bestia de carga.

Desde la gran huelga en la cuenca del Ruhr, desde las grandes luchas de los electricistas de Berlín, después del movimiento tempestuoso de los obreros franceses para conseguir la jornada de ocho horas, se desvaneció la gran fe de las masas obreras en la evolución pacífica del socialismo. Ellos veían cómo se reunían las fuerzas del capitalismo contra el proletariado, tanto en el campo económico como en la política, veían cómo los partidos burgueses se concentraban cada vez más en una masa reaccionaria, veían cómo toda la sociedad burguesa se acercaba a la guerra, y veían que frente a esta evolución, el Parlamento resultó cada vez más impotente, ya por el hecho de que su mismo poder fue debilitado en todos los países en favor de los gabinetes secretos, en los que la burocracia, juntamente con los tiburones del capital, trataban con la mayor arbitrariedad los intereses más vitales del pueblo. La revolución rusa de 1905 mostró a las masas de Europa qué fuerzas se hallaban en el pueblo trabajador, cuando se aunaba y se decidía a empeñar su propia personalidad por la gran causa común. Desde el año 1905, los problemas de la lucha del poder, es decir, los problemas de la revolución socialista, que fueron puestos teóricamente a la orden del día, gracias a la discusión del refor- mismo (los opúsculos de Katutsky sobre la revolución social, se publicaron en 1903), estaban ante la conciencia de las masas populares.

Buscando el camino del poder

Comenzó así una busca fatigosa para encontrar la salida del círculo vicioso, en que se ha perdido y paralizado la evolución capitalista. La primera cuestión que se presentó ante las masas obreras fue: ¿Adonde nos conduce el viaje? Esta cuestión quedó resuelta por la evolución, con la mayor prontitud y claridad. La tentativa de mejorar las condiciones de las clases obreras colaborando con la burguesía, quebró completamente en Francia. La entrada de Millerand en el Gobierno burgués no dio ningún beneficio a la clase obrera, y estuvo a punto de comprometer a la democracia social ante los ojos de las masas obreras. El resultado de las elecciones de 1907 en Alemania mostró a los obreros que los partidos burgueses se unen y se consolidan como un muro de hierro, apenas se trata del imperialismo, esto es, de la difusión del poder capitalista sobre los pueblos más débiles, por la lucha armada de la competencia entre los Estados capitalistas. Los hechos de la crisis económica de 1907 hablaban un lenguaje tan poco claro, que un notable reformista como Max Schippel no pudo terminar su indagación del curso de la crisis económica más que por la comprobación de la agravación de los conflictos de clase en todo el mundo. Carlos Kautsky, en su obra *El camino hacia el poder* (1908), hizo el balance de toda la evolución, demostrando que el mundo capitalista se movía en la dirección de una inmensa crisis capitalista mundial, y que nos encontrábamos en las vísperas de la revolución socialista. Esta convicción, que se reforzaba cada vez más en las filas de la vanguardia de la clase obrera, la puso ante la segunda cuestión: ¿Con qué medios se defenderá el proletariado en su nueva situación, con qué medios pasará al ataque de la fortaleza del capital? Ya en 1905, el proletariado alemán y austríaco fue invadido por la idea de la huelga general, a pesar de la gran petrificación de la vida intelectual de la dirección del partido, que en su tranquila vida pequeño-burguesa reflejaba muy poco la disposición de ánimo de la clase obrera, la socialdemocracia había reconocido en su Congreso de Jena (1905) que la huelga general era un medio defensivo contra los ataques a los derechos fundamentales de la clase obrera; y la socialdemocracia austríaca había saludado en ella un medio de ataque del proletariado contra los adversarios particularmente brutales. La huelga general fue elevada por los sindicatos franceses al omnipotente medio de emancipación. La clase obrera, que había luchado hasta entonces sólo políticamente por medio de sus representantes en el Parlamento, comenzó a reflexionar acerca de su función en el proceso de la producción, y recordó las palabras del poeta Freiligrath: "Todas las ruedas se paran, cuando lo quiere tu brazo fuerte."

Los jefes del ala izquierda de la clase obrera discutieron durante varios años acerca de las condiciones de empleo de la huelga general para decidir: si ella debía ser decretada por los jefes de las organizaciones obreras cuando fracasara la acción parlamentaria y el adversario empujara las masas a la desesperación con su política brutal, si debía ser una pistola siempre lista, como complemento de la lucha parlamentaria, o si debía ser una forma de lucha que surgiera espontáneamente de la lucha de clase agravada; lucha que no debía ser decidida por los jefes en sus gabinetes, sino que, preparada a todas horas en las oficinas y en las fábricas, no sólo con la agitación creciente,

sino también por la acción fortificante del proletariado, vendría a salvar la situación. Estas eran las cuestiones que preocupaban más enérgicamente al ala izquierda del movimiento obrero internacional en los años anteriores a la guerra. Y ya entonces se mostró, que hasta en esta cuestión tan sencilla se dividía el campo que combatía bajo la bandera de Marx, ya que una parte, bajo la dirección de Carlos Kautsky, aun adheriéndose de palabra a la revolución socialista que se acercaba, procuraba no agravar la lucha de clase, aunque la impusiera toda la situación interior y exterior del proletariado.

En esta lucha acerca del camino que debía escogerse para llegar al poder, surgía de vez en cuando la cuestión: "¿En qué debe manifestarse el poder de la clase obrera victoriosa?" Pero esto no fue puesto claramente a la orden del día en ningún país, y por motivos muy sencillos. A la orden del día de la historia, sólo figuraba la cuestión de poner en movimiento los batallones obreros y la cuestión del fin general de su marcha, mas no las etapas que debía recorrer. Para demostrar la necesidad de la huelga general, los socialistas radicales indicaron la decadencia del parlamentarismo. Mostraron cómo el parlamentarismo se transforma cada día más en una ciudadela de los cazadores del botín capitalista; criticaban con mucha saña en los países republicanos a la república y a la democracia talmúdica, y surgía a menudo la cuestión: "¿Cómo se transforma la democracia parlamentaria y su órgano, el Parlamento, en un órgano de poder del proletariado victorioso?" Cuando Antonio Pannekoek, la inteligencia más clara del socialismo occidental, contestó que era preciso despedazar el Estado capitalista también en sus formas democráticas y crear nuevos órganos de poder del pueblo trabajador en el favor de la revolución proletaria, fue acusado de anarquismo por Carlos Kaustky, el teórico marxista más autorizado de la Segunda Internacional. Aunque la contestación de Pannekoek fue justa, no era más que una media respuesta. Su respuesta indicó que debían ser despedazados los órganos coercitivos del capital; mas no indicaba cuáles órganos coercitivos tendrá que crear el proletariado para conseguir el aseguramiento y la consolidación de su triunfo.

Mientras la mayoría, hasta de los mismos socialistas revolucionarios, veían en la democracia la forma en que vencería el socialismo, el sindicalismo, esta teoría revolucionaria de los países en los cuales la bancarrota de la democracia había fomentado una honda desilusión en las masas populares, indicó a las corporaciones como órganos que debían conquistar el poder, y por esto debían ser transformadas en órganos del poder. Esta cuestión, que sólo había sido presentada aisladamente por algunos teóricos, que se elevaron muy por encima del nivel general de su tiempo, no podía ser resuelta por ellos. Las soluciones históricas no han sido encontradas nunca por teóricos de la clase obrera revolucionaria; sólo pueden encontrarse prácticamente por la lucha revolucionaria de las masas, y a los teóricos sólo queda la tarea de comprender el sentido de los pasos prácticos del proletariado, generalizarlos y transformarlos en objeto general de lucha del proletariado, y hacer de ella la solución de su lucha.

Las doctrinas de la guerra mundial

Antes de que la clase obrera pudiese ser puesta ante el problema de los órganos de su poder, debía sentir en su propio cuerpo todos los efectos de su impotencia en el sentido más literal de la palabra. Debía atravesar el infierno de la guerra mundial, ser despedazada a cañonazos, ensangrentada por los intereses del capital, y debían acumularse montañas de cadáveres, a fin de que la doctrina de que el capitalismo empuja hacia la anarquía más sanguinaria, hacia la destrucción de la cultura, hacia la miseria más profunda de las masas, hacia su esclavitud, en el sentido más verdadero de la palabra; para que esta doctrina se transformara, de una tesis teórica en la consciencia más clara y más ardiente, por lo menos, de la vanguardia de la clase obrera, fue necesario ver todo ese horror.

La propaganda teórica de los socialdemócratas revolucionarios, las experiencias, los golpes que el capital infirió al proletariado todos los días desde fines de siglo pasado, todo esto no bastó para elevar la agitación creciente del proletariado más allá de los ataques tímidos de las masas contra el capital. La política oportunista de los jefes del movimiento obrero mecía en un dulce sueño las filas de la vanguardia de la aristocracia obrera, un sueño que enseñó claramente el hecho de que la parte elegida de los obreros se encontraba en condiciones relativamente favorables. Pero las capas bajas de la clase obrera eran demasiado toscas para precipitarse en la lucha revolucionaria sin la burocracia del partido y de las corporaciones, o contra su voluntad. Así llegó, finalmente, la bestia feroz de la guerra mundial, esperada desde hacía mucho, y empezó a predicar al proletariado con sus cañones las doctrinas que éste no había comprendido, cuando le fueron predicadas por el socialismo revolucionario.

El pueblo ruso es el primero que ha comprendido estas doctrinas, y como consecuencia ha hecho la revolución socialista. La revolución rusa es la primera respuesta del proletariado a la guerra mundial, es la primera, respuesta de los propugnadores y de los precursores de la revolución internacional a las preguntas que presentó durante largos decenios al socialismo la esfinge de la revolución, y a estas preguntas el proletariado internacional entero tendrá que contestar dentro de poco, si no quiere ser devorado por esa esfinge. El proletariado ruso, habiendo dado con su revolución el primer paso en el camino de la evolución del socialismo de la ciencia a la acción, ha dado a la par un paso de gran trascendencia para la evolución de la ciencia del comunismo. El comunismo es la doctrina de las condiciones de la victoria de la clase obrera. Estas condiciones se hacen clarísimas en el proceso de la victoria, y por esto la inteligencia de la revolución rusa es una condición preliminar de la evolución del comunismo de la ciencia a la realización, esto es, a la revolución mundial proletaria.

LAS DOCTRINAS DE LA REVOLUCION RUSA

El grado de madurez del capitalismo y de la revolución socialista

La primera cuestión de la revolución socialista, ante la cual se encuentra la clase obrera es ésta: ¿cuándo vendrá la revolución? Como el marxismo ha mostrado a los obreros que el triunfo del socialismo dependía de la evolución de las fuerzas productivas, se formó en las filas de los marxistas el concepto vago de que la revolución socialista no será socialista, no será posible sino cuando el capitalismo haya invadido toda la economía nacional, cuando la nación esté dividida en un corto número de capitalistas privilegiados y en una inmensa mayoría proletaria. Así, los más consecuentes en la falsificación del comunismo, los revisionistas, pretendieron que el socialismo no puede triunfar en Europa antes de que el capitalismo haya sometido todo el mundo. Con esto, los revisionistas motivaron la necesidad de apoyar la política colonial capitalista por parte de la clase obrera. Toda la argumentación de los partidos titulados socialistas de Rusia, que durante la revolución combatieron al lado de la burguesía, y después de la revolución obrera luchan en las filas de la contrarrevolución, es decir, de los mencheviques, consiste precisamente en afirmar que el socialismo en Rusia es imposible, ya que el proletariado no constituye una mayoría en la nación rusa.

Este argumento encuentra eco en todos aquellos que han transformado el marxismo en un simple cálculo mecánico. Pero para mostrar lo absurdo de esta contraversión, basta indicar el hecho de que en Alemania, es decir, en el país europeo de mayor desenvolvimiento económico, hombres de la importancia científica de Ernesto Cunow, opinan que tampoco Alemania está madura para el socialismo. Está claro que en esta controversia no se trata de saber si hay unos miles más o menos de proletarios en relación con la población no proletaria, sino de un concepto completamente nebuloso del paso del capitalismo al socialismo.

La presuposición de este concepto de Ernesto Cunow sobre la cuestión del grado de madurez del capitalismo, querría decir que el capitalismo debe efectuar también la labor del socialismo, y que éste sólo podrá venir cuando todo esté ya listo para sentarse a la mesa. Al declarar que Alemania no está aún madura para el socialismo, Cunow quiere decir que el Estado capitalista debe tomar en sus manos toda la industria, antes de que ésta y el timón del Estado puedan pasar a manos del proletariado. Pero ¿por qué no podría recibir el proletariado la industria, centralizada en *Jos trusts* y en los *carteles* directamente de ellos? Si el proletariado triunfa cuando el capitalismo se ha desarrollado ya hasta el estado en que, según una expresión de Bernard Shaw, un señor capitalista, degenerado y desprovisto de cerebro, sólo con tomar un timbre puede poner en movimiento a millones de obreros esclavos y degradados, resultaría muy fácil arrojar del teclado del organismo central al capitalista degenerado y sin cerebro y abrirle el cráneo. Pero el mismo proletariado tendría que pagar esta facilitación de su labor con todos los sufrimientos que le impondría la simple función

de espectador inerte, es decir, la función de un observador impasible del capitalismo, que explota mecánicamente a millones de esclavos. Se puede decir en honor de la humanidad que el concepto mecánico del paso del capitalismo al socialismo contradice todos los hechos del pasado concepto de la historia, así como a cualquier concepto razonable de las posibilidades de la evolución capitalista. Tampoco los sistemas de economía precedentes han desaparecido, cuando les fueron quitadas todas las bases de un nuevo ordenamiento, sino cuando se han transformado en obstáculos que ya no podían ser tolerados por el ordenamiento nuevo.

El paso del capitalismo al socialismo empieza cuando la sociedad capitalista hace experimentar al pueblo sufrimientos tales que le hacen insoportable la vida y le empujan a rebelarse contra el dominio del capitalismo, cuando las masas no pueden soportar por más tiempo la situación creada por la economía capitalista.

Cuando en un país la evolución capitalista ha llegado al punto de que los ramos más importantes de la industria, del crédito y del comercio se hallan concentrados en las manos de unos grupos capitalistas, entonces el proletariado no sólo podrá, sino que deberá intentar la toma de la industria en sus propias manos, apoderándose del comercio así como del crédito, que deberán pasar al proletariado victorioso, organizado como poder del Estado. Según el grado de la penetración y de la evolución de la economía de un país, el proletariado modelará esta economía en una extensión más o menos grande, directamente en su propio interés, y ésta deberá limitarse provisionalmente a la socialización de los ramos ya concentrados de la economía nacional, y sólo después podrá llevar al socialismo los demás ramos, como, por ejemplo, la agricultura, gracias a su dependencia de los centros socializados de la industria y a su dependencia de la ciudad.

Así están las cosas en Rusia

En Rusia, el proletariado forma, indudablemente, una minoría de la población; pero la industria del hierro, las minas carboníferas, la producción de la nafta, los ferrocarriles y los telégrafos están concentrados en pocas manos, están dirigidos por un corto número de Bancos y dictan las leyes económicas a todo el país agrario.

La situación insoportable que el capitalismo ha creado con la guerra mundial, empujó a las masas populares a la lucha contra el Estado zarista capitalista. Con la ayuda de los campesinos que habían sido degollados por el imperialismo durante tres largos años, los obreros han conseguido conquistar el poder del Estado. ¿Cómo debe servirse de este poder? Los propugnadores del concepto mecánico, afirmando que el socialismo no es posible, sino cuando las nueve décimas partes de la población son proletarias, trataban de persuadir a los obreros de que la realización del socialismo no era posible, y les exhortaban a que volvieran al capitalismo. Esta fue la proposición de los mencheviques.

Pero los obreros no podían volver al capitalismo, sin precipitarse a sí mismos y a todo el

país en la miseria más espantosa. Si los capitalistas hubieran vuelto al poder, habrían impuesto a los obreros los gastos de la guerra, les habrían obligado a trabajar doce horas diarias, para poder pagar estos gastos y los que se necesitarían para los nuevos armamentos, que serán necesarios para la próxima guerra. Ellos no habrían eliminado la quiebra de la economía nacional, sino que habrían echado sus consecuencias sobre los hombros de los obreros. La economía comunista es la utilización de todas las fuerzas productivas, según un plan determinado de antemano, en el interés de las clases trabajadoras. Precisamente porque el país ha sido sacudido terriblemente por la guerra, el comunismo es el único camino sobre el que los obreros pueden tener la esperanza de poder salvarse de la angustia y de la miseria de la sociedad capitalista arruinada. Renunciar desde el principio a organizar esta economía en su propio interés, significaría precipitarse en la miseria capitalista, por miedo a que el joven proletariado no sea capaz de dirigir las principales fuerzas de la economía popular concentrada por el capitalismo.

Esto, no sólo sería un suicidio histórico, sino que es prácticamente imposible. ¿Qué significa la vuelta al capitalismo? Significa, ante todo, entregar otra vez a los capitalistas el poder del Estado, porque el poder del Estado proletario no puede ser guardián de los beneficios capitalistas. Esta simple comprobación es suficiente para demostrar toda la utopía de la solución de la vuelta al capitalismo.

No fue una simple casualidad la que permitió al proletariado ruso tomar el poder en sus propias manos en noviembre de 1917. El proletariado conquistó el poder porque el dominio capitalista había perdido la confianza, no sólo de las masas populares, sino también de las burguesas. Los primeros representantes del capitalismo ruso, los Guchkov, los Miliukov, los Tereshchenko y sus servidores socialistas, esto es, los Tseretelli, los Kerensky y los Chernov, eran tan odiados por las masas, que no podían seguir en el poder. Si los obreros no hubieran tomado el poder, los representantes del

capital no habrían podido dominar las cosas ni un solo instante. Rusia habría navegado sin timón en el mar del desorden, habría marchado hacia un caos, del cual nadie habría podido salvarla, y habría sido una colonia del capital extranjero, que, por cierto, no está más "maduro" ni más apto que el proletariado ruso, que, aunque joven, es enérgico para poner en orden al país, sacudido en el interés de las masas populares.

En la misma situación se encuentran también Austria e Italia, y la experiencia de la revolución rusa dice que la revolución socialista no empezará precisamente en el país en donde el capitalismo ha alcanzado el mayor desenvolvimiento. Tampoco la organización más fuerte del capital está en grado de alejar de las masas los sufrimientos inauditos que fomenta el desorden capitalista, sino que, al contrario, es mucho más capaz de oprimir al proletariado que el poder del Estado de los países capitalistas más jóvenes y menos desarrollados.

La revolución socialista empieza en los países capitalistas en los cuales la organización capitalista es más débil. Los países capitalistas, que tienen órganos de represión

menos sólidos, son los puntos en donde surge el socialismo y empieza la revolución socialista.

Esta revolución socialista se realizará difícilmente en el cuadro de una sola nación, ya que, después de la victoria sobre su propia burguesía, estaría amenazada por la burguesía de los países que seguirán siendo capitalistas. El triunfo de la revolución socialista, no puede consolidarse en una nación. sino cuando el socialismo esté realizado en la superficie de todo el continente; pero la revolución socialista no puede esperar hasta que se subleve el proletariado del mundo entero; al contrario: las revoluciones socialistas nacionales son por sí mismas un producto de la descomposición capitalista internacional, y forman un elemento que acelera la descomposición completa y general del capitalismo.

Con esto se responde a la primera pregunta que se impone al proletariado internacional: ¿cuándo puede empezar la revolución socialista? Puede y debe empezar en todo país, en donde la situación creada por el capital se ha vuelto insoportable.

Los sufrimientos del pueblo no se cuidan de la estadística de Cunow y los cráteres de la revolución, para abrirse, no esperan hasta que hayan recibido un signo de los hábiles manipuladores de la estadística y del marxismo catedrático. Quien quiere demostrar a las masas populares -con la tabla estadística en la mano- la imposibilidad de la revolución socialista, demuestra no haber comprendido nada del marxismo.

Federico Engels podía equivocarse, cuando en el decenio de 1880 a 1890 consideró como inminente el fin del capitalismo. Pero ya la posibilidad de este error demuestra que su doctrina y la de Marx no tiene nada que ver con este concepto estadístico. Esta osificación del marxismo fue un pecado contra el espíritu del marxismo, Explicable con la evolución pacífica del capitalismo; pero después de las experiencias de la revolución obrera rusa, no es sólo un producto de la manera de pensar contrarrevolucionaria, sino que es, al mismo tiempo, como lo demuestra la experiencia rusa, una utopía contrarrevolucionaria.

Todas las conjuras, en vista de falsificar el espíritu de Marx no han evitado la quiebra política de los Tseretelli y de los Dan. Ellos fueron arrojados al estiércol de la historia por el "proletariado, que todavía no está maduro para la revolución socialista", y desde este estiércol pueden escupir sobre la revolución de la clase obrera rusa, pero no pueden detenerla. La revolución puede ser abatida provisionalmente por el capital europeo, si el proletariado europeo no se apresura a recurrir a las mismas armas que los proletarios rusos han empleado con tanto éxito. Pero es una revolución del proletariado, que trata de vencer heroicamente con órganos socialistas al modo de producción capitalista anárquico, es una revolución socialista que sólo puede ser abatida por el Atila del imperialismo. Ni siquiera los mencheviques pueden negar esto, ni tampoco sus imitadores en la Europa occidental; la revolución no puede renunciar a su carácter socialista, ya que este carácter es su buena estrella y su destino inexorable, y está impreso sobre él, con una marca férrea, por el mismo carácter imperialista de

la guerra.

La dictadura del proletariado

La revolución obrera rusa indica al proletariado europeo el camino que conduce al poder. La prensa del capitalismo mundial grita que ese camino es sangriento, y arremete contra el carácter grosero y violento de la revolución. Tiene el derecho de hacerlo.

Esa misma prensa fue creada por el capital como órgano de la lucha contra la clase obrera, y su tarea es deformar y calumniar vilmente la primera revolución obrera, para asustar a los obreros de los demás países con su cabeza de Medusa. Pero ¿cómo pueden servirse los Axelrod, los Martov y *-risum teneatis?*- los Kautsky de la violencia de la revolución rusa como motivo de acusación contra la revolución, después de que ellos mismos han defendido la idea de la dictadura del proletariado en contra de los reformistas?

¿Qué significa la dictadura? La dictadura es la forma del dominio en la cual una clase dicta sin miramientos su voluntad a las demás clases.

En el tiempo de la evolución social, en la cual una clase se prepara sencillamente a la lucha por el poder, se mofa del medio de la violencia, porque es demasiado débil para poder emplearlo, recoge sencillamente sus fuerzas y, por esto, tampoco la clase dominante tiene necesidad de proceder contra ella con violencia abierta. La clase dominante tiene listos los medios de violencia y, mientras no lo considera peligroso para su existencia, puede permitir que la clase obrera llegue a cierta libre evolución. Pero desde el momento en que la clase dominante impone a la clase dominada unas cargas que son demasiado graves para poderlas soportar, y existe el peligro de que los dominados se subleven, la clase dominante pone en movimiento la máquina de la violencia y la emplea contra la clase dominada.

La guerra impuso a las masas obreras cargas tan enormes, que ellas abolieron necesariamente las libertades escasas que el proletariado había gozado en tiempos de paz. Este hecho traería en pos de sí la dictadura del imperialismo, la que costó a la clase obrera millones de cadáveres.

Para abatir la dictadura del imperialismo, la masa obrera debe emplear la violencia, lo que produce la revolución. Pero, hasta ahora, ninguna clase dominante ha sido vencida, de un solo golpe. Una vez derrotada, trata de surgir otra vez, y puede conseguirlo, ya que el triunfo de la revolución no está en grado de cambiar en un momento la economía del Estado, destruyendo las raíces de la fuerza de la clase dominante.

La revolución socialista es un largo proceso que empieza con la destrucción de la clase capitalista, mas que termina solamente con la transformación de la economía

capitalista en economía socialista, en la república cooperativa obrera. Este proceso exigirá en cada país, por lo menos, una generación, y este periodo es precisamente el de la dictadura del proletariado, el periodo en el cual el proletariado debe reprimir con una mano sin cesar a la clase capitalista, mientras con la otra que le queda libre, puede trabajar con tesó en la reconstrucción socialista.

Todo lo que se dice por principio contra el dominio violento de la clase obrera rusa, no significa más que el renegar completo no sólo de la doctrina del marxismo, sino también de los hechos más vulgares del pasado. Cuando un Renner no se sonroja tratando de demostrar científicamente que la revolución política, es decir, el empleo brutal de la violencia, contradice al carácter de la revolución socialista, porque la revolución socialista es la organización de una nueva economía y no exige violencia, esto significa simplemente que este ex marxista que en el pasado se entusiasmaba por el Estado a la manera de Lassalle, no es siquiera un "adorador del pensamiento del Estado, según el espíritu de Lassalle", como se dijo de él, sino un sofista vulgar del campesino. Precisamente porque la revolución socialista debe transformar toda la economía capitalista, que confiere privilegios inauditos a una clase, debe despedazar la resistencia de esa clase, y esta resistencia sólo puede ser despedazada con el hierro. Y cuanto más fuerte y más desarrollado sea el capitalismo en un país, tanto más despiadada y feroz será su lucha defensiva, y tanto más inexorables deberán ser las medidas con las cuales la clase obrera victoriosa estará obligada a suprimir la clase capitalista vencida. Pero nos contestan los moluscos del campo marxista, los adversarios de la revolución socialista rusa: "no se trata en absoluto de rechazar el principio de la dictadura del proletariado, sino de negar la posibilidad de la dictadura en un país, en el cual el proletariado está en minoría, y en el cual la dictadura degenera en un dominio de la minoría sobre la mayoría, como en Rusia".

En ningún país ha empezado la revolución, ni podrá empezar nunca, como una acción de la mayoría de la población. El capitalismo no significa solamente el dominio físico de los medios de producción, sino al mismo tiempo significa el dominio intelectual sobre las masas del pueblo, hasta en los países que, desde el punto de vista capitalista, gozan de mayor, desenvolvimiento. Hallándose bajo la opresión de la miseria y bajo el yugo del embrutecimiento de las masas, que son producto del capitalismo, los oprimidos no pueden levantarse todos en el mismo momento contra sus opresores. Se levantan, principalmente, los más activos, una minoría que efectúa la revolución, cuyo triunfo depende del hecho de que esta revolución siga la línea de la evolución histórica y del hecho de que corresponda a los intereses de las masas del pueblo, que pueden substituir a la pasada clase dominadora. Ante todo, se necesita la fuerza derribadora de la revolución para libertar a las masas populares de la esclavitud intelectual en la cual han sido sumergidas por el capital para conducir las a! campo que defiende sus intereses. Se puede afirmar, pues, que cada revolución la empieza una minoría; la mayoría sólo se pone a su lado durante el transcurso de la lucha, y decide así el triunfo. Si ocurriera de otro modo, la dictadura no sólo resultaría perjudicial en un país con una minoría proletaria, como Rusia, como afirman los Kautsky, sino que sería inútil en un país con una mayoría proletaria, para el cual los

Kautsky admiten graciosamente la posibilidad. La clase capitalista representa en estos países una minoría tan reducida que no sería- capaz de emplear las armas contra el proletariado. Por esto, o está verdaderamente envejecido el concepto marxista de la necesidad imprescindible de la dictadura proletaria, como único camino al socialismo, o esta dictadura está justificada tanto en Rusia como en cualquier otro país.

Revolución y contrarrevolución

La revolución rusa nos ha indicado las formas concretas de la resistencia de la burguesía así como las de la dictadura del proletariado: en general!, muestra los aspectos típicos de la revolución obrera. Federico Engels ha expuesto, en el *Anti-Dühring*, cómo el capitalismo fomenta el militarismo, cómo se militariza a todo un pueblo y se le pone bajo el régimen del sable; pero crea al mismo tiempo los elementos que descomponen el militarismo, con el conflicto de clase en el ejército, conflicto que en un cierto punto de la evolución, despedaza al ejército como espada del capitalismo en las manos de la clase dominadora, dividiendo al ejército en proletarios y burgueses, en ejército rojo y en ejército blanco. Esto es lo que olvidaron los discípulos de Marx y Engels, cuando nos citaban sin cesar la observación de Engels, sacada de la introducción a las *Luchas de clase en Francia*, en donde Engels indica la construcción de las vías anchas, etc., que pondrán obstáculo a las insurrecciones callejeras.

La revolución rusa mostró que la insurrección puede vencer tanto en la batalla campal como en la lucha en las trincheras, por no hablar de las calles, con tal de ganar los corazones de los soldados por la idea revolucionaria, y haciéndoles marchar en columnas masivas contra los elementos capitalistas del ejército y de la sociedad. La revolución rusa ha mostrado, además, cómo la tentativa de organizar nuevos ejércitos por parte de los elementos capitalistas constituyen los principales métodos de la contrarrevolución burguesa. En los países que desde el punto de vista capitalista están muy desarrollados, con una clase campesina fuerte y satisfecha, esta tendencia de la burguesía contrarrevolucionaria desembocará directamente en la lucha entre los regimientos que procedan de las regiones proletarias y de las regiones rurales, respectivamente. La guerra civil entre la revolución y la contrarrevolución será una guerra en el sentido literal de la palabra. La evolución de la revolución mundial proletaria mostrará una transformación de los frentes imperialistas en frentes revolucionarios y contrarrevolucionarios.

El ataque alemán contra Ucrania y el ataque combinado de franceses, ingleses y japoneses contra Rusia, indican esta evolución. La evolución de la revolución y de la contrarrevolución planteará el problema de la estrategia de la revolución socialista. La revolución rusa muestra de qué modo se desenvolverán estas cuestiones. Si la revolución rusa sufre por el hecho de que no tiene cuerpos de oficiales que instruyan a los proletarios para que puedan ser directores de regimientos, así como directores de fábricas, ésta no es una cuestión exclusivamente rusa. *De te fabula narratur* (la narración te interesa directamente) -dicen las experiencias militares de la revolución rusa al proletariado europeo-, pero estas experiencias muestran al mismo tiempo

que, a la larga, la revolución proletaria resultará invencible también desde el punto de vista militar. Vence por el hecho de que la burguesía, como una minoría reducida, no puede formar su ejército contrarrevolucionario con elementos meramente burgueses, ya que está obligada a organizar elementos proletarios vendidos en ejércitos contrarrevolucionarios, elementos que tendrán que descomponerse en la lucha con los ejércitos de la revolución, y ponerse, tarde o temprano, al lado de la revolución.

Así como el dominio de la burguesía no se basaba solamente en la violencia, sino también en su función como directora de la producción, así la burguesía trata de vencer al proletariado, no solamente por la violencia, sino también por el *sabotaje* burgués y con el de los intelectuales burgueses, pero que no es únicamente un producto ruso.

Esto da una indicación al proletariado europeo. Y si hoy los eunucos del marxismo afirman que hasta ahora el proletariado ruso no era aún capaz para organizar la producción desde el punto de vista socialista, olvidan decir que la burguesía y los intelectuales burgueses preparan en todas partes los mayores obstáculos al proletariado en su labor de organización, y en ningún país podrá el proletariado encontrar, en un tiempo breve, en sus propias filas las fuerzas que serán necesarias para ejecutar la labor de la organización socialista. En la tierra prometida de la organización, es decir, en Alemania, es extraordinariamente pequeño el número de los obreros que, hoy por hoy, estarían capacitados para dirigir ramos enteros de la producción; y es muy reducido hasta el número de los obreros que, como técnicos, podrían encargarse de la dirección de una fábrica. Cualquiera que conozca el movimiento obrero alemán, estará de acuerdo con nosotros respecto a esta afirmación. Sólo pasando por miles de errores será capaz la clase obrera de encargarse de la dirección de la producción, y en ningún lugar podrá renunciar por el momento a los servicios de los especialistas burgueses. A la par con la clase obrera rusa, la de todos los países está obligada a recurrir a medidas de una dictadura de hierro para poner a los elementos burgueses al servicio de los obreros.

Al proletariado de ningún país será ahorrada la Jucha, que obliga a la clase obrera rusa a ejercer la dictadura más rigurosa, esto es: la lucha por el pan.

En ningún país se pondrán los campesinos al lado de la revolución rusa sin condiciones y de un sólo golpe, y en los países capitalistas aún menos que en Rusia, en donde la revolución dio tierra a los campesinos. Como la revolución desemboca militarmente en una lucha de los obreros contra los regimientos de los propietarios de tierra, esta tendrá al mismo tiempo un carácter de lucha por el pan entre los propietarios agrarios y los obreros, hasta que la clase derrotada de los agricultores se convenza de que la sociedad socialista le puede ofrecer una manera de vivir más humana que la que le concede la sociedad capitalista.

Democracia o dominio de la clase obrera

Y con esto ya queda dicho cuánta obstinación senil se necesita para acusar a la

revolución rusa de arruinar la pobre democracia. En concreto, la democracia es el dominio del capital, cuya necesidad radica tan fuertemente en el concepto de las masas populares, que ella puede permitirse el lujo de concederles la libertad de hablar de los asuntos del Estado. Una vasta democracia no existe de hecho en la historia moderna, puesto que apenas las masas populares se arriesgan a desenvolver su libertad de palabra, y el derecho de disponer del Estado contra la voluntad de sus dominadores capitalistas, desaparece la democracia. Una democracia moderna es la máscara del dominio del capital.

Cuando el proletariado no tenía aún gran interés en hablar libremente y en elegir libremente, sino que estaba concentrando sus fuerzas, hemos reconocido a la democracia como el camino que conducía al socialismo. Esto significaba que necesitábamos la libre participación en los asuntos del Estado para movilizar las masas y para prepararlas a la lucha por el socialismo.

Pero la democracia -abstractamente- significa el dominio de la mayoría del pueblo. La idea de que el proletariado pueda empezar la revolución solamente cuando posea la prueba de que tiene detrás de sí la mayoría de la población, es absurda, por el hecho de que la democracia capitalista no se declarará vencida sino cuando la mayoría de la población esté de hecho detrás de la vanguardia del proletariado. En ningún país gozan de sus plenos derechos los obreros ni las obreras duramente explotados. Si gozaran, en realidad, de estos derechos, la burguesía disolvería al Parlamento antes de que los obreros consiguieran ejecutar la voluntad de la mayoría por vía pacífica. Pero en general es absurdo admitir que por vía pacífica, con la simple agitación legal, sin revolución, se puede vencer la, desconfianza de las masas obreras en su propia fuerza. Sólo en la revolución pueden atraer hacia sí las vanguardias de la clase obrera a la mayoría de las masas del pueblo.

Pero una revolución significa que una clase dicta a las otras su voluntad. La condición que Kautsky y compañía ponen para poder ejecutar una revolución consiste en el hecho de que esta revolución tiene derecho de dictar su voluntad a la burguesía; pero con este derecho tiene también el deber de dar a la burguesía la posibilidad de presentar sus acusaciones ante la Asamblea constituyente, así como por medio de la libertad de imprenta. Esta demanda ingeniosa de un especialista lamentoso, al cual no importa tanto la conquista de un derecho como la posibilidad de hacer valer sus acusaciones, podría admitirse abstractamente si no perjudicara a la revolución. La revolución es una guerra civil, y las clases que se combaten con cañones y ametralladoras renuncian al homérico duelo oratorio. La revolución no discute con sus adversarios, sino que los abate; la contrarrevolución hace lo mismo, y ambas sabrán soportar el reproche de no haber observado el reglamento del Reichstag alemán.

Los soviets caracterizan el triunfo del proletariado internacional

La revolución rusa muestra al proletariado internacional el aspecto rudo que éste llevará mañana con orgullo en la cara, ennegrecida por el humo de la pólvora. Quien se asuste por este aspecto, se alejará de él como de una cabeza de Medusa; se alejará de la revolución proletaria en general y, finalmente, del socialismo. Pero la revolución rusa no muestra al proletariado europeo únicamente las luchas; que tendrá que combatir si no quiere perecer en el fango de las trincheras, sino también las formas y el carácter con que vencerá.

¿Qué forma tendrá el dominio dictatorial del proletariado en Europa? La forma de soviets, es decir, la representación de la clase obrera en la fábrica, en la ciudad y en el campo. Esta es la forma de dominio.

La idea de los Consejos (soviets) es sencillísima: ha sido generada y se ha formado del mismo modo genial con el que la naturaleza genera y forma sus cristales.

En la fábrica trabajan diariamente los esclavos del capital. La fábrica está ligada por miles de hilos a las demás fábricas y a la economía de la propia región. Toda fábrica depende de las relaciones comerciales de la región en cuestión, de las fábricas que elaboran sus materias primas y se las suministran; pero depende también de las otras fábricas del mismo ramo de la producción y de la economía del país entero. La representación de la fábrica es, por consiguiente, la célula política y económica del mecanismo del Estado. Los órganos del Estado tienen sus raíces en los Consejos obreros de las fábricas, pero representan al mismo tiempo en estos Consejos obreros los intereses generales. El Consejo general de la economía, compuesto por los representantes de la clase obrera de todo el país, es el órgano que eleva a los representantes de la economía local por encima de los intereses locales, subordinándolos a los intereses generales. En la práctica de la revolución rusa fue visible el lado útil lo mismo que el lado perjudicial del sindicalismo.

Los obreros de una fábrica, como patronos de aquella fábrica, son empujados fácilmente a favorecer los intereses particulares, lo que les transformaría en pequeños burgueses. El Consejo obrero de un ramo de la industria representa en cada fábrica los intereses y las necesidades de la evolución de ese ramo de la industria; pero podría acentuar demasiado el interés del proletariado de ese ramo, perjudicando los intereses generales de la clase obrera. El Consejo General de la economía, que proyecta y ejecuta todo el plan económico, adecúa los intereses obreros, haciendo ley de los intereses generales. Así se eliminan las tendencias de corporación del sindicalismo y se resuelve al mismo tiempo el problema, que negó, y del cual se alejó por desconfianza en la democracia fracasada.

El Congreso de los Consejos obreros, el Comité ejecutivo de los Consejos obreros, es

decir, el poder del Estado proletario, no es el medio de la opresión capitalista, sino que es órgano de lucha del proletariado.

El gobierno de los Consejos obreros no es una forma de gobierno democrático, sino que es la forma del gobierno obrero; muestra claramente su carácter de clase, no lo oculta con frases democráticas, y es, al mismo tiempo, la forma de gobierno en la cual la voluntad de la clase obrera revolucionaria puede expresarse sin ambages ni miramientos. Así fue resuelto el problema que en la democracia burguesa resulta imposible de resolver, esto es: el problema de la burocracia.

El sindicalismo se alejó con horror del problema de la burocracia; quería aboliría con todas sus organizaciones; pero como no podía aboliría, la negó simplemente de palabra. En la sociedad capitalista, el proletariado está condenado a recoger solamente las migajas de la mesa de la ciencia capitalista. En la sociedad capitalista hubo necesariamente burócratas hasta en el movimiento obrero, que tenían tiempo y ocasión de aprender la técnica del movimiento obrero. Después de la quiebra del capitalismo, en el proceso de la revolución socialista, que, agitando profundamente a las masas obreras, hace salir a la superficie todas las capacidades, se presenta por vez primera en la historia la posibilidad de que la clase obrera administre por sí misma sus propios asuntos.

La forma del gobierno de los Consejos de los delegados obreros, que pueden ser siempre reelegidos, que vuelven siempre al terreno maternal, es decir, a la fábrica, esta forma será en la que el proletariado universal derrotará al capitalismo, y será capaz de realizar y ejecutar el socialismo. Y es más que significativo el hecho de que los marxistas que calumnian y acusan la revolución rusa, hasta la fecha no han tratado de atacar la idea del gobierno de los soviets. Para hacerlo, habrían debido defender a los tenebrosos Gabinetes imperialistas, en los cuales la burocracia, junto a los representantes del capital financiero, trata de los asuntos del Estado.

El Parlamento es un club de discusión, una tienda de habladurías. El Parlamento no dirige ninguna fábrica ni construye ferrocarriles. La máquina del Estado, que se transforma cada vez más en una máquina policíaca, podría ser dirigida, o por un consorcio burocráticocapitalista, y así el Parlamento resultaría un escenario inútil, o debería ser creada por los órganos obreros, que, junto con los especialistas, pondrían en movimiento y dirigirían el aparato económico. Puesto que esta alternativa era clara para cualquiera que tuviese la menor idea del mecanismo efectivo del llamado Estado democrático, los adversarios del gobierno de los Consejos debían limitarse a defender el derecho de la nación, es decir, de la burguesía, y prescindir de sus habladurías inútiles; pero no se atrevían a defender la esencia del dominio efectivo de la pandilla de los ladrones de la finanza, y tenían que dejar completamente fuera de discusión la cuestión cardinal de la forma de la revolución obrera. Y ésta es la mejor prueba del hecho de que dichos señores no estaban en la posición de combatir seriamente la revolución rusa, ni siquiera comprenderla realmente.

El proletariado europeo marchará indudablemente con tal rapidez, que no tendrá tiempo de aprender de los doctos libros la práctica de la revolución rusa; pero la aprenderá prácticamente antes de encontrarse en la situación de conocer los documentos.

Nosotros, que tenemos la fortuna inmensa de vivir, es decir, de combatir, al cabo de cuatro años de los horrores de la guerra mundial, en medio de una sociedad renaciente, no tenemos la pretensión de ser los maestros del proletariado europeo. Pero hasta que los acontecimientos le dejen un poco de tiempo para aprender a conocer las doctrinas de la revolución rusa, aun en una exposición esquemática, y antes de que pueda emplearlas prácticamente, nuestra tarea consiste en presentarle un cuadro de la voluntad y de la acción del proletariado ruso. Los hechos hablarán luego a los corazones anhelantes y a su cerebro, que crea los hechos aun sin recomendación.

La revolución rusa no necesitaba ser defendida ante el tribunal del proletariado europeo. Si el socialismo ha realizado -como estamos convencidos de ello- las aspiraciones y las intenciones de los mejores proletarios de dos generaciones, lo reconocerán en la revolución rusa, ya que ha sido el primer paso de la evolución del socialismo de la teoría a la acción. Y éstos han reconocido ya en la revolución rusa la realización de sus sueños. Desde San Francisco, de California, hasta Vladivostok, que se tome la vía del Atlántico o la del Pacífico, de todas partes del mundo recibimos diariamente testimonios de que, a pesar de las mentiras de la prensa burguesa y de la ruindad de los traidores al socialismo, la clase obrera de todos los países -cuando empieza sencillamente a agitarse, cuando surge en ella la voluntad de la lucha- vuelve los ojos hacia Rusia, bañada en sangre; hacia Rusia, en donde la clase obrera está luchando contra un mundo de enemigos, y que, como lo esperamos, triunfará de ellos.

León Trotsky

LA REVOLUCION DE NOVIEMBRE

En ocasión del segundo aniversario de la revolución de noviembre creo oportuno insistir en un detalle, que es muy característico para ella, y al que no se le ha dado importancia en memorias ni en los artículos. La insurrección fue determinada, por decirlo así, para una fecha fija: el 25 de octubre (6 de noviembre). Y no fue fijada quizás en una sesión secreta, sino abierta y públicamente, y la revolución triunfante se hizo precisamente el 25 de octubre, como había sido establecido de antemano.

La historia universal conoce un gran número de revueltas y revoluciones; pero buscaríamos en ella otra insurrección de una clase oprimida que hubiera sido fijada anticipada y públicamente para una fecha determinada, y que hubiera sido realizada victoriosamente en el día indicado de antemano. En este sentido y en varios otros la revolución de noviembre es única e incomparable.

Fue decidido que la conquista del poder en Petrogrado debía ocurrir en el mismo día de la apertura del segundo Congreso Panruso de los Soviets. Esta *coincidencia* no ha sido la consecuencia de un cálculo de conspiradores, sino que resultó de todo el período precedente de la revolución, y particularmente del trabajo de organización y de propaganda realizados por nuestro partido. Nosotros pedíamos el traspaso de todo el poder a los Soviets. Alrededor de esta petición hemos reunido, bajo la bandera de nuestro partido, la mayoría de los Soviets más importantes. Y no sólo podíamos pedir el traspaso del Poder a los Soviets, sino que, como partido dirigente de los Soviets, debíamos *tomar* el poder. Estábamos seguros de que el segundo Congreso de los Soviets nos habría dado la mayoría. Ni siquiera nuestros enemigos tenían dudas respecto a este particular. Y por esto, ellos se oponían con todas sus fuerzas a la convocación del segundo Congreso, como sucedió, por ejemplo, en ocasión de la sesión de los Soviets en el Consejo Democrático. Dan ⁽¹⁾ trataba de impedir, por todos los medios, la convocación del segundo Congreso, y como no lo conseguía, se esforzaba en retardar, por lo menos, la fecha en que debía reunirse. La hostilidad hacia la convocación del segundo Congreso de los Soviets fue motivada por los mencheviques y los socialistas revolucionarios, precisamente por el temor de que el Congreso pudiera servir a los bolcheviques como punto de apoyo para conquistar el poder. Nosotros, por nuestra parte, insistiendo en la convocación del Congreso, no ocultábamos que, según nuestra opinión, el Congreso era indispensable, precisamente para arrancar el poder del gobierno de Kerensky. Finalmente, en la votación de la sección de los Soviets en el Consejo Democrático,⁽²⁾ Dan consiguió diferir el segundo Congreso del 15 al 22 de octubre. He aquí cómo la política "realista" del menchevismo

1- Uno de los jefes mencheviques o minimalistas.

2- El Parlamento de Kerensky.

ha regateado con la historia una prórroga de diez días.

En todas las reuniones celebradas en Petrogrado, sea en la de los obreros, sea en la de los soldados, hemos presentado la cuestión del siguiente modo: el 25 de octubre se reunirá el segundo Congreso Panruso de los Soviets; la guarnición de Petrogrado y el proletariado pedirán al Congreso que ponga al orden del día, como el punto más importante, el problema del poder, que, desde aquel momento, debe pertenecer al Congreso Panruso de los Soviets; en el caso de que el gobierno de Kerensky tratara de disolver el Congreso -así rezaban las innumerables *Resoluciones*-, la guarnición de Petrogrado pronunciará la palabra decisiva.

La agitación aumentó día por día. Convocado el Congreso para el día 25 de octubre, y poniendo anticipadamente al orden del día, como primer punto, el problema -que fue en el fondo la única cuestión- de la ejecución (no de la discusión, sino de la ejecución) del traspaso del poder a los Soviets, quería decir, que decidiendo el cambio del Estado para el 25 de octubre, preparábamos francamente, ante la "sociedad" y su "gobierno", las fuerzas armadas, para efectuar tal cambio. A la preparación del Congreso se unía estrechamente la cuestión de revocar gran parte de la guarnición de Petrogrado. Kerensky temía a los soldados de Petrogrado (y tuvo plena razón), de manera que mandó al general Cheremisof, que a la sazón era el jefe del ejército del Norte, que llamase al frente a los regimientos infieles. Cheremisof, como lo demuestran las cartas que hemos encontrado después del 26 de octubre, trataba de eludir el cumplimiento de esta orden ya que consideraba que la guarnición de Petrogrado estaba "infectada" y, por ende, poco conveniente para una guerra imperialista; pero bajo la presión de Kerensky, que se dejó guiar por razones exclusivamente políticas, Cheremisof tuvo que obedecer.

Apenas fue transmitida la orden de revocación de las tropas del Estado Mayor de la región al Comité Ejecutivo de los Soviets de Petrogrado por el Poder Ejecutivo, para nosotros, representantes de la oposición proletaria, apareció claramente que esta cuestión podía tener una significación decisiva por su desarrollo ulterior. En la espera inquieta de la insurrección del 25 de Octubre, Kerensky trataba de desarmar a Petrogrado rebelde. No nos quedaba otro medio que oponer al gobierno de Kerensky respecto a esta cuestión, no solamente a los obreros, sino a toda la guarnición. Ante todo, fue decidido crear un Comité militar revolucionario para verificar desde el punto de vista militar la orden de revocación de la guarnición de Petrogrado. En substancia, se creó así, al lado de la representación política de la guarnición (la sección de los soldados del Soviet), un Estado Mayor de acción revolucionaria de la misma guarnición. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios comprendieron en seguida que se trataba de crear un órgano para la insurrección armada; y lo declararon públicamente en la sesión de los Soviets.

Los mencheviques votaron en contra de la creación del Comité militar revolucionario; entraron, sin embargo, en su seno, como copistas, para la compilación del acto de cambio del Estado.

Así fue decidida la convocatoria del Congreso para el 25 de octubre. El partido, al cual estaba asegurada la mayoría, presentó ante el Congreso el problema de la conquista del poder. La guarnición, que se negó a abandonar a Petrogrado, fue movilizada para defender el futuro Congreso.

El Comité militar revolucionario, opuesto al Estado Mayor de la región de Petrogrado, se transformó en Estado Mayor revolucionario del Soviet revolucionario de la capital. Todo esto se efectuó completamente en público, ante todo Petrogrado, ante el gobierno de Kerensky y ante todo el mundo. Esto es un hecho único en su género.

Al mismo tiempo, se discutía abiertamente en los círculos del partido y en la prensa la cuestión de la insurrección armada. La discusión se alejaba en gran parte del desarrollo de los acontecimientos, y no se relacionaba la insurrección ni con el Congreso ni con la revocación de la guarnición, sino que se la examinó como una conjura preparada secretamente. En realidad, la insurrección armada no sólo estaba "reconocida" por nosotros, sino que la preparábamos para el momento decisivo, y por esto hasta el carácter de la insurrección estaba de antemano establecido -por lo menos en Petrogrado-, por el hecho de que la guarnición permanecía en la ciudad, y por su conducta hacia el Congreso de los Soviets.

Varios compañeros permanecieron escépticos ante el hecho de que la revolución había sido decidida con el calendario en la mano. Parecía más conveniente y más seguro dar a la insurrección un carácter verdaderamente conspiratorio, y servirse de la ventaja de la espontaneidad y de la sorpresa. En efecto, esperando la revolución para el 25 de octubre, Kerensky podía -así parecía entonces- mandar que vinieran fuerzas frescas, y podía "trabajar" a la guarnición, etcétera.

Pero el hecho es que la cuestión del cambio de los efectivos de la guarnición de Petrogrado se transformó en un punto principal de la revolución, que se preparaba para el 25 de octubre. La tentativa de Kerensky de cambiar los efectivos de los regimientos de Petrogrado se consideraba anticipadamente -y con plena razón- como la continuación del atentado de Kornilov.

La insurrección "legal" hipnotizaba al enemigo. Habiendo dado una orden, que no fue ejecutada, Kerensky envalentonó aún más a los soldados, y con esto aseguró el éxito de la revolución.

Después de la revolución del 25 de octubre, los mencheviques, y ante todo Martov, hablaron mucho acerca de la usurpación del poder; efectuada por una manipulación de conspiradores a la espalda del Soviet y de la clase obrera. Es difícil imaginarse una deformación más desvergonzada de los hechos. Cuando en la sesión de los Soviets del Congreso Democrático, hemos decidido con mayoría de votos la convocatoria del Segundo Congreso para el 25 de octubre, los mencheviques decían: "Vosotros decidís la revolución." Cuando, con la mayoría abrumadora del Soviet de Petrogrado, nos hemos negado a dejar partir a los regimientos de la capital, los mencheviques decían: "Esto

es el principio de la insurrección." Cuando en el Soviet de Petrogrado hemos creado el Comité militar revolucionario, los mencheviques hicieron constar: "Este es el organismo de la insurrección armada." Pero cuando en el día decisivo estalló la insurrección prevista por medio de este organismo, creado y "descubierto" anticipadamente, los mismos mencheviques gritaron: "Una maquinación de conspiradores ha provocado una revolución a espaldas de la clase." En realidad, la acusación más grave que se nos podía hacer fue la de que en el Comité militar revolucionario hemos preparado algunas particularidades técnicas "a espaldas" de los asesores mencheviques.

Se podía creer en semejante periodo que la tentativa de la conjura militar del Comité militar revolucionario -independientemente del Segundo Congreso de los Soviets- sólo podía llevar el desorden en el curso de los acontecimientos, y hasta perjudicar temporalmente a la revolución. La guarnición, en el seno de la cual había regimientos poco maduros desde el punto de visto político, habría podido considerar la usurpación del poder, efectuada por medio de una conspiración, como algo extraño a ella; pero para estos mismos regimientos, negarse a salir del Petrogrado y decidirse a tomar la defensa del Congreso de los Soviets, que debía transformarse en el poder supremo del país, fue un hecho natural, lógico e indispensable. Aquellos compañeros que consideraban como utópica la idea de fijar la revolución para el 25 de octubre, no medían ni bastante toda la fuerza y la potencia de nuestra influencia política en Petrogrado, en comparación con el gobierno de Kerensky.

El Comité militar revolucionario, que existía legalmente, nombró a sus comisarios en todos los batallones de la guarnición de Petrogrado, y fue así, en el verdadero sentido de la palabra, el amo de la situación. La carta estratégica de la guarnición estaba ante nosotros. Teníamos en cada momento la posibilidad de crear la concentración necesaria de las fuerzas y apoderarnos de todos los puntos estratégicos de la capital. Sólo nos quedaba vencer la indiferencia y la reacción posible de la parte más atrasada de la guarnición, y en particular la de una parte de la caballería. Esta labor se hacía en las mejores condiciones. En las reuniones de los regimientos, nuestro lema "no moverse de Petrogrado antes de que se haya celebrado el Congreso de los Soviets, y asegurar con la fuerza armada el traspaso del poder a los Soviets" encontraba la aprobación casi unánime. En el regimiento "Semenosvki", el más conservador, Skobelef⁽³⁾ y Got⁽⁴⁾ llevaron a los soldados la noticia "sensacional" de la salida diplomática de Skobelef con rumbo a París, en donde debía efectuar una acción aleccionadora cerca de Lloyd George y de Clemenceau; pero esta noticia no entusiasmó a los soldados, sino sufrió, al contrario, una verdadera derrota. La mayoría votó nuestra resolución. En el Circo Moderno, en la reunión de los ciclistas, que eran considerados como los sostenes más seguros de Kerensky, nuestra orden del día fue aceptada por una mayoría abrumadora. Nuestros adversarios hablaron en un tono pacífico y benévolo; pero sus evasivas no tuvieron crédito.

3- Lider menchevique, ministro bajo Kerenski.

4- Lider socialista revolucionario.

El último golpe fue asestado al enemigo en el corazón de Petrogrado, en la fortaleza de Pedro y Pablo. Viendo el estado de ánimo de la guarnición, que había participado en todas nuestras reuniones en el patio de la fortaleza, el ayudante de campo, comandante de la región, nos propuso, de la manera más cortés, "complacernos y allanar todas las divergencias". Nosotros, por nuestra parte, prometimos todas las medidas necesarias para la eliminación definitiva de las equivocaciones. Y, en efecto, al cabo de dos o tres días, arrojamos al gobierno de Kerensky.

La historia volvió la página, y empezó el capítulo sovieta.

Los deberes de la República rusa de los Soviets

(Discurso pronunciado por Trotsky en la Conferencia del Partido Comunista Ruso, celebrada en Moscú el 28 de marzo de 1918.)

El ejército rojo

Compañeros:

El Congreso se reúne en un momento de profunda ruptura interna, en nuestra época tan rica de trastornos, y no en un momento en que la disposición de los ánimos estuviese educada y preparada para la lucha. Sin duda, vivimos en un periodo de paralización interior y de enormes dificultades, que -esperémoslo- conducirán a la purificación interna y a una nueva elevación del movimiento revolucionario.

Como poder, nuestro árbol genealógico deriva de la Revolución de Octubre, de la que algunos que militaban en las filas vecinas a las nuestras, o marchaban paralelamente con nosotros, están ahora -según parece- dispuestos a separarse de nosotros. Hoy por hoy, la Revolución de Octubre está considerada por muchos sabios casi como una aventura o una equivocación.

Nosotros, comunistas, no podemos considerar la Revolución de Octubre desde un punto de vista tan subjetivo. En el transcurso de una serie de años que precedieron a la revolución de 1917, no solamente hemos predicho el carácter inevitable de la nueva revolución, sino que hemos sostenido, y demostrado teóricamente, que si esa revolución triunfara, llevaría al poder inevitablemente a la clase obrera, apoyada en las clases más pobres de la población. Entonces esto fue considerado como una utopía, y ahora llaman utopía a nuestra perspectiva socialista y a nuestro programa comunista. Pero es un hecho que la dictadura de la clase obrera, que hemos predicho igualmente, se ha efectuado y que todos aquellos "sobrios" que en esta predicción veían una utopía, o un deseo nuestro puramente subjetivo, fueron arrojados por el

desarrollo de la lucha de clase de nuestra revolución.

La revolución de febrero reveló las relaciones fundamentales entre fuerzas en contradicción, ante todo la comunidad de intentos de todas las clases poseedoras, comunidad a cuya cabeza se encontraba el partido "cadete", y en cuyo seno se disolvieron todas las contradicciones y todos los contrastes entre las clases ricas, porque la revolución había puesto en el primer lugar el problema substancial de la posesión como tal, lo que ha hecho desaparecer de repente los contrastes que antes existían en el seno de las clases poseedoras.

Los grupos del acuerdo representaron la segunda gran capa de la revolución - políticamente mucho más grande de la que correspondía a sus verdaderas fuerzas sociales (por razones de que voy a hablar en seguida)-, y la tercera capa fue la de la clase obrera, a cuya cabeza se encontraba nuestro partido, que también dirigía a las masas trabajadoras que se han unido a la clase obrera.

He dicho que la segunda capa, que ha dejado su sello fatal en la primera época de la revolución, apareció a otros, y su misma génesis, incomparablemente más poderosa de lo que correspondía de hecho realmente. Y, también, a las capas sociales entre las que se reclutó. Hablo de aquellos círculos intelectuales burgueses y pequeñoburgueses, en que estos partidos reclutaban no solamente a sus jefes, sino también sus cuadros de lucha.

¿Pero cómo se explica el hecho de que, en la primera fase de la revolución, los partidos de los social-revolucionarios y de los mencheviques representaron una función directiva, y que con esto reforzaron la disolución y dieron a todo el proceso ulterior del desenvolvimiento un carácter extremadamente agudo y morboso? Eso se explica por el hecho de que nuestra revolución ha salido de la guerra, pero la guerra movilizó y organizó a las masas más obtusas y más atrasadas de la población campesina, dándoles una organización militar, y les llevó así a ejercer, en la primera época de la revolución, una influencia directa e inmediata sobre la marcha de los acontecimientos políticos, antes de que estas masas hubieran tenido, bajo la dirección del proletariado urbano, una escuela política, por lo menos elemental.

Regimientos, divisiones, batallones, etcétera, eligieron sus diputados para los Soviets de los Obreros y Soldados del mismo modo que lo hizo la clase obrera. Pero mientras que la clase obrera eligió como diputados a personas que salieron de sus propias filas, de las fábricas o de las oficinas, los campesinos no eligieron diputados campesinos, sino diputados de regimientos, compañías, etcétera, ya que casi toda la clase se encontraba organizada en los cuadros del ejército.

De este modo, los campesinos ejercieron una influencia inmediata y muy activa sobre la marcha de los acontecimientos políticos, antes de que la escuela política, bajo la guía de la clase obrera, les hubiera conferido el minimum necesario de ideas políticas. Era natural que esta masa de campesinos no encontrara a sus jefes y representantes

en su propio seno, sino en medio de los intelectuales pequeño-burgueses, en los voluntarios, en los jóvenes oficiales más o menos revolucionarios, es decir, en los hijos de la burguesía, que ante la masa de los campesinos soldados poseían ciertas preeminencias formales, ya que sabían expresar sus pensamientos en una forma más o menos conexa, sabían leer y escribir, etcétera. Por esta razón, en la primera fase de la revolución aumentaron rápidamente los cuadros de los socialrevolucionarios y de los mencheviques. Ellos se apoyaron en el ejército de los campesinos, que sumaban millones de hombres. Como la clase obrera no quería desligarse completamente de las potentes reservas de los campesinos, también mostró cierta tendencia al acuerdo, ya que el acuerdo le representaba el puente que la ligaba a las masas de los campesinos y de los soldados. Esta es la razón por la cual los socialrevolucionarios y los mencheviques imprimían, en la primera época de la revolución, el sello de una influencia general sobre el desarrollo de la misma revolución. Sin embargo, ellos ejercían su influencia solamente, con lo que no consiguieron arreglar ningún problema; pasaron así de largo sobre todas las cuestiones, que aumentaron las dificultades, y que dieron el carácter de una terrible carga histórica a la herencia que nos tocó en octubre.

La clase obrera a la prueba

Mientras que por la íntima lógica de la lucha de clases nuestro partido, que está a la cabeza del proletariado, llegó al poder: la tercera capa, la de la clase obrera, que por su naturaleza fuerte aparece como la única que es capaz de resolver los problemas fundamentales de la revolución- fue llamada a la prueba. En el sentido inmediato de la lucha, la revolución se desarrolló con un triunfo inesperado que no tiene comparación. En la historia no hay todavía ejemplo alguno de una ofensiva tan poderosa de una clase oprimida, que haya derribado con un procedimiento tan metódico y con una rapidez tan constante el poderío de las clases poseedoras y directoras en todas las regiones del país, habiendo difundido desde Petrogrado y desde Moscú la dominación de la clase obrera hasta en los más apartados rincones de Rusia.

Esta victoria de la insurrección de Octubre mostró la debilidad política de las clases burguesas, que se explica por el desenvolvimiento peculiar del capitalismo ruso.

Como el capitalismo ruso se ha constituido sobre las ruinas de la completa disolución de la pequeña y mediana industria y sobre la vieja ideología capitalista de la Europa occidental, se presentó en una forma más concentrada, y sin duda desarrolló un gran poder económico, y con esto también su capacidad interna de pasar a formas económicas más completas, y preparó así el terreno para la nacionalización de las factorías. Pero esas cuestiones transformaron al mismo tiempo a los representantes del capital comercial, industrial y financiero ruso en una pequeña clase privilegiada, pequeña en número y alejada de las vastas masas populares, sin raíces ideológicas en el pueblo y sin un ejército político.

Esto explica la insignificante resistencia política que nuestra burguesía nos opuso en octubre y noviembre y en los meses siguientes, cuando en algunos puntos del país

hubo sublevaciones de toda clase, de Kaledin,⁽⁵⁾ de Kornilov,⁽⁶⁾ de Dutov ⁽⁷⁾ o de la Rada ucraniana. ⁽⁸⁾ Si en este momento la Rada es victoriosa en Ucrania sobre el poder de los Soviets, esto se debe exclusivamente a la ayuda de la poderosa máquina del militarismo alemán. Tanto en las partes del país más adelantadas cuanto en las más atrasadas, y aún menos en los centros industriales, por todas partes nuestras clases poseedoras se mostraron impotentes para detener por sus propios medios la ofensiva militar y revolucionaria del proletariado que luchaba por la conquista del poder de Estado. Lo que, oh compañeros, significa, ante todo, que, si -lo que no creo, ni vosotros lo creéis-, si por la fuerza y la voluntad de la historia fuéramos arrojados del poder, esto no sería más que un episodio, y ocurriría solamente por un tiempo muy

breve, ya que el desarrollo de las cosas se haría según la misma directiva, según la que ha procedido hasta ahora. El profundo abismo social que existe entre las capas burguesas superiores y las clases obreras, y la íntima cohesión de las clases oprimidas con el proletariado, garantizan lo que estoy diciendo.

Aun en el caso de que el proletariado fuese excluido momentáneamente del poder, seguiría siendo el guía de la enorme mayoría de las masas trabajadoras del país, y el próximo nuevo sacudimiento le llevaría otra vez al poder. De esto debemos sacar la convicción más profunda y más íntima de lo acertado de toda nuestra labor política.

Dada la entera estructura social de Rusia y dado el ambiente internacional en que vivimos, somos invencibles en el pleno sentido de la palabra, a pesar de todas las dificultades, y hasta a pesar de nuestros defectos, equivocaciones y errores, de que voy a hablar en adelante.

El "sabotaje" de la burguesía

La resistencia militar de la burguesía fue despedazada en breve tiempo. Entonces, ella escogió otro método de resistencia bajo la forma del sabotaje del personal administrativo y técnico, de todas las energías intelectuales calificadas, que en la sociedad burguesa sirven de mecanismo natural a la dirección técnica y al mismo tiempo a la dominación de clase y al gobierno de clase.

Todos estos elementos se empeñaron en resistir, después de que la clase obrera conquistó el poder. Teóricamente, esta resistencia no debía sorprendernos, y debíamos

5- Kaledin fue jefe de los cosacos del Don. Cuando vio que la causa de la contrarrevolución estaba perdida irremediablemente, se suicidó.

6- El papel de Kornilov es bien conocido. Se sublevó contra Kerensky para instaurar su propia dictadura; pero fracasó ante la resistencia de los obreros de Petrogrado. Después del triunfo de los maximalistas, fue jefe de los cosacos del Don, pero quedó derrotado, y parece que fue muerto por los vencedores.

7- Dutov fue jefe (hetmán) de los cosacos del Ural; pero resultó vencido también, y su ejército se disolvió.

8- La Rada de Ucrania se formó en Kief. Tenía un carácter socialista, pero antibolchevista. Cuando los bolchevistas negociaron la paz con Alemania, los aliados ponían todas sus esperanzas en la resistencia de la Rada; pero ésta firmó la paz con los alemanes antes que los bolchevistas. Hoy, la Rada no existe. Su heredero es el general Petliura, jefe de los ejércitos ucranianos antibolchevistas.

prevenirla. A propósito de la Comuna de París, Marx escribe que la clase obrera, llegada al poder, no puede adueñarse mecánicamente del viejo organismo del Estado, sino que debe reconstituirlo enteramente. Y el hecho de que es imposible para la clase obrera servirse sencillamente de la antigua máquina, se manifestó en doble forma: por la desconfianza de las masas obreras y de los Soviets hacia los antiguos empleados y por el odio de la antigua burocracia hacia los nuevos amos; la clase trabajadora. Esto explica el sabotaje, la deserción, la desorganización de todas las instituciones gubernamentales y de muchas instituciones públicas y particulares por parte del personal técnico y administrativo que las dirigía.

Este sabotaje, en cuanto no era un sencillo producto del pánico de los elementos intelectuales frente a la mano pesada de la clase obrera, que había tomado las riendas del poder político, y en cuanto tenía un fin político, iba a refluir a la futura Asamblea constituyente, como su desembocadura natural, como un nuevo puente hacia aquellos que detentaban el poder.

Si la burguesía rusa, y las clases poseedoras rusas en general, según su naturaleza y sus intereses políticos, tenían como ideal político una monarquía moderada, basada en los elementos censitarios, a los elementos intelectuales, a cuya cabeza se encontraban los partidos del acuerdo (socialrevolucionarios y mencheviques), a sus intereses y a sus ideas correspondía especialmente la Asamblea constituyente, que concede a los intelectuales pequeño-burgueses una gran parte proporcional, ya que ellos, gracias a su habladería petulante, se presentan en un Parlamento en nombre de las masas más obtusas y atrasadas, que no saben todavía expresar sus sentimientos, y porque esta Constituyente, encontrándose en medio de las clases poseedoras y las masas trabajadoras, sostendría su papel de elemento de unión, de agente y de mediador. Y la Asamblea constituyente, según el pensamiento de aquellos intelectuales, sería una gran Cámara de conciliación, una gran institución de compromiso de la revolución rusa.

Los Soviets, o la clase obrera organizada en Soviets, han rechazado la Asamblea constituyente, declarando que en una época de directa e inmediata lucha de clase, sólo esta o aquella clase puede gobernar clara y firmemente, y que en este momento sólo puede existir la dictadura del capital y de la gran propiedad agraria, o la dictadura de la clase obrera.

Con la abolición de la Asamblea constituyente, los Soviets despedazaron la espina dorsal del sabotaje de los intelectuales. La oposición de todos estos elementos técnicos, administrativos y burocráticos fue vencida. La guerra civil abierta y directa, así como la lucha contra el sabotaje, todo esto distraía hasta cierto punto nuestra atención de las fundamentales tareas orgánicas, económicas y administrativas. Por otra parte, fue natural que se formara en nosotros la convicción de que en adelante, después de haber derrotado a los Kaledin y a los Kornilov y después de haber tomado definitivamente el poder y vencido el sabotaje, procederemos finalmente a la verdadera labor genuina y creadora.

Después de que la resistencia militar de la burguesía, de los Kornilov y de los Kaledin quedó rota en el campo abierto (no gracias a nuestra técnica militar, que estaba a un nivel muy bajo, sino porque la burguesía no disponía de elementos leales) , y después de que el sabotaje del personal técnico y administrativo fue vencido, por lo menos en principio, y que fue posible unir estas energías espirituales a nuestra labor, después de todo esto, nos encontramos por vez primera frente a frente con tan enormes problemas, con las dificultades y con los obstáculos que hemos recibido como herencia del pasado.

Las enormes dificultades heredadas del pasado

Fue natural que la guerra civil y los métodos con que vencimos el sabotaje de los burócratas en todas las instituciones aumentaran inmediatamente el desorden que hemos heredado de la guerra y de la primera fase de la revolución. Nosotros mismos lo vimos en seguida. Pero esto no nos detuvo, ya que estábamos convencidos profundamente de que no teníamos sino un único medio para triunfar en la gran vía del desenvolvimiento histórico, y este medio consistía solamente en la dictadura de la clase obrera. Sabíamos que en el camino de esta dictadura se encontraban muchos obstáculos, y que éstos debían quedar arrojados. Si el hecho de arrojar los obstáculos aumenta momentáneamente el desorden, esto debe compensarse de una manera céntuple por la política de creación económica que la clase obrera debe desarrollar después de haber conquistado el poder.

Ahora bien; ¡oh compañeros!, después de que hemos vencido los obstáculos políticos, nos encontramos frente a todas las dificultades de organización. La historia presenta a la clase obrera y a sus representantes la siguiente cuestión: ¿Podéis desembarazaros de todas las dificultades que las últimas decenas de años y los siglos pasados han aglomerado para vosotros, formando verdaderos nudos gordianos, y presentándoos el desorden en toda Rusia? ¿Conseguiremos desempeñar esta tarea? En otras palabras, ¿estará a la altura histórica necesaria la clase obrera, guiada por el partido comunista, en las horas de la prueba más grande que jamás le fue impuesta en el transcurso de la historia?

Las dificultades que están ante nosotros pueden dividirse en dos grandes categorías: en dificultades de carácter objetivo y en dificultades de carácter subjetivo.

La enorme desorganización

Las primeras, es decir, las dificultades de carácter objetivo, se basan en sus condiciones extrínsecas. También en cuanto al desorden general ellas consisten en que las vías de comunicación están en pleno desorden, que nuestros vagones están usados, que poseemos una enorme cantidad de locomotoras gastadas, que nuestras fábricas están desorganizadas, en primer lugar a causa de la movilización parcial e incompleta en extremo, de manera que tenemos las mayores dificultades para el abastecimiento; sobre todo porque estamos empobrecidos y porque domina en nuestro país un completo

desorden en todos los ramos, en los medios de producción, lo mismo que en cuanto al registro y a la inspección y en todos los medios de transporte.

Estas son las dificultades, colosales en su importancia, que están ante nosotros y que debemos vencer a toda costa. Si no conseguimos desembarazarnos de ellas podemos prever la ruina del país para un tiempo muy breve, ya que nadie podrá substituirnos en el gobierno.

Cómo utilizar la vieja máquina del Estado

Si nosotros, según la palabra de Marx, como clase obrera no podemos adueñarnos maquinalmente de la antigua organización del poder del Estado, esto no significa, en absoluto, que debemos arrojar de ella todos los elementos que formaban la armazón de la antigua organización del poder del Estado.

La desgracia de la clase obrera consiste en el hecho de que ella se encontraba siempre en las condiciones de una clase oprimida. Esto se refleja en todo, tanto en el nivel de su cultura como en la falta de costumbre de administrar, mientras que la clase rica tiene esta costumbre y sigue adquiriéndola por medio de sus escuelas, de sus universidades y de otras instituciones parecidas. La clase obrera no posee nada de esto, y está solamente a punto de adquirirlo.

Después de que ha subido al poder, debe considerarse la antigua organización del Estado como una organización para la opresión de clase. Pero, al mismo tiempo, debe sacar de esta organización todos los elementos calificados y competentes que le sean técnicamente necesarios; debe ponerlos en su lugar correspondiente, y aumentar con esta medida su potencia de clase proletaria. Esto, ¡oh compañeros!, es la tarea que se encuentra ante nosotros en toda su grandeza.

La primera fase de la lucha contra el sabotaje consistió en que destruimos, sin piedad, las organizaciones de los "saboteadores". Esta medida fue necesaria y también justa.

Ahora, en el período en que el poder de los Soviets está asegurado, la lucha contra el sabotaje debe cambiar de método, procurando transformar a los "saboteadores" de ayer en servidores, en procuradores y en directores técnicos, allí donde lo exige el nuevo régimen. Si no conseguimos esto, si no podemos atraer todas las energías que necesitamos, y si no las ponemos al servicio de los Soviets, nuestra lucha de ayer contra el sabotaje, la lucha militar revolucionaria resultará enteramente inútil e infructuosa.

Como en las máquinas muertas, así también en los técnicos (ingenieros, médicos, maestros y oficiales de ayer) se oculta un cierto capital del patrimonio popular de nuestra nación que debemos explotar, si queremos resolver los problemas fundamentales que están ante nosotros.

En efecto, la democratización no consiste -esto es el abecé de todo marxista- en

abolir la función de las energías calificadas, la función de personas que poseen conocimientos técnicos, ni en sustituirlas por todas partes y en cada ocasión por comisiones electivas.

Las comisiones electivas, constituidas por los mejores representantes de la clase obrera, pero que no poseen los necesarios conocimientos técnicos, no pueden substituir ni a un solo técnico que haya terminado sus estudios en una escuela especial, y que sepa cómo se hace una cosa especial. La onda de compañerismo que en nuestro país se observa en todos los campos, es como la reacción natural de una clase joven y revolucionaria, que todavía ayer estaba oprimida, que elimina la singular iniciativa personal de los dominadores de ayer, y pone en todas partes a sus representantes, elegidos por ella. Esto es, digo, una reacción revolucionaria, absolutamente natural, y sana en sus orígenes. Pero esta no es la última palabra de la creación económica del Estado de la clase proletaria.

El paso ulterior debe consistir en el empleo de la iniciativa de compañerismo, en la limitación sana, salvadora y espontánea de la clase obrera, que sabe dónde puede decir una palabra decisiva el representante elegido de los obreros, y dónde es necesario dejar en su puesto al técnico, al especialista, que posee los conocimientos determinados, a quién debe imponerse una mayor responsabilidad, y qué debe seguir sometido a una inspección política. Pero es preciso que se deje al especialista la libertad de obrar, y de crear, ya que ningún especialista, por capaz y hábil que sea, puede trabajar en su propio campo, si está sometido constantemente a la voluntad de unos hombres que no entienden nada de aquel ramo de la ciencia o de la técnica. Debe haber en todas partes una inspección soviética desde el punto de vista político, pero para las funciones especiales hay que nombrar técnicos, ponerles en puestos responsables y dejar que obren bajo su propia responsabilidad.

Aquellos que frente a este estado de cosas se quedan perplejos, demuestran inconscientemente una profunda desconfianza íntima del régimen soviético. Aquellos que opinan que el hecho de atraer a los "saboteadores" de ayer y ponerles en la dirección de especiales puestos técnicos amenaza los fundamentos del régimen soviético, no se dan cuenta del hecho de que el régimen socialista no puede ser derribado por cualquier ingeniero, por cualquier general de ayer -en el sentido político revolucionario y militar el régimen soviético es invencible-, sino que puede caer por su propia incapacidad para resolver las tareas de la organización productora.

Por esto es necesario tomar todo lo que en la antigua institución era digno de vivir, y trasplantarlo al campo de la nueva labor.

Compañeros: si no realizamos esto, no habremos solucionado nuestras tareas fundamentales, ya que en un tiempo breve sería imposible sacar de nuestro propio seno a los especialistas que necesitamos para substituir a todos los del antiguo régimen. En el fondo, sería como si dijéramos que vamos a romper todas las máquinas que hasta ahora han servido para la explotación de los obreros. Esto sería una locura.

La atracción de especialistas doctos nos es tanto más necesaria cuanto la toma de posesión de todos los medios de producción y de transporte equivale a la de todas las riquezas del país para su registro. Debemos, y sin perder tiempo, utilizar a todos los técnicos y especialistas que tenemos y entregarles un vasto campo de participación activa en la labor, y tenerlos, al mismo tiempo, bajo la inspección política de los obreros.

Los peligros internos de la clase obrera

Compañeros: en esta vía se encuentran dificultades que son innatas a la misma clase obrera. También aquí se hacen sentir los siglos pasados de la historia rusa, los tiempos en que las masas populares estaban oprimidas, defraudadas material, e intelectualmente y excluidas de las prácticas más necesarias de la administración.

Sabíamos también antes que nos faltan las organizaciones necesarias, la disciplina necesaria y la necesaria escuela histórica; sabíamos todo esto, pero no nos impidió en absoluto de proceder con los ojos abiertos a la conquista del poder. Estábamos convencidos de que conseguiríamos aprender y ordenar todo.

Ahora, después que hemos tomado el poder en nuestras manos, nosotros, los representantes de la ' clase obrera, debemos darnos cuenta clara y honradamente de qué especie son nuestros pecados y defectos íntimos, que representan los peligros más grandes para la causa de la construcción socialista.

Como dije, ellos encuentran su explicación histórica, que está basada en la antigua forma de vida netamente campesina, cuando no había aún ninguna personalidad humana culta, libre, independiente, sino una masa compacta que vivía, trabajaba y moría como vive y parece una masa compacta de corderos.

La revolución que despertó la personalidad humana aun en el hombre más oprimido, ha prestado, en los primeros tiempos, a este despertar un carácter extremo y, si queréis, anárquico. Este despertar de los instintos más elementales de la, tiene a veces un carácter groseramente egoísta, y para servirnos de un término filosófico, "egocéntrico". Todavía ayer, uno no era nada, era un esclavo del zar, de la nobleza, de la burocracia, un accesorio de la máquina del fabricante. En la vida campesina era un siervo del terrón, un ser que no tiene otro derecho sino pagar contribuciones. Hoy, libertado de la esclavitud, se siente por vez primera una persona humana, y empieza a creer que él... es todo, que él... es el centro del universo. Intenta tomar para sí todo lo que puede, no piensa más que en sí mismo, y no está dispuesto a tomar en consideración el punto de vista general de la clase. Esto explica la onda de esta especie de instintos desorganizadores, de estas tendencias individualistas, anárquicas y de rapiña, que observamos especialmente en las esferas de los elementos desagregados del país, en medio de lo que resta del ejército, y también entre ciertos elementos de la clase obrera.

Pero esto no es más que la enfermedad de crecimiento. Seríamos ciegos y cobardes, ¡oh, compañeros!, si en esto viéramos un peligro fatal, un síntoma de ruina. No es así. Como la escarlatina para los niños, como los dolores cuando salen los dientes, así existe esta enfermedad orgánica del crecimiento de clase, la labor de despertar de sus fuerzas de clase y de su estímulo a la creación. Sin embargo, es en todo caso una enfermedad, y debemos esforzarnos en vencerla, en el término más breve. Esos fenómenos negativos se observan en todas partes: en las grandes obras, en las fábricas, en las oficinas, en las asociaciones obreras, en los ferrocarriles, en los ministerios, entre la clase de los nuevos empleados, etcétera.

Hemos vencido el antiguo sabotaje, y arrojado de un golpe a la mayoría de los antiguos empleados. En todos los ramos de la administración, los que sustituyeron a los antiguos empleados no resultaron siempre un personal de primera calidad, ni mucho menos.

Por una parte, a los puestos que permanecieron libres iban nuestros compañeros de partido que habían hecho los trabajos subterráneos, los mejores elementos, los luchadores, los más honrados. Luego, junto a ellos, llegaron los arrivistas, los intrigantes, los que ayer no tenían una existencia definida, que estaban sin ocupación bajo el antiguo régimen. Cuando fue necesario atraer a la vez a decenas de miles de nuevos obreros calificados, no es sorprendente que muchos pillos consiguieron infiltrarse en los poros del nuevo régimen.

A esto debemos añadir que muchos compañeros que trabajan en las nuevas oficinas e instituciones, están lejos de mostrarse capaces de una labor orgánica, productiva ni intensa. Observemos atentamente en los ministerios a estos compañeros, sacados especialmente de las filas de los bolcheviques de octubre; ellos trabajan allí durante cuatro o cinco horas diarias, y no muy intensamente, en una época en que nuestra situación exige de nosotros la labor más intensa, no por temor, sino por deber de conciencia.

El deber de los arquitectos de la nueva vida

Muchas personas, que son honradas, pero de voluntad débil, se abandonan fácilmente a la sugestión de que ahora, en el estado de debilidad del país, en que todo está relajado y desorganizado, no vale la pena de desplegar energía alguna, ya que el esfuerzo de una persona no se nota en la economía general de la vida de Estado. ¿Por qué -se preguntan ellos- debo yo sólo hacer esfuerzos en medio del caos general? Y aquí se presenta, ¡oh compañeros!, una tarea en absoluto nueva a los representantes de nuestro partido, que el gobierno cívico ha reunido en esta sala. Si nosotros éramos los primeros en las luchas revolucionarias, como ya antes éramos los primeros en la acción subterránea, y luego en la lucha ocupamos por asalto la posición de la clase que era nuestra adversaria, ahora, en todos los puestos que ocupamos -no olvidéis que ahora somos nosotros la clase dominadora-, debemos desplegar un máximum de obra consciente, de cumplimiento de nuestros deberes, de alegría de trabajar, en fin, un máximum de aquellas calidades que caracterizan a la clase de los arquitectos

ge nuinos de la nueva vida. Y es preciso que dentro de nuestro partido se forme una nueva moral, o más bien dicho, una moral que aparezca como el desenvolvimiento de nuestra moral de ayer. Si ayer el más estimado de los hombres fue aquel que renunció a todo interés personal, que en cualquier momento estaba dispuesto a sacrificar su vida, hoy las mismas calidades fundamentales de la revolución rusa, de las que estábamos tan orgullosos, deben encontrar una nueva utilización en todos los puestos, por prosaicos que nos aparezcan por su aspecto exterior.

Por todas partes deben levantarse ejecutores, directores para todas las funciones, para todas las tareas y todas las necesidades de la República socialista de los Soviets, y en el ejercicio de su mandato deben llevar todo el espíritu de sacrificio y todo el entusiasmo.

La nueva conciencia del deber y del honor del trabajo

Mediante nuestro Partido Comunista debemos construir, para decirlo así, en toda fábrica una célula modelo, que sea la conciencia de trabajo de la fábrica en cuestión. Es preciso que aquella célula, desde el punto de vista de los intereses generales del pueblo, siga y observe la vida de la respectiva fábrica, y explique a los obreros la necesidad de cumplir siempre y en todas partes los deberes más elementales hacia nuestro país y hacia los Soviets. La responsabilidad de su destino gravita sobre nosotros con todo su peso, y debemos ser sus fiadores; y sólo nosotros, como la clase directora, sobre todo en este momento, en que el grupo de los socialistas revolucionarios de la izquierda se nos ha separado, y en que la responsabilidad directa y general de todo lo que ocurre en la vida del Estado, así como en la vida económica del país, pesa sobre los hombros del Partido Comunista.

Por medio del partido y de nuestras asociaciones de obreros, es preciso esta nueva disposición de ánimo en las grandes fábricas, y procurar que se generalice esta nueva conciencia del deber del trabajo y del honor del trabajo, y, apoyados en esta conciencia, establecer Tribunales del trabajo, para que el obrero que se muestre indiferente respecto a sus deberes, o robe el material, o lo descuide, o cumpla su deber con negligencia, etcétera, pueda ser llevado ante el Tribunal, para que los nombres de estos transgresores de la solidaridad socialista salgan en todas las publicaciones de los Soviets, como nombres de renegados.

Compañeros, estamos obligados a predicar en seguida esta moral comunista, sostenerla, desarrollarla y reforzarla. Esta es la tarea más elevada de nuestro partido en todos los campos de su actividad.

Tomemos, por ejemplo, los ferrocarriles. Hasta ahora, por todos los defectos de los ferrocarriles atacábamos al antiguo gobierno, las antiguas administraciones y el Comité central de la Unión Ferroviaria. Y teníamos derecho de obrar así. Mas hoy somos vencedores: el poder y la dirección han pasado a nuestras manos. Los ferrocarriles son nuestros. Pero, aún no es todo, ni siquiera la mitad; quizás no sea sino la décima

parte de lo que es preciso hacer. Ahora hay que transformar la ordenación de los ferrocarriles en un mecanismo digno de un reloj, y esto es, por el momento, una de las tareas políticas más importantes de nuestro partido. ¿Veis?, en esto consiste la esencia de la cosa, y hay que comprenderlo así. Si antes la tarea política consistía en la agitación, en la propaganda, en la lucha abierta en las calles, en las barricadas, en la conquista del poder, en las elecciones, ahora, la tarea política de nuestro partido consiste en la organización de los ferrocarriles, en la creación de una disciplina del trabajo, en la plena responsabilidad de todo individuo en su puesto, etcétera. ¿Y por qué? Porque si no conseguimos realizar esta tarea, esto significaría que seríamos derribados, y este hecho sería registrado en la historia mundial del proletariado como un gran desastre. Naturalmente comprendemos que, al fin, el proletariado triunfará, pero el hecho de que, en un momento dado, nuestro partido y nuestra clase no hayan conseguido superar la prueba, quedaría juzgado muy severamente, y dejaría huellas imborrables. ¿Veis?, por esta razón es por lo que todos estos problemas de creación de la organización de Estado se transforman directa e indirectamente en deberes políticos para nuestro partido.

La revolución rusa está ligada a la revolución europea

Todo esto se refiere en conjunto también a la esfera con que ahora estoy en relación estrechísima, es decir, a la esfera militar. No quiero hablar ahora de la situación internacional del país, ni de las perspectivas y de los peligros internacionales. Para mi exposición bastará que diga que en cuanto el destino de la revolución rusa depende de las condiciones mundiales, este destino está ligado a la revolución europea. Si en Europa no se hiciera la revolución, si la clase trabajadora de Europa se mostrara incapaz -al término definitivo de la guerra- de erigirse contra el capital; si esta monstruosa previsión se verificara, significaría que la civilización europea estaba condenada. Significaría que al término del desarrollo tan potente del capitalismo, y a la conclusión de la matanza mundial en que el capitalismo mundial ha precipitado a los pueblos, la clase obrera de Europa se ha demostrado incapaz de adueñarse del poder y libertar a Europa del incubo del capitalismo y del infierno imperialista. Significaría que Europa estaba condenada a la disolución, a la degeneración, al regreso. Se comprende que si Europa cayera otra vez en la barbarie, la civilización se desarrollaría en algún lugar, en el Oriente, en Asia, en América; si Europa se transformara en una península de Asia, atrasada como la península balcánica, que en una época era el hogar del desarrollo de la civilización y luego quedó rezagada y se transformó en el rincón más atrasado de la Europa sudoriental, se comprende que tampoco nosotros podíamos resistir si todo esto se realizara en esta forma. Pero, como no tenemos ningún motivo para admitir una hipótesis tan monstruosa, ya que estamos persuadidos de que el proletariado europeo se sublevará al finalizar la guerra, o probablemente mientras dure, ya que a tal camino lo empuja la nueva ofensiva en el frente occidental, que revela otra vez a las masas obreras su situación tan desesperada, podemos decir que el destino de nuestra revolución está ligado indisolublemente en la escala internacional al destino de la revolución europea, y, por consiguiente, también al destino de Europa. Y por esto, nosotros, como un factor de la revolución europea, como una de sus partes, debemos

procurar ser fuertes; es decir, estemos provistos de un ejército que corresponda al carácter y al espíritu de nuestro régimen soviético.

El reclutamiento voluntario del Ejército Rojo

Habéis leído la disposición fundamental que del Comisario popular para la milicia os hemos dirigido. Admitimos que a causa del desenvolvimiento ulterior de las circunstancias internacionales puede ponernos ante nuevas pruebas crueles en un próximo futuro, y por esto debemos procurar tener, para entonces, cuadros de ejército bien fundados y seguros, que por estas razones no pueden formarse según el principio del reclutamiento obligatorio personal, ya que es claro que no podemos realizar un reclutamiento así en los próximos dos meses. Por esto debemos apoyarnos en el principio del voluntariado, que desde luego debe ser expurgado por medio de un severo criterio personal y político.

El deber de la organización del partido, de las células del partido, para proveer en todas partes a las necesidades, consiste en tratar que los elementos que entren al ejército sean de buena calidad en el sentido político y moral, y que, después de haber entrado a las filas del ejército, no pierdan el contacto con las masas obreras, sino que por parte de éstas queden sometidos a una influencia sistemática.

Debo decir que hasta hay personas en nuestro partido que temen que el ejército pueda resultar un instrumento y un centro de maquinaciones contrarrevolucionarias. Este temor, en cuanto tenga alguna justificación, debe obligarnos a dirigir toda nuestra atención a las capas inferiores, a las filas de los simples soldados del Ejército Rojo. Aquí podemos establecer una base, por la cual cualquier tentativa de transformar al Ejército Rojo en un instrumento de atentados contrarrevolucionarios deba fracasar. Como tarea principal en este camino se nos presenta el completar los cuadros por medio de una educación general en las factorías y en las fábricas, y de los pobres del campo. Hasta ahora, ¡oh compañeros!, muchas órdenes que hemos emitido se han quedado sobre el papel. Como tarea de primer orden para el partido aparece la de traducir efectivamente en actos el decreto, que en uno de estos días vamos a publicar, acerca de la educación militar obligatoria y general en las factorías, en las fábricas, en las oficinas, en las escuelas, etcétera. Ocuparse de ello y realizar prácticamente este decreto es la tarea de la organización y de las células del partido. Sólo la larga educación militar de las masas obreras y campesinas -en todas partes en donde esto se puede traducir en seguida en acto- da la posibilidad de transformar los cuadros de los voluntarios en un esqueleto, que en el momento del peligro se revestirá de carne y de sangre, es decir, en una numerosa masa, armada efectivamente.

Cómo atraer a los especialistas del antiguo ejército

Ahora voy a pasar a un punto escabroso que, hasta cierto grado, constituye la parte enferma de nuestra vida de partido. Es la cuestión del ordenamiento del ejército, el problema de cómo atraer a nosotros a los especialistas militares, es decir, en palabras

sencillas, a los antiguos oficiales y generales, para formar y administrar al ejército. En nuestro país, todas las disposiciones fundamentales y directivas del ejército se basan en el principio de que ellas están formadas por un especialista militar y por dos comisarios políticos. Tal es el actual tipo fundamental de un órgano directivo del ejército.

Y más de una vez he debido hablar en reuniones públicas del hecho de que nosotros, en el terreno del mando, en el de las operaciones y en el de la lucha deberemos dar plena responsabilidad a los especialistas militares, y también conferirles los derechos que sean necesarios para que puedan cumplir su tarea. Ante esto, muchos de nosotros están ansiosos, y estas aprensiones encuentran su expresión en las deliberaciones de algunas organizaciones del partido. Tengo en el bolsillo una de estas deliberaciones; la recibí ayer del territorio nor-occidental. En esto vemos un caso muy característico de las dificultades ante las que nos encontramos. Aquella deliberación hace constar cuántos actos arbitrarios se cometen por parte de algunos representantes de los Soviets, cuántos desórdenes, hasta cuántos actos deshonestos, cuántos robos -isí, también robos!- por parte de los representantes del poder de los Soviets, de los elegidos por las organizaciones de los trabajadores. Y he aquí otra tarea del partido: la de proceder sin ninguna piedad contra esta especie de fenómenos que se verifican entre nosotros, ya que estos actos precipitan al país en la ruina y arruinan a nuestro partido. No sólo se debe perseguir a aquellos que directa e indirectamente son culpables de haber robado el dinero del pueblo, sino también a aquellos que frente a cualquier especie de indisciplina y de vicio se muestren indulgentes. Debemos obrar con una mano de hierro, sin misericordia, ya que se presentan muchos síntomas inquietantes. Los compañeros del territorio noroccidental piden precisamente esta mano de hierro. En la deliberación en cuestión, que pinta la situación de una manera magnífica, se piden medidas draconianas por parte del partido, medidas para cauterizar estas heridas morales con el hierro candente.

Y la misma deliberación indica con la misma inquietud otro peligro, el de atraer a generales que -como ella dice-, conducirían al país hacia una nueva aventura a lo Kornilov. Por cierto, no está excluido el peligro de una nueva aventura a lo Kornilov. Sin embargo, este peligro no consistirá en agregar una docena o dos de antiguos generales, sino que tendría raíces más profundas.

¿Por qué se desarrollan la arbitrariedad, el desorden y hasta la deshonestidad? Únicamente por el hecho de que ciertas personas aceptan puestos que son superiores a su capacidad. Mirad de más cerca lo que está ocurriendo en Ucrania. Los que han luchado de un modo magnífico y heroico contra los Kaledin, los Dutov y los Kornilov, que han derrotado a estos enemigos, que desde el punto de vista técnico estaban al mismo nivel que ellos, han fracasado cuando se encontraron ante la máquina militar alemana, y sentían su propia insuficiencia. Esto explica su descontento de sí mismos, y que los jefes guerrilleros se combaten mutuamente, y luchan menos contra los alemanes que contra la población de aquellos lugares. El ejemplo de lo que ocurre en Ucrania nos muestra que, si hablamos seriamente de proteger la Revolución soviética

por medio de la defensa armada, por medio de la guerra, si repudiamos la frase de los socialrevolucionarios de izquierda acerca de la sublevación de los guerrilleros, debemos darnos a la tarea de constituir un ejército regular. Sólo con la existencia de semejante ejército y apoyándose en él, pueden realizar los guerrilleros una obra eficaz. Mas para formar un gran ejército regular necesitamos especialistas calificados, y entre ellos también a los generales de ayer.

Como ya os lo dije antes, la dificultad para el régimen sovieta consiste actualmente, no en la lucha contra el sabotaje, cuya espina dorsal está rota, sino en atraer a los ex "saboteadores" para hacerles colaborar con nosotros.

La supresión del principio de los cargos electivos en el ejército

La segunda cuestión trata del llamado principio electivo en el ejército. Todo el sentido de este principio consiste en luchar contra el antiguo organismo del cuerpo de oficiales y tener la inspección del mando.

Mientras el poder estaba en las manos de la clase adversaria a nosotros, y el mando se presentaba como un instrumento a la disposición de aquel poder, teníamos la obligación de tratar de despedazar la oposición de clase por parte del personal del mando, por medio del principio electivo. Pero ahora el poder político está en las manos de la misma clase obrera, de cuyas filas se recluta el ejército.

Bajo el régimen actual -lo digo abiertamente-, el principio electivo en el ejército no tiene razón de ser desde el punto de vista político, y desde el punto de vista técnico es inoportuno, y en el decreto ya está suprimido.

Os pregunto: ¿Ha sido aplicado por vosotros el principio electivo en las asociaciones de profesiones y en las cooperativas? No. ¿Elegís vosotros a los empleados, a los cajeros y a los funcionarios de una profesión determinada? No. Vosotros elegís vuestro Consejo de fiscalización entre los obreros de más méritos y más dignos de fe de la asociación obrera, y dejáis a su responsabilidad el nombramiento de todos los empleados y técnicos. Lo mismo debe ocurrir también en el ejército. Como ahora está ya establecido sólidamente el régimen sovieta, es decir, una organización a cuya cabeza se encuentran personas elegidas directamente por los Soviets de los diputados de Obreros, Soldados y Campesinos, no puede existir ningún antagonismo entre el poder y las masas obreras, como no existe antagonismo entre el Consejo de vigilancia de una asociación y la Asamblea general de sus miembros; y por esto no puede haber motivos de temor por el nombramiento de personas para el mando hecho por los órganos del Poder de los Soviets. La verdadera solución de la cuestión del mando consiste en establecer cursos de instrucción para los soldados y los obreros más adelantados para que poco a poco puedan subir nuevos efectivos al mando, que correspondan al espíritu del régimen sovieta. Y estamos realizando esta tarea.

La cuestión de la formación de un ejército es actualmente para nosotros de vida o muerte. Así lo entendéis también vosotros. Pero no podemos formar un ejército

por medio del mecanismo administrativo, que es malísimo. Tenemos un mecanismo poderoso, un mecanismo ideal, esto es, nuestro partido. El ejército, ¡oh compañeros!, lo formaréis vosotros. Y haréis todo para extirpar los prejuicios de que os he hablado; vosotros nos ayudaréis a llenar los cuadros del ejército revolucionario con obreros y campesinos, ansiosos de luchar. Vosotros trataréis de introducir en las factorías, en las fábricas y en el campo la educación militar obligatoria, y de este modo crearéis un instrumento de lucha para la defensa de la República soviética.

Gregorio Zinoviev

PARLAMENTARISMO Y BOLCHEVISMO

Queridos compañeros:

La fase actual del movimiento revolucionario ha colocado resueltamente, y en su forma más áspera, junto con otras cuestiones, en el orden de discusión del día, la cuestión del parlamentarismo. En Francia, América, Inglaterra y Alemania, simultáneamente con la agravación de la lucha de clases, todos los elementos revolucionarios están adhiriéndose al movimiento comunista, uniéndose entre sí y coordinando su acción bajo la consigna del poder de los Soviets. Los grupos anárquicosindicalistas y los grupos que de vez en cuando se llaman simplemente anarquistas van también incorporándose a la corriente general. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista mira este hecho con la mayor satisfacción.

En Francia, el grupo sindicalista del camarada Péricat forma el corazón del partido comunista; en los Estados Unidos, y hasta cierto punto también en Inglaterra, la lucha por los Soviets es conducida por organizaciones, como la I.W.W. (Industrial Workers of the World, Trabajadores Industriales del Mundo). Estos grupos y tendencias se han opuesto siempre a los métodos parlamentarios de acción, Por otra parte, los elementos del partido comunista que se derivan del partido socialista se inclinan en su mayoría a reconocer la acción parlamentaria también. (El grupo Loriot, en Francia, los miembros del A.S.P., o partido socialista americano, los del L.L.P., o partido independiente en Inglaterra, etc.). Todas estas tendencias que deben unirse lo más pronto posible en el partido comunista a toda costa, necesitan una táctica uniforme. En consecuencia, debe decidirse la cuestión en una amplia escala y como una medida general, y el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista se dirige a todos los partidos afiliados en la presente carta-circular, especialmente consagrada a la cuestión.

El programa universal unificador es en el momento actual el reconocimiento de la lucha por la dictadura del proletariado en la forma del poder de los Soviets. La Historia ha situado de tal modo la cuestión, que es actualmente en ella donde se encuentra la línea divisoria entre el proletariado revolucionario y los oportunistas, entre los comunistas y los socialistas-traidores de toda especie. El llamado centro (Kautsky en Alemania, Longuet en Francia, el partido obrero inglés y Hilquitt en los Estados Unidos) es, a despecho de sus protestas, una tendencia objetivamente antisocialista, porque no puede o no quiere sostener la lucha por el poder sovieta del proletariado.

Al contrario, aquellos grupos y partidos que antes rechazaron toda clase de lucha política (por ejemplo, algunos grupos anarquistas), reconociendo el poder de los Soviets, la dictadura del proletariado, han abandonado realmente su antiguo punto

de vista en cuanto a la acción política, porque han reconocido la idea de la conquista del poder por las clases trabajadoras, el poder que es necesario para la supresión de la burguesía que se opone a ello. Así, repetimos, se ha encontrado un programa común para la lucha por la dictadura de los Soviets.

Las antiguas divisiones en el movimiento obrero internacional han sobrevivido, evidentemente, a su tiempo. La guerra ha causado un reagrupamiento. Muchos de los anarquistas o sindicalistas que rechazaban el parlamentarismo se condujeron tan despreciable y traidoramente durante los cinco años de guerra como los jefes de la antigua socialdemocracia que tienen siempre el nombre de Marx en los labios. La unificación de fuerzas se está efectuando de una manera nueva; algunos están por la revolución proletaria, por los Soviets, por la dictadura, por acción en masa, aun por levantamientos armados -los otros están contra este plan-. Esta es la cuestión principal hoy. Este es el criterio principal. Las nuevas asociaciones se formarán de acuerdo con estas clasificaciones, y se están formando así ya.

¿En qué relación está el reconocimiento de la idea del Soviet con el parlamentarismo? Precisamente aquí debe trazarse una clara línea divisoria entre las dos cuestiones que lógicamente nada tienen que hacer la una con la otra: la cuestión del parlamentarismo como una deseada forma de organización del Estado, y la cuestión de la explotación del parlamentarismo para el desarrollo de la revolución. Los camaradas confunden a menudo estas dos cuestiones, lo cual tiene un efecto extraordinariamente perjudicial en toda lucha práctica. Deseamos discutir cada una de estas cuestiones en su orden y hacer todas las deducciones necesarias.

¿Cuál es la forma de la dictadura proletaria? Respondemos: los Soviets. Esto ha sido demostrado por una experiencia que tiene una significación universal. ¿Puede ser el poder de los Soviets compatible con el parlamentarismo? No, y otra vez no. Es absolutamente incompatible con los Parlamentos existentes, porque la maquinaria parlamentaria encierra el poder concentrado de la burguesía. Los diputados, las Cámaras de Diputados, los periódicos, el sistema de corrupción, las vinculaciones secretas de los parlamentarios con los directores de los Bancos, la conexión con todos los instrumentos del Estado burgués, todas estas son cadenas para las clases trabajadoras. Deben romperse. La maquinaria gubernamental de la burguesía, y, en consecuencia, el Parlamento burgués también, deben romperse, despedazarse, destruirse, y sobre sus ruinas se organizará un nuevo poder, el poder de la unión de las clases trabajadoras, el Parlamento de los Trabajadores, es decir, los Soviets.

Sólo los traidores á los trabajadores pueden engañar a éstos con la esperanza de una revolución social "pacífica" por medio de reformas parlamentarias. Tales entes son los peores enemigos de la clase trabajadora, y contra ellos debe hacerse la guerra más despiadada. Ninguna transacción es posible con ellos. Por consiguiente, nuestro grito de guerra para todo país burgués debe ser: "¡Abajo el Parlamento! ¡Viva el Poder de los Soviets!"

Sin embargo, la cuestión puede plantearse de este modo: "Muy bien, vosotros negáis el poder de los actuales Parlamentos burgueses, ¿por qué entonces no organizáis nuevos y más democráticos Parlamentos sobre la base de un verdadero sufragio universal?" Durante la revolución socialista la lucha ha llegado a ser tan intensa, que la clase trabajadora debe obrar rápidamente y con resolución, sin permitir que las clases enemigas penetren en su campo, en su organización del poder. Tales requisitos se encuentran sólo en los Soviets de los trabajadores, soldados, marinos y campesinos, elegidos en las factorías y oficinas, en los campos y en los cuarteles. La cuestión de la forma del poder proletario se expresa así. Hay que abatir a los gobiernos, a los reyes, a los presidentes, a los Parlamentos, a las Asambleas nacionales. Todas estas instituciones son nuestros enemigos declarados, y deben ser destruidas.

Ahora pasemos a la segunda cuestión fundamental: "¿Podemos servirnos de los Parlamentos burgueses con el propósito de desarrollar la lucha de clase revolucionaria?" Como se observará, esta cuestión no está en ninguna relación lógica con la primera. En efecto: se puede trabajar por la destrucción de cualquier organización, entrando en ella y sirviéndose de ella. Esto lo saben perfectamente también nuestros enemigos de clase, cuando explotan para sus fines los partidos socialdemocráticos oficiales y los sindicatos. Tomemos un ejemplo: los comunistas rusos participaron de las elecciones para la Asamblea constituyente, y tomaron asiento en la Sala. Pero al cabo de veinticuatro horas disolvieron aquella Constituyente para realizar completamente el poder de los Soviets. El partido bolchevista tenía también sus diputados en la Duma Imperial del Zar. ¿"Reconoció" el partido entonces la Duma como un ideal o siquiera como una durable forma de gobierno? Sería locura suponer esto. Envió sus representantes allí a fin de proceder contra el aparato del poder zarista en aquel campo también, y contribuir a la destrucción de la misma Duma. Por algo el gobierno zarista condenó a los "parlamentarios" bolchevistas a presidio "por alta traición". Los jefes bolcheviques estaban también realizando una labor ilegal, aunque temporalmente hacían uso de su "inviolabilidad" para unificar las masas en la lucha contra el zarismo.

Pero no era Rusia el único lugar donde esa clase de actividad "parlamentaria" existía. Fijaos en Alemania y en las actividades de Liebknecht. El camarada asesinado era el tipo perfecto de revolucionario. ¿Hubo entonces algo antirrevolucionario en el hecho de que desde la tribuna del maldecido Reichstag alemán excitara él a los soldados a levantarse contra el Reichstag? Al contrario. También aquí vemos la completa admisibilidad y utilidad de su explotación de la situación. Si Liebknecht no hubiera sido diputado, no habría podido hacer nunca lo que hizo; sus discursos no habrían tenido el eco que tuvieron. El ejemplo de los comunistas suecos en el Parlamento también nos convence de esto. En Suecia, el camarada Høglund desempeñó y desempeña el mismo papel que Liebknecht en Alemania. Haciendo uso de su posición como diputado, contribuye a la destrucción del sistema parlamentario burgués; nadie en Suecia ha hecho tanto por la causa de la revolución en la lucha contra la guerra como nuestro amigo.

Vemos la misma cosa en Bulgaria. Los comunistas búlgaros han explotado con éxito la tribuna del Parlamento para fines revolucionarios. En las últimas elecciones

ganaron 47 asientos. Los camaradas Blagoyef, Kirkov, Kolarov y otros jefes del partido comunista búlgaro saben cómo explotar la tribuna parlamentaria en servicio de la revolución proletaria. Tal obra "parlamentaria" demanda una audacia peculiar y un espíritu revolucionario especial; los que la ejecutan ocupan posiciones especialmente peligrosas; colocan minas bajo el enemigo, van al Parlamento con el solo propósito de tener esta máquina en sus manos para ayudar a las masas, que están detrás de los muros del Parlamento, en sus esfuerzos por hacerlo volar.

¿Estamos nosotros por el mantenimiento de los "Parlamentos democráticos" de la burguesía como forma de administración del Estado?

No, en ningún caso. Estamos por los Soviets.

Pero estamos por la plena utilización de esos Parlamentos para nuestra obra comunista, mientras no seamos bastante fuertes para derribar al Parlamento.

Sí, estamos por esto; pero con una larga lista de condiciones. Sabemos muy bien que en Francia, en Inglaterra y en los Estados Unidos no han surgido todavía tales parlamentarios de las masas de trabajadores. En esos países hemos observado hasta ahora un cuadro de traición parlamentaria. Pero esto no prueba la inutilidad de la táctica que consideramos útil. Sólo es cuestión de que haya allí partidos revolucionarios, como los bolcheviques o los espartaquistas alemanes. Tan pronto como haya tales partidos, todo puede llegar a ser diferente. Es particularmente necesario: 1) que el centro de decisión de la lucha esté fuera del Parlamento: huelgas, levantamientos y otras formas de acción en masa; 2) que las actividades en el Parlamento se combinen con esta lucha, 3) que los diputados ejecuten también actos ilegales; 4) que obren por el Comité central y bajo sus órdenes; 5) que no presten atención a las formas parlamentarias con sus actos: no teman choques directos con la mayoría burguesa, etcétera.

La cuestión de tomar parte en las elecciones en un tiempo dado, durante una campaña electoral, depende de una serie de circunstancias concretas; en cada país deben ser consideradas particularmente en cada ocasión dada. Los bolcheviques rusos estuvieron por boicotear las elecciones para la primera Duma Imperial del año 1906; y estas mismas personas estuvieron por tomar parte en las elecciones para la segunda Duma Imperial, cuando se vio que el poder burgués-feudal gobernaría todavía en Rusia por muchos años. En 1918, antes de las elecciones para la Asamblea Nacional alemana, una sección de los espartaquistas estuvo por tomar parte en las elecciones; la otra estuvo contra esto; pero el partido de los espartaquistas permaneció unificado como partido comunista.

En principio no podemos renunciar a la utilización del parlamentarismo. El partido de los bolcheviques rusos declaró en una resolución especial, en la primavera de 1918, en su VII Congreso, cuando ya estaba en poder, que los comunistas rusos, en caso de que la democracia burguesa en Rusia, por una peculiar combinación de las

circunstancias, volviera una vez más al poder, podrían ser compelidos a utilizar de nuevo el parlamentarismo burgués. También debe concederse a este respecto espacio para maniobrar.

Quisiéramos además hacer constar que la verdadera solución de la cuestión se hace siempre fuera del Parlamento, en las calles. Hoy es ya evidente que las huelgas y las insurrecciones son los únicos métodos de la lucha decisiva entre el capital y el trabajo. Por esto, los esfuerzos principales de los camaradas deben consistir en el trabajo de movilización de las masas: estableciendo el partido, organizando sus propios grupos en las uniones, organizando Soviets en el curso de la lucha, presidiendo la lucha de las masas, agitación por la revolución entre las masas -todo esto es de primera importancia-; acción parlamentaria y participación en las campañas electorales son sólo auxiliares de esta obra, nada más.

Si esto es así, y así es indudablemente, es claro que no conviene dividirse en fracciones en cuanto a esta cuestión, que es secundaria. La práctica de la prostitución parlamentaria era tan enojosa, que aun los mejores camaradas tienen prejuicios respecto a esta cuestión. Esto debe desaparecer en el curso de la lucha revolucionaria. De consiguiente, urgentemente apelamos a todos los grupos y organizaciones que están librando una verdadera batalla por los Soviets y los excitamos a que se unan firmemente, aun a despecho de falta de acuerdo en esta ` cuestión.

Todos aquellos que están por los Soviets y la dictadura proletaria desean unirse tan pronto como sea posible, y formar un partido comunista unificado.

Con saludos comunistas.

Gregorio Zinoviev

LA SOCIALDEMOCRACIA COMO INSTRUMENTO DE LA REACCION

Cuanto más fuerte sea la socialdemocracia oficial en un país, tanto más triste es la suerte del proletariado. Se puede establecer esto como un axioma.

¿Por qué tiene tanta dificultad de surgir en Alemania la revolución proletaria? ¿Por qué hay que verter raudales de sangre para que el proletariado llegue al poder? ¿Por qué encuentran en ese país tantas dificultades los comunistas?

La contestación es fácil. Ante todo, porque en Alemania la socialdemocracia oficial se ha aliado enteramente a la burguesía.

La vieja socialdemocracia resultó un instrumento de la reacción. Esta no es una frase de polémica, ni una exageración, sino que es una verdad objetiva y, puede decirse, científica.

Los ambientes más avanzados de la burguesía han comprendido esto desde hace mucho tiempo. La burguesía alemana lo ha comprendido particularmente bien, sobre todo la burguesía del campo, en donde la lucha de clases ha sido especialmente animada en el último período de la época actual.

Ya en los primeros meses de la guerra, la burguesía alemana se dio cuenta perfecta de que la socialdemocracia alemana era su apoyo principal y seguirá siéndolo. Los ideólogos de la burguesía alemana comprendían que la idea del socialismo ganaba y debía ganar inevitablemente los círculos cada día más vastos del proletariado alemán. Los jefes de la burguesía alemana se dieron cuenta de que no podían encontrar mejores agentes que los jefes de la socialdemocracia alemana.

En abril de 1915 se publicó, en la revista *Preussische Jahrbücher*, un artículo notable titulado: "La socialdemocracia y la guerra mundial". Esa revista está dirigida, como se sabe, por el célebre profesor Delbrück, uno de los principales pilares de la reacción burguesa. La revista en cuestión es un órgano de la burguesía alemana "conservadora-liberal". Los colaboradores de esta revista pertenecen a los ideólogos más perspicaces de la burguesía alemana. Ya en abril de 1915 dicha revista exaltó su socialdemocracia, y declaró abiertamente que esta socialdemocracia -precisamente para domar con éxito a los obreros- debía conservar a toda costa su máscara radical.

"Nosotros no necesitamos que la socialdemocracia alemana declare abiertamente lo que es; es decir, un partido de reformas burguesas, un partido antisocialista. Al contrario, "nosotros" necesitamos -dice el artículo citado- que la socialdemocracia

consERVE a toda costa su radicalismo aparente, ya que sin él no podría interpretar su papel de agente nuestro.

Ella (la socialdemocracia alemana) debe conservar su carácter de un partido obrero con ideales socialistas. Porque el día en que ella pierda este carácter nacería un nuevo partido que se apoderaría del programa que el viejo partido habría renegado, dando a este programa una forma aún más radical". He aquí lo que escribió el autor del artículo citado en la revista de Delbrück (págs. 50-51).

La socialdemocracia oficial debe conservar necesariamente su radicalismo aparente, porque si no, sería reemplazada por un partido que absorbería a las masas.

"Nosotros, los Delbrück de todos los países necesitamos a la socialdemocracia como bandera, para atraer a los obreros. Nuestros agentes, nuestros palafreneros deben vestir la toga de los socialistas. Sólo entonces podrán asegurar la influencia de la burguesía sobre las masas; sin esto, los obreros no les tendrían fe alguna". Con este cinismo abierto es como los jefes de la burguesía alemana presentaron la cuestión.

Desde entonces ha corrido mucha agua, y también mucha sangre. El movimiento obrero se encuentra en un estado de desenvolvimiento muy diferente. La revolución proletaria en Rusia ha triunfado, y en Alemania está a punto de triunfar. La única cosa que no ha variado es el papel reaccionario de la socialdemocracia oficial. Esta ha seguido siendo fiel a sí misma. Por consiguiente, las relaciones de los jefes de la burguesía con la socialdemocracia oficial han cambiado igualmente.

En 1915, cuando fue escrito el artículo citado, Scheidemann y sus compañeros se encontraron en el Reichstag noble-burgués, por la forma, en las filas de la oposición "irreconciliable". Pero en 1919 el partido de Scheidemann está en el Poder; él mismo es primer ministro, y Alemania está proclamada oficialmente República "socialista". Y a pesar de esto, la burguesía basa, como antes, todas sus esperanzas precisamente en Scheidemann y su partido.

En el órgano central de la socialdemocracia alemana, en el *Vorwärts* del 24 de abril de 1919, se publicó un notable artículo titulado "¡Videant cónsules!", una advertencia de la última hora. El autor de este artículo no es un simple mortal, sino el propio barón Karl Schenck von Schweinsberg. Y el artículo no es un artículo cualquiera, sino un manifiesto de toda la burguesía alemana. Se lee en él:

"Si se quiere preservar al pueblo alemán del sisma ruso de los Soviets y del lema: «Todo el poder a los Consejos», es preciso constituir un sistema de Consejo claro y razonable, que funcione a la par con la Asamblea Nacional como segunda Cámara, y que represente, en todas las cuestiones, los intereses proletarios... Así, no sólo se restablecería el equilibrio, sino que se llegaría quizás a la preponderancia de los partidos burgueses."

Y el ilustre autor termina su manifiesto con estas palabras:

“En substancia, resulta de todo esto, que el comunismo puede ser combatido por la importación de los víveres y de materias primas, y por la formación de un gobierno puramente socialista, que introduzca en seguida en la Constitución el sistema de los Consejos, funcionando como segunda Cámara al lado de la Asamblea nacional.”

No es posible expresarse más claramente. Un gobierno “puramente socialista” significa, naturalmente, para el barón Karl Schenck von Schweinsberg, un gobierno de la socialdemocracia del tipo de Scheidemann. Por boca de este cándido burgués, la burguesía alemana toda entera nos declara que en la Alemania de hoy, en que amenaza la guerra civil, ella no puede salvar su poder, sino mediante un Gobierno socialdemócrata, “puramente socialista”.

En otro ambiente, en otras circunstancias, la burguesía pone la misma confianza en la socialdemocracia oficial, como lo hizo la burguesía alemana en los años 1914-1918. Y tiene perfectamente razón. Para salvarla de la ruina, o por lo menos para retardar esta ruina, se necesita imperiosamente un partido en el que tengan fe, al menos, algunos obreros reaccionarios. Este partido es la socialdemocracia oficial.

Luchar contra la vieja socialdemocracia significa -en las presentes circunstancias- luchar contra la burguesía.

* * *

Lo que fue dicho más arriba, en relación a la socialdemocracia burguesa, no se aplica solamente a la fracción llamada “mayoritaria”, sino también a los jefes de la socialdemocracia “independiente”, al “centro”, en Alemania, lo mismo que en Francia.

Tenemos ante los ojos un opúsculo de uno de los jefes más notables del centro, esto es, de Kautsky. Este opúsculo lleva el título de *Los problemas de la revolución proletaria*, y contiene algunos artículos del programa de este célebre teórico de los socialistas independientes de todos los países. Leyendo este opúsculo, se ve indudablemente que el barón Schenck y todos sus amigos ponen todas sus esperanzas en la socialdemocracia.

A principios de 1919, Kautsky publicó “todo un programa de reformas socialistas”. Este programa empieza con estas palabras:

“El 9 de noviembre de 1918, el proletariado alemán obtuvo la supremacía política”.

¿Puede figurarse una mentira más enorme que aquella que contiene estas pocas palabras? A principios de 1919, sólo un ciego podía no ver que en Alemania la burguesía estaba al timón del gobierno y se apoyaba en sus agentes, los socialdemócratas

oficiales.

A fines de diciembre de 1918, el mismo Kautsky escribió otro artículo titulado "Examen profundizado de la Revolución".

"La aristocracia de la guerra que se oponía hasta ahora a todo progreso, ha caído; pero el antiguo organismo de administración y de dirección sigue funcionando en el seno del Estado y del ejército".

Kautsky ve que todos los antiguos funcionarios han permanecido en su puesto, que el organismo del gobierno sigue encontrándose en manos de las clases poseedoras. Pero Kautsky es precisamente un lacayo de la burguesía alemana, cuando establece en principio "científicamente" la necesidad del mantenimiento del antiguo organismo burocrático de la burguesía. Kautsky escribe: "Es preciso elegir: destruir este organismo de un golpe y hacer así imposible [!] la desmovilización, la actividad administrativa y toda [!] la vida pública, o mantenerlo, para mantener al mismo tiempo la base del antiguo régimen, que nos ha precipitado en el abismo, y limitar así la revolución a un cambio momentáneo de las partes. En este caso desesperado, los Consejos de Obreros y de Soldados nos han ayudado, gracias a la inspección que ellos ejercen sobre el antiguo organismo del Estado, que podía seguir funcionando así, sin provocar una contrarrevolución".

El sentido de esta larga y embrollada perorata es muy clara.

Nosotros no podemos despedazar a los funcionarios y a los burócratas de la burguesía. El aparato gubernamental, todo entero, debe seguir en las mismas manos, porque si no -¡pensad en esto!-, no se podrá efectuar la desmovilización, y toda la vida pública resultaría trastornada, lo que significaría casi el fin del mundo. Y precisamente por esto, no se tocarán las bases del antiguo régimen, y los Consejos de los Obreros y de los Soldados servirán al viejo aparato como hojas de parra. Pero las masas obreras alemanas se consolarán en cuanto sepan que los Consejos están autorizados a ejercer una "inspección" sobre el viejo aparato burocrático. Se podrá engañar a los obreros con promesas milagrosas, diciéndoles que el proletariado alemán ha adquirido ya el poder político el 9 de noviembre de 1918.

¡Es el colmo de servidumbre a la burguesía!

Las masas obreras de Alemania reclaman la socialización inmediata de los principales ramos de la industria. Abandonada a sí misma, la burguesía no podría oponer ninguna resistencia seria a la presión de las masas obreras. Pero ¿qué deben hacer los socialdemócratas "independientes" y los "dependientes", sino sostener a la burguesía en casos tan difíciles?

Carlos Kautsky, el jefe de los "independientes", propone, en el "programa de reformas sociales", pagar, en todos los casos, indemnizaciones a los capitalistas, siempre que

se realizara la socialización. La expropiación de las empresas socializadas debe tener lugar por medio de compra y no de confiscación. Razones de justicia (!) lo exigen, porque la confiscación perjudicará a los capitalistas aislados, mas no a toda la clase, y no sólo a los capitalistas, sino también a los pequeños burgueses.

No se sabe qué se debe admirar más, si la ingenuidad o el cinismo. Un muchachito comprendería que nos damos cuenta de las necesidades de los pequeños propietarios, y les aseguramos su existencia de un modo que resulta útil para el Estado. Un simple obrero comprenderá que la confiscación hiere precisamente a la clase de los capitalistas, y no a algunos capitalistas aislados.

Pero escuchad, hay todavía más: admitiendo que la socialización tenga lugar conforme a los principios de *compra ecua* (pensemos en el *reclutamiento ecua* de los cadetes), ¿quién administrará la industria socializada? ¿Creéis acaso que lo harán los obreros? Nada de eso. El jefe de los socialistas "independientes", Kautsky, propone el programa siguiente:

"La administración de los sindicatos será formada por representaciones de los patronos, de los Consejos de los Diputados obreros, por consumidores organizados, conforme a los diversos ramos de la industria, o sea por industriales, si el ramo en cuestión fabrica medios de producción, y por representantes de cooperativas de consumo, y representantes de las municipalidades, si el ramo en cuestión produce artículos de consumo. Estas clases formarán la Administración de que se trata, integrándola por cuartas partes, sin omitir a los representantes del Estado, que se cuidarán de los intereses de la comunidad".

Expresado esto en idioma vulgar, significa que en el estado actual de las fuerzas de coordinación en Alemania, la administración de la industria socializada se encontraría, al menos, por la mitad, si no fuera por las tres cuartas partes, no en las manos de los obreros, sino en las de la burguesía y de sus servidores. ¿Podía acaso encontrar la burguesía un lacayo más sumiso que Kautsky?

Así en todas las cuestiones, Kautsky defiende precisamente el programa de la burguesía y jamás el de los obreros.

Tomemos, por ejemplo, la cuestión de la anulación de los empréuticos de guerra. Todo obrero honrado comprenderá que sin anular los empréuticos, que fueron hechos por la clase poseedora para seguir la matanza durante cinco años, no podrá pagar nunca sus deudas, ni librarse de las tasas, ni deshacerse de las uñas rapaces del hambre. Naturalmente, la burguesía piensa de una manera diferente: ella opina que en una "sociedad que se respeta" es una costumbre pagar sus deudas. Opina que los obreros existen precisamente para hacerse matar a millones en los campos de batalla, en interés de los banqueros, y luego, una vez terminada la matanza, para pagar, durante cincuenta años, las deudas adquiridas con el propósito de continuar la matanza ¿Qué dice Kautsky, el eminente teórico de los "independientes", a propósito de esta cuestión

ardiente?

“Las mismas razones que hablan en favor de la compra, hablan también contra la anulación de los empréstitos de guerra. Además de las razones de justicia [!], hay que notar que la producción capitalista tendrá todavía un papel preponderante hasta la nacionalización completa. Además, estamos rodeados por países capitalistas, necesitamos productos y materias primas que no podemos obtener momentáneamente sino por medio de empréstitos. La solidez del crédito es, pues, una condición esencial de nuestra vida económica”.

¿Qué más pide la burguesía de Kautsky? El ha demostrado la necesidad de pagar los empréstitos de guerra, de sacar a los obreros hasta la médula, no sólo “científicamente”, sino también moralmente, invocando los intereses de la “justicia”. La solidez del crédito en una república socialista, hacia esto tiende Kautsky...

Pero esto no basta aún.

La obra que prosigue la burguesía en el momento actual es excitar a las masas obreras contra los comunistas. Los trata de bandidos y de asesinos. No hay ninguna calumnia, por más vil que sea, que la burguesía no haya tratado de echar sobre los comunistas.

En el mismo momento en que los imperialistas de la Entente imponen una paz de violencia tan miserable, es natural que las grandes masas populares de Alemania tengan contra los gobiernos aliados un odio particularmente vivo. Comparar a alguien a los gobiernos de la Entente, significa compararlo al enemigo más odiado del pueblo alemán. Y veis, el señor Kautsky -en su celo de lacayo- ha caído tan bajo, que compara a los comunistas alemanes precisamente a los gobiernos de los países de la Entente.

En el artículo citado más arriba (“Examen profundizado de la revolución”), Kautsky escribe: “Los Gobiernos de los vencedores son, precisamente [!], partidarios de la violencia como los espartaquistas. Y la victoria de éstos en Alemania significaría precisamente la vuelta a la guerra contra las potencias de la Entente. Lenin han prometido ya para este fin tres millones de hombres y abundantes provisiones; pero no ha dicho en qué parte de Rusia se encuentran estos ejércitos y estos víveres”.

El que lea estas palabras infames, convendrá con nosotros en que Kautsky no sólo ha renunciado a la idea del socialismo revolucionario, sino que no es más que un embustero, un perro guardián de la burguesía. Un hombre que ha podido persuadirse de la justificación de semejantes ruindades, ha caído al mismo nivel que el renegado León Tichomirov, uno de los famosos terroristas rusos, que pasó de repente al servicio de las fuerzas reaccionarias zaristas, y fue director del diario reaccionario *Moskovsky Viedomosti*, cuando volvió la espalda a los revolucionarios y se puso al servicio de la ortodoxia y de la aristocracia.

Naturalmente, encontraréis en Kautsky un millón de pretextos. Os contará que por una parte "el centro marxista persuadirá a los indecisos, a la par que pondrá freno a los ignorantes y a los refractarios". Os describirá el idilio de una "unidad", en cuyo seno un partido conducirá una lucha de ideas, pero esta lucha no despedazará la unidad del frente proletario; pero sí conduce al resultado que los miembros de la izquierda estimularán a los de la derecha, y que los miembros de la derecha impedirán a los de la izquierda de hacer actos inoportunos y prematuros.

Pero todo esto no es más que habladuría inútil, buena a lo sumo para consolar a las viejas mujeres del partido "independiente". En resultado, Kautsky está de acuerdo con Scheidemann. En el artículo: "Examen profundizado de la Revolución", lo reconoce diciendo: "En esta interpretación profundizada de la Revolución, estamos de acuerdo con los socialistas mayoritarios ... todos estamos [comprendido el verdugo Noske] sobre el mismo terreno del marxismo".

Felicitemos al Sr. Kautsky.

* * *

En algunos puntos, los "independientes" han cambiado últimamente su conducta. Se dan el aire como si quisieran marchar hacia la izquierda. Pero conceder fe a Kautsky o a sus amigos, es lo mismo que concederla a Azev (9) y a Tichomirov.

Estamos contentos de ver que nuestros amigos los comunistas alemanes, aprecian la situación como nosotros. En un artículo escrito por uno de los comunistas alemanes más influyentes, hemos leído en estos días que los comunistas alemanes están listos —si es necesario— para luchar con las armas en la mano contra el gobierno eventual de los "independientes". Esto quiere decir que los obreros alemanes tienen consciencia de su deber.

En todos los países y en todas sus ramificaciones, la socialdemocracia oficial —comprendidos los "independientes"— ha resultado el instrumento de la reacción burguesa imperialista. Es preciso arrancar a la burguesía este último instrumento, es preciso romperlo, destruirlo. Entonces, el último asalto contra la fortaleza de la burguesía ya no resultará muy difícil.

9- El más famoso de todos los terroristas; pero que luego resultó un agente de la Okhrama

V. I. Lenin

LA DICTADURA DEL PROLETARIO

...En ningún país existe "la democracia pura"; sólo existe una democracia burguesa. Del mismo modo no se trata de "la dictadura en general", sino de la dictadura de la clase oprimida, la del proletariado, sobre los opresores y explotadores, sobre la burguesía, con el fin de aniquilar la resistencia que éstos oponen para mantener su dominación.

La historia nos enseñó que jamás llegó -ni podía llegar- una clase oprimida al poder sin pasar por un período de dictadura, es decir, por la conquista del poder político y la supresión violenta de la resistencia más desesperada, más furiosa y más despiadada que siempre han opuesto los opresores.

...Aunque la república burguesa más democrática no es sino un instrumento de opresión de la clase obrera por la clase burguesa, de la masa proletaria por un puñado de capitalistas.

... a dictadura del proletariado no sólo es plenamente legítima, sino también una necesidad absoluta para las masas trabajadoras, y el único medio de defensa contra la dictadura de la burguesía... No puede haber término medio entre la dictadura de la burguesía y la dictadura del proletariado. Todo sueño de una tercera solución es una lamentación reaccionaria de la pequeña burguesía.

La dictadura del proletariado se parece a la dictadura de las demás clases en que emana -como todas las dictaduras- de la necesidad de aplastar por la fuerza la resistencia de la clase que ha perdido la hegemonía política. Pero al contrario de la dictadura de la burguesía, la del proletariado es el aplastamiento por la fuerza de la resistencia de los opresores; esto es, de una minoría insignificante de la población, de los propietarios de inmuebles y de los capitalistas.

La esencia del poder soviético consiste en el hecho de que la base constante y única de toda la autoridad del Estado y de todo el mecanismo gubernamental es la organización en masa de esas mismas clases que estaban bajo el yugo del capitalismo, es decir, de los obreros y de los semiproletarios (los campesinos que no explotan el trabajo ajeno y que venden parcialmente su fuerza de trabajo).

.. La dictadura proletaria significa: una clase determinada, como la de los obreros de las ciudades, o, en general, de los obreros de las fábricas y de la industria, que se siente capaz de conducir a la masa de los trabajadores y de los explotados al combate para derribar el yugo capitalista y para mantener y afianzar esta victoria. La dictadura

del proletariado consiste también en la creación de una nueva Constitución socialista y en la lucha por la abolición completa de las clases.

Máximo Gorki

LA REBELION DE LOS ESCLAVOS

He recibido una serie de cartas procedentes de diversas personas. Todas tienen un tono desesperado y revelan un pavor mortal. Se nota que los que las han escrito han atravesado muchas horas, muchas jornadas sombrías, que sus corazones están torturados por inquietantes pensamientos que les quitan el sueño.

“¿Qué le ha pasado a ese buen pueblo ruso? ¿Por qué se ha transformado súbitamente en una fiera ávida de sangre?” -me escribe una dama en un papel perfumado. “El Cristo está olvidado, sus doctrinas deshonradas” -me escribe el conde F... “¿Está usted satisfecho? ¿En qué ha parado el gran principio de amor al prójimo? ¿Y la influencia de la escuela y de la Iglesia?” -me pregunta Ch. Bronteim, de Tabor.

Unos rugen y amenazan, otros se limitan a lloriquear. Todos están excitados, deprimidos; todos tiemblan ante la idea de atravesar esta época trágica y noble. Como no puedo contestar aisladamente a cada uno de ellos, les contesto aquí a todos juntos.

Señoras y señores:

Los días de expiación de vuestra criminal indiferencia frente a la vida del pueblo han llegado. Todo lo que experimentáis, todo lo que os atormenta, lo tenéis merecido. Y no puedo deciros y desearos más que una cosa: que sea realizado más profundamente y más intensamente todavía el horror de esta vida que vosotros mismos os habéis creado. ¿Que vuestros corazones sientan mayor ansiedad todavía; que las lágrimas turben vuestro sueño; que el viento de locura y de crueldad que pasa sobre nuestro país os queme como el fuego! Lo merecéis. Seréis aniquilados; pero es posible que todo lo que aún queda sano y honrado en vuestra alma, sea purificado de la impureza y de la bajeza que en ella habían hecho nido; ¡vuestra alma, con la que tampoco cuidado habéis tenido; vuestra alma, llena de avaricia y de mentiras, de espíritu de dominio, en una palabra: de los instintos más viles.

Señora: ¿queréis saber lo que ha pasado al pueblo? Ha perdido la paciencia. Se ha callado durante mucho, mucho tiempo sin moverse; se ha sometido a la violencia; durante mucho tiempo, sus hombres esclavos han llevado todo el peso de la vida de los poderosos. Pero ahora ya no puede más. Y, sin embargo, está lejos aún de haber sacudido de sus hombros el peso con que se le había cargado. Os habéis asustado muy pronto, señora. Hablando francamente: ¿en qué podía convertirse el pueblo sino en una fiera? ¿Qué habéis hecho para que no sea así? ¿Le habéis inculcado algo razonable? ¿Habéis sembrado la menor semilla de bondad en su alma?

Durante toda vuestra vida le habéis tomado su trabajo, el último bocado de pan, sin comprender siquiera lo que hacíais. Vivíais sin preguntaros qué era lo que os daba la vida, cuál era la fuerza

que os mantenía. Con el esplendor de vuestros vestidos excitabais la envidia de los pobres y de los desgraciados; cuando ibais al campo y vivíais cerca de los mujiks, los mirabais altivamente, como si fueran de una raza inferior. Estos lo comprendían, sin embargo. Son criaturas sensibles y buenas por naturaleza; pero vosotros los habéis hecho malos. Celebrabais fiestas en las que los desheredados no tomaban parte, y ¿queréis que os guarden gratitud? Vuestros cantos, vuestra música no podían ennoblecer a hombres hambrientos. Vuestros aires de condescendencia, despreciativos para el mujik, no podían despertar en su alma ninguna estimación hacia vos. ¿Qué habéis hecho por él? ¿Os habéis ocupado en mejorar su corazón? No; lo habéis hecho cruel. ¿Habéis deseado que fuera más inteligente? No; ni siquiera habéis pensado en ello. El mujik era, a vuestro entender, una bestia de carga, a veces conversabais con él como un salvaje, pero no habéis visto nunca en él un ser humano. ¿Qué tiene, pues, de extraño, que sea para voz un animal feroz?

¡Querida señora! Vuestra pregunta no expresa solamente vuestro desconocimiento de la vida, sino también la hipocresía del pecador, que, sintiendo que ha pecado, no quiere reconocer sus pecados abiertamente.

Sabíais, no podíais dejar de ver cómo vivía el mujik. El hombre que es golpeado, ha de vengarse forzosamente, tarde o temprano. El hombre para el cual no se tiene piedad, no conoce la piedad. Claro está. Más aún: es justo. Comprendedme, pues lo más terrible no es pelearse, sino no poder hacer otra cosa que pelearse; no es lo peor no inspirar la piedad, sino no poder inspirarla. ¿Cómo podéis buscar la piedad en un corazón en el que habéis sembrado la venganza?

¡Querida señora! En Kiev, el buen pueblo ruso ha echado por la ventana de su casa a Bodsky, un gran industrial muy conocido. Asimismo fue arrojada el ama de llaves a la calle. Pero un canario que se hallaba en su jaula fue perdonado. Meditad, pues, esta acción. El canario ha inspirado, en cierto modo, piedad, mientras que el hombre era arrojado por la ventana. Había, por lo tanto, lugar para la piedad en el corazón de los rebeldes. Pero esa piedad no era para los hombres, que no la habían merecido. Ahí está todo el horror de la tragedia.

Querida señora, ¿estáis completamente persuadida de que tenéis derecho a exigir que se conduzcan con vos como con un ser humano, siendo así que vos misma, durante toda vuestra vida habéis carecido de piedad para con vuestro prójimo y no habéis reconocido en él a vuestro igual? Escribís cartas, sois instruida. Probablemente, también habréis leído libros en los cuales se describe la vida de los mujiks. ¿Qué podéis esperar de parte del campesino, cuando sabiendo cómo vivía, no hicisteis nada para mejorar su existencia? Y ahora sois vosotros los miserables. Y he aquí que escribís con una mano que el miedo hace temblar, cartas desesperadas a un hombre que -debéis saberlo- no puede ni disipar vuestros temores ni disminuir vuestra pena.

La expiación está en el orden de las cosas. Vivimos en un país donde, hasta nuestros días, los hombres han sido azotados con la "nagaika", y apaleados hasta producir la muerte; en un país donde han sido rotas las costillas y mutiladas las caras por placer; en el cual las violencias hechas a los hombres no tenían límites; en el cual las torturas han sido variadas infinitamente, hasta volver loco de repugnancia y de vergüenza. Un pueblo educado en una escuela que recuerda de un modo trivial los tormentos del infierno, un pueblo educado a puñetazos, palos y latigazos, no

puede tener el corazón tierno. Un pueblo que los agentes de policía han pateado, será capaz, a su vez, de patear también el cuerpo de los otros. En un país donde la inquietud reinó durante tanto tiempo, es difícil al pueblo realizar, de la noche a la mañana, el poder del derecho. No se puede erigir al que no ha conocido la justicia que sea justo. Todo se comprende en un mundo donde vos, señora, y la sociedad habéis permitido sin protestar que el hombre sea violentado en todas las formas. Los hombres son hoy más profundamente sensibles que hace cincuenta años a la bofetada que vuestro padre dio entonces a su lacayo.

Los hombres se han desenvuelto; y a medida que se desenvolvían, el sentimiento de la dignidad personal crecía en ellos; y, sin embargo, se continuaba tratándolos como esclavos y no viendo en ellos más que a animales. ¡Querida señora! No exijáis de los hombres lo que no les habéis dado. No tenéis derecho a la piedad, la piedad os es desconocida. El pueblo ha sido atormentado y continúa siéndolo por todos los que tenían o tienen aún un poder cualquiera sobre él. Ahora que el zarismo y el capitalismo han llevado al país a la Revolución, todas las fuerzas oscuras de pueblo se han desencadenado, todo lo que ha sido reprimido durante siglos ha hecho explosión y la venganza estalla en todas partes.

Hay, no obstante, en el país otra fuerza, una fuerza luminosa, animada de un gran pensamiento, inspirada por el sueño esplendoroso de un reino de justicia, de libertad, de belleza... Mas ¿para qué describir en palabras, querida señora, la hermosura y la grandeza del mar, a quien ya no tiene ojos para verlas?

Máximo Gorki

AYER Y HOY

Ayer fue el día de la gran mentira, el último día de su reinado.

Desde los tiempos más remotos, los hombres tejían, hilo por hilo, laboriosamente, como arañas, la tela sólida de su prudente vida burguesa, ensuciándola cada vez más con mentiras y con la concupiscencia. Se consideraba como verdad sacrosanta la cínica mentira de que el hombre debe alimentarse del sudor y de la sangre de su igual, y que los medios de la producción -armas en la lucha contra la naturaleza- deben servir como medios de opresión contra el hombre.

Y he aquí que en este camino hemos llegado ayer a la locura de la guerra europea, cuyos relámpagos angustiosos mostraron en toda su monstruosa desnudez la vieja mentira, tan cómoda. Y he aquí que hoy vemos que el viejo mundo está quebrantado y minado hasta en sus fundamentos. Sus secretos tenebrosos se revelan, y hasta los ciegos han recobrado la vista y ven todo el horror del pasado.

Hoy ha llegado el día de pagar el terrible escote de la mentira que reinaba ayer.

Como la paciencia de los pueblos ha llegado finalmente a su término, la violencia de la erupción ha arruinado la vida de ayer, y ya no es posible restablecerla en sus viejas formas del pasado.

¿Está, pues, destruido todo el viejo mundo? No; pero estará destruido mañana.

¡Cuántas cosas terribles! Sin embargo, todas son naturales y comprensibles. ¿No es natural que los hombres —envenenados por los ásperos venenos del poder, del alcohol y de la sífilis— no puedan ser generosos? ¿No es natural que los hombres roben, si ayer el robó era la ley fundamental de la sociedad? ¿No es natural matar miles de personas, si durante más de cuatro años estuvimos acostumbrándonos a matarnos por millones? Lo que fue sembrado ayer, no puede dejar de crecer hoy. El día de hoy es cruel; pero no es él quien ha creado la crueldad. El mal fue creado por la fuerza humana; nada se produce fuera de nosotros. Se percibe netamente entre las ruinas del pasado todo lo que ha legado y cimentado el mal; y todo lo que se ocultaba en el ánimo de los oprimidos, les incita hoy a oprimir a sus antiguos opresores. Ante el espejo de la historia el hombre se presenta desnudo como una fiera, inflamado por un deseo de venganza, tardío e inútil, y por cierto que se puede decir mucho más del hombre de hoy.

Pero el día es demasiado claro, y por esto son tan oscuras las sombras. Es preciso

comprender que hoy, en la pólvora, en el fango y en el caos de la destrucción, la gran obra ha empezado ya: la obra de la liberación de los hombres, fuera de las redes sólidas del pasado, labor terrible y difícil como un parto. Es necesario sentir que el mal de ayer está para expirar junto a los hombres de ayer...

Ahora son los rusos quienes van a la batalla, por el triunfo de la justicia, a la vanguardia de los pueblos -los guerreros menos aguerridos y más débiles-; los rusos, la gente de un país doblemente atrasado, desde el punto de vista económico y cultural; pueblo que en el pasado fue atormentado más que ningún otro. Todavía ayer el universo les consideraba como salvajes, y hoy, muriendo casi de hambre, van hacia la victoria o hacia la muerte, ardientes y bravos, como combatientes veteranos.

Todo hombre que cree sinceramente que la tendencia invencible de la humanidad hacia la libertad, hacia la vida sencilla y racional, no es una vana quimera, sino una fuerza perfectamente real y sólo capaz de crear nuevas formas de vida -que esta fuerza se halla verdaderamente en posición de trastornar el mundo-, todo hombre honrado debe reconocer la significación mundial de lo que están haciendo hoy los revolucionarios rusos.

Lo que se efectúa hoy en Rusia debe considerarse como una tentativa gigantesca de fundar en la vida y traducir en los hechos las grandes ideas y las grandes palabras creadas y pronunciadas por los maestros de la humanidad, por los sabios de Europa. Ayer el pensamiento socialista de Europa enseñaba al pueblo a reflexionar; hoy el pueblo ruso trabaja por el triunfo del pensamiento europeo.

Y si los bravos revolucionarios rusos -poco numerosos, rodeados por enemigos y hambrientos- fuesen vencidos, las consecuencias de una desgracia tan grande pesarían enormemente sobre los hombros de todos los revolucionarios de Europa y de toda clase oprimida.

por esta catástrofe, si se produjese, todos aquellos que hoy no sienten y no comprenden qué lucha tan terrible hacen día tras día los obreros rusos, pagarían esta insensibilidad con su sangre y con su vida.

El corazón honrado no se equivoca; el pensamiento recto no acepta seducciones ni compromisos/la mano honesta no cesa de trabajar mientras el corazón esté latiendo/ y el obrero ruso cree que sus hermanos de espíritu no permitirán que se ahogue la revolución rusa, y que vuelva a la vida lo que fue herido de muerte. Todo lo que está muriéndose va a desaparecer, si las grandes tareas de hoy estuvieren comprendidas por el pensamiento revolucionario de Europa.

Anatolio Lunacharski

LA LABOR DE EDUCACION DEL PODER DE LOS SOVIETS EN RUSIA

En un país que fue mantenido hábilmente en la ignorancia, los deberes de la educación debían revelarse en toda su grandeza a partir de los primeros días de la revolución popular que dio el poder a la masa obrera. Es evidente que ni la toma de posesión del poder político, ni la conquista del dominio económico en el país pueden durar si el pueblo no adquiere al mismo tiempo una educación adecuada.

Una dominación popular consciente que comprenda a todas las masas trabajadoras no es posible sino gracias a un alto grado de cultura popular. En el período transitorio, los intelectuales habrían debido desempeñar un papel extremadamente importante, los intelectuales, que por un privilegio odioso eran los únicos en tener cultura, y que en Rusia estaban considerados como particularmente favorables al pueblo.' Todavía durante el período revolucionario de 1905-1906, Kautsky tenía la esperanza absoluta de que en Rusia la causa de la clase obrera tenía un aliado en la clase intelectual revolucionaria. Pero Kautsky no ha previsto que una vez llegada la hora de la realización de sus sueños, esto es, la hora de la revolución social, esta clase intelectual se transformaría en enemigo de la vanguardia proletaria.

No hay mal que por bien no venga. El odioso sabotaje de la mayoría de los intelectuales rusos (ilos primeros entre todos aquellos que se llaman socialistas!) dio al proletariado una lección maravillosa y acentuó doblemente la imperiosa necesidad para él de adquirir la instrucción lo más pronto posible. La actual generación proletaria debe educarse de cualquier manera, mientras que la generación futura deberá ser completamente educada. Esta tarea tan importante pertenece al Comisariado de la educación popular.

Fue extremadamente difícil realizar este plan, ya que en el campo de los saboteadores los más irreconciliables eran precisamente los maestros de escuela. El organismo central del antiguo ministerio de Instrucción Pública fue también saboteado por los funcionarios.

Nos encontrábamos entre las ruinas, sin guía, sin relaciones reales con la escuela. Estábamos separados de la provincia y no disponíamos sino de un número extraordinariamente restringido de fuerzas pedagógicas especiales.

Otras dificultades surgieron igualmente en nuestro camino en este primer año. Basta recordar que el hecho de haber sido transferido a Moscú el Comisariado durante el

avance alemán en los días que precedieron a la paz de Brest-Litovsk, destruyó todo lo que había sido organizado con tantas dificultades.

A pesar de éstas, el organismo central, y en gran parte también las instituciones locales, han sido puestas otra vez en actividad. La mayoría del cuerpo pedagógico se conduce sinceramente con nosotros, y la otra parte está obligada a obedecernos por necesidad.

Daremos algunas indicaciones acerca del mecanismo que ha substituido el antiguo ministerio y a sus funcionarios locales.

El centro del Comisariado está formado: por el comisario del pueblo, su substituto, y por un Consejo que se compone actualmente de siete personas y el que resuelve todas las cuestiones corrientes que no son de la competencia de los jefes de las divisiones particulares. Las cuestiones de principio son decididas por una "Comisión de Estado para la educación popular", compuesta, además del Consejo, por representantes del poder central de los Soviets, por las organizaciones obreras sindicales y culturales y por aquella parte del cuerpo de enseñanza que se ha puesto sobre el terreno de los Soviets.

Finalmente, las cuestiones demasiado importantes, como la de una reforma escolar general, están preparadas por los "Congresos panrusos", el primero de los cuales fue reunido en agosto de 1918 en Moscú. Este fue muy frecuentado, y estaba dominado por el concepto de unidad y por las ideas comunistas.

Poco a poco, los asuntos de educación van siendo dirigidos por las "Divisiones de educación popular", ligadas al Comité ejecutivo, por el gobierno, y por el distrito de la ciudad correspondiente. A las divisiones del gobierno, del distrito y de la ciudad que corresponden al Consejo central, están anexados Consejos de educación popular, que corresponden en cada lugar a la comisión del Estado.

Se comprende que la primera preocupación del Comisariado de la educación popular fue poner los principios generales de una reforma completa del aparato escolar, heredado del régimen zarista.

Las escuelas de toda clase que se dividían antes, en escuelas populares para las clases inferiores, en escuelas de segunda enseñanza para las clases ricas y cultas, en escuelas para niños y niñas, en escuelas generales y especiales, fueron substituidas por el Comisariado o por la "Escuela unificada del trabajo".

La unificación de la escuela tiene un doble significado: 1) La supresión de las distinciones de clases. La escuela se transforma en una escuela única; desde un principio, todo niño ruso entra en una escuela del mismo tipo, y tiene, como todos los demás, la posibilidad de pasar a las escuelas superiores. 2) Hasta los dieciséis años se evita toda clase de especialización. La instrucción que se adquiere es general, en el sentido más

amplio de la palabra; es técnica y es la misma para los dos sexos. Naturalmente, esto no impide la introducción del principio de la individualización y de la diversidad más grande posible de cada escuela. Una especialización en pleno sentido de la palabra no está autorizada sino para después de los dieciséis años, sobre las bases de una instrucción general y politécnica. Los certificados, como documentos que confieren privilegios, están abolidos; los idiomas antiguos no son obligatorios. Esta escuela unificada al principio, se divide luego en dos grados: el primero comprende cinco años, y el segundo, cuatro. Este ciclo de nueve años es obligatorio.

Nuestra escuela es realmente general. Para conseguir este fin no sólo está suprimido el pago del impuesto escolar, sino que además los niños están alimentados gratuitamente, y los más pobres entre ellos reciben vestidos y calzado. Se comprende que todos los libros escolares son distribuidos gratuitamente.

El Comisariado no desconoce las dificultades innumerables que le ponen obstáculos en su camino. El país está devastado y hambriento; no hay un número suficiente de libros escolares, ni siquiera en las antiguas escuelas y mucho menos en las nuevas, tan considerablemente desarrolladas. Pero el Comisariado, sostenido por el gobierno de los Soviets, combate esta miseria, y espera vencerla, si no inmediatamente, por lo menos en un próximo futuro.

Cuando el Comisariado ha declarado como obligatorio el ciclo de nueve años, todos los Consejos fueron encargados de fijar el total de los niños en edad de frecuentar la escuela, repartirlos y enviarlos a las escuelas y a los institutos siempre que lo permitiera su salud física, y de dar a los demás un certificado en que conste que no es por mala voluntad de sus padres por lo que temporalmente deja de ir a la escuela. Apenas sea fijado en cada lugar el número de estos niños, el Comisariado trabajará sin tardar para extender la red de las escuelas. Porque se tiene la intención de abrir diez mil escuelas de primera enseñanza, y mil escuelas de segunda enseñanza, para el año próximo venidero.

La escuela tiene el carácter de una escuela de trabajo, ya que el trabajo productivo es la base de la enseñanza.

En la escuela de primer grado se trata sobre todo de trabajar en el interior de la escuela: trabajo de cocina, de jardín o de los laboratorios especiales, etc. El trabajo debe tener un carácter productivo, en el sentido de que los discípulos preparan ellos mismos, en la medida de sus fuerzas, los trabajos necesarios para el mantenimiento de la vida común de la escuela. En este grado, la vida común de la escuela tiene más bien un carácter doméstico; en la ciudad, ella se acerca más al tipo de fábrica, y en el campo, al tipo de un taller. Se tiene la intención, según las posibilidades, de transportar al campo las escuelas urbanas durante el verano.

En la escuela de segundo grado se acentúa más todavía el carácter productivo y social del trabajo. En estas escuelas se trata de niños alrededor de trece años. Desde esa

edad, ya les es posible encontrar, fuera de la escuela, un trabajo fácil como participación en el trabajo de fábrica, ayuda en una empresa agrícola modelo, cooperación en un laboratorio, participación del trabajo de una empresa colectiva o del Estado. A partir de tal época de la vida, unimos el trabajo a la lucha de la sociedad por la existencia, y su desenvolvimiento a su educación. La escuela no pierde de vista al adolescente; lo preserva del mal, y, empleando todos sus actos de trabajo para el bien de su desenvolvimiento físico y espiritual, le conduce a través de los dédalos del trabajo productivo colectivo.

Esta tarea es la más nueva, y constituye la más grave de todas las responsabilidades.

Sólo sobre la base de la experiencia y de la cooperación atenta de los pedagogos con los técnicos y con las administraciones de fábricas, podremos encontrar los mejores métodos estableciendo una relación estrecha entre la vida pedagógica y la industria. Entretanto, encontramos precisamente en esto una cosa notable: que es genuino para la solución comunista del problema de enseñanza.

Cada vez que Marx habla de la educación, la pone en relación con la cuestión del trabajo de los niños; afirma que se podrían crear hombres armónicos y verdaderamente modernos, no prohibiendo el trabajo a los niños, sino regulándolo y transformándolo en una base politécnica de educación, uniéndolo a la ciencia, al trabajo físico y al desenvolvimiento estético.

En lenguaje corriente, el trabajo es la base de la escuela pública. Naturalmente, para el adolescente es necesario un cierto aprendizaje, una educación especial de tal o cual técnica. Algunas escuelas de segunda enseñanza pueden -según sus condiciones locales- concentrar su atención sobre la producción local; sin embargo, aun mostrando ejemplos de producción completa, es preciso desenvolver todas las posibilidades de poner al discípulo en contacto con toda la cultura y no limitarle a una especialidad.

La especialización particular, el paso al aprendizaje de un oficio no es necesario, según la opinión del Comisariado, sino en el tercer grado, después de los dieciséis, en las escuelas que llamamos "altas escuelas" o en Institutos que no tienen carácter de escuelas.

Para realizar estas grandes reformas, rápidamente esbozadas, que el Comisariado ha preparado en detalle de acuerdo con el Congreso panruso de la educación popular, es preciso tener un gran número de maestros bien preparados.

La política escolar del Comisariado es la siguiente: 1) paralizar cuanto sea posible la influencia de la sociedad pedagógica panrusa; 2) reunir el cuerpo de enseñanza popular en una gran asociación profesional, que se basará en la "federación de los institutores intemacionalistas"; 3) igualar los derechos y, si es posible, nivelar los pagos de los maestros de escuela primaria y de los profesores de segunda enseñanza; 4) fijar la

norma de los estipendios más elevados; 5) ayudar en todos los casos la creación y desarrollo de los Institutos pedagógicos que preparan a los maestros y profesores; 6) recurrir en el período transitorio a la organización de los cursos pedagógicos sobre una base amplia.

Esta política fue aceptada por una gran cantidad de Congresos pedagógicos, y los últimos puntos fueron fijados definitivamente en la Conferencia de Moscú para la preparación de los maestros.

En todas estas cuestiones, el Comisariado tuvo un éxito real. La sociedad pedagógica es impotente y pide gracia. El cuerpo de enseñanza se organiza cada día mejor; Las decenas de telegramas que el Comisariado recibió de los Congresos de enseñanza demuestran la simpatía creciente del cuerpo de enseñanza popular por el poder de los Soviets. Se puede reproducir aquí una página del informe oficial que el Comisariado popular para la educación ha presentado en septiembre de 1918 al Consejo de los comisarios del pueblo. El informe habla de las medidas tomadas por el Comisariado para elevar el nivel económico, moral e intelectual del cuerpo de enseñanza.

El 25 de junio, el Soviet de los comisarios del pueblo, a la proposición del Comisariado para la educación, tomó medidas que son únicas en los anales de la historia de la enseñanza, no solamente en Rusia. De un golpe, el pago de los maestros y de los profesores fue doblado. La diferencia entre su dotación actual y la precedente les fue abonada para el período de los tres meses que precedían el decreto, esto es, a partir del mes de marzo de 1918. Los gastos del presupuesto de la educación popular han subido a causa de esto a cerca de mil millones para el segundo semestre de 1918. Cuanto más se acerque al ideal de una verdadera educación popular, tanto mayor número de nuevas escuelas se abrirán (para las cuales el estipendio del cuerpo de enseñanza tendrá que ser elevado aún más; los maestros de las escuelas del trabajo unificado del porvenir deben ser puestos en la primera categoría, es decir, en la categoría más alta de los salarios) y tanto más aumentarán los gastos. El balance anual de la escuela del trabajo unificado, si sus planes son completamente actuales con todos sus gastos accesorios, alcanzará la cifra de seis mil millones. Pero la Rusia obrera no regatea cuando se trata de tener una escuela que sea digna del pueblo obrero y campesino, que por vez primera en el mundo ha tomado directamente en sus manos el poder.

Elevar el nivel económico de los educadores no es más que la mitad del trabajo, y no la más importante. La sociedad burguesa no se contentó con abandonar el cuerpo de enseñanza a merced del hambre y del frío, sino que se esforzaba, además, por mantener su espíritu en las tinieblas.

La historia del sabotaje de los maestros ha demostrado cuán bien ha previsto todo la burguesía en este campo. La nueva Rusia necesita educadores, no sólo preservados de la miseria, sino que sean también despertados espiritualmente y sean verdaderamente cultos y bien preparados. Los Institutos que servían a la formación de los maestros

de la antigua especie, las escuelas y los colegios pedagógicos no se han cuidado en absoluto de esta necesidad. Sus cursos fueron mantenidos con intención al nivel de una enseñanza mediocre, aunque no eran frecuentados por adolescentes, sino por adultos que habían demostrado ya sus fuerzas en el trabajo escolar; los Institutos pedagógicos no admitieron sino aquellos que habían enseñado ya durante dos años en las escuelas elementales. La conferencia convocada en la segunda quincena de agosto de 1918, por el Comisariado, para ocuparse de la formación de los educadores ha preparado nuevos planes para los colegios y los Institutos pedagógicos. Estos deben ser transformados en escuelas superiores que serán las "Facultades pedagógicas de las Universidades". En los colegios, en vez de la religión, serán introducidos nuevos cursos de Pedagogía, por ejemplo, la Historia del Socialismo, los principios del Derecho, etcétera.

Estos son, en pocas palabras, los resultados de la labor de los Soviets en el terreno de la formación de los maestros. En octubre de 1918 se han abierto cuatro Institutos pedagógicos, 42 colegios de enseñanza, 10 cursos pedagógicos permanentes y 110 cursos pedagógicos temporales. El Comisariado ha organizado directamente 31 seminarios y seis cursos pedagógicos permanentes. Durante el curso de verano, el Comisariado ha organizado cursos pedagógicos centrales en los cuales han tomado parte más de 800 personas, la mayor parte maestros y maestras de las escuelas populares. Estos cursos, en los que tomaron parte como profesores los compañeros Bujarin, Reissner, etc., tuvieron un gran éxito. Un trabajo semejante se efectúa en las provincias, particularmente en la región del Norte. En Petrogrado fueron organizados un curso para 400 y otro para 2,000 educadores.

En todo el territorio de nuestra patria fueron organizados 11 cursos parecidos con la participación de 200 a 500 auditores cada uno.

El Comisariado considera que no debe limitar su actividad a los niños en edad de frecuentar la escuela, y por esto ha añadido a las escuelas de primer grado jardines de infancia preparatorios, que duran dos años y que son también obligatorios.

Mientras tanto, la División para la educación preescolar ha desarrollado una gran actividad para la creación de campos de juego, de clubs y colonias infantiles. La colonia de trabajo para niños de Tsarskoye-Selo merece una mención especial; es la piedra angular de un plan de transformación del Comisariado, para hacer ese lugar, el más sano de los alrededores de Petrogrado, una inmensa "aldea de niños" (Djetskoye Selo ⁽¹⁰⁾), que podrá recibir varios miles de niños proletarios. Durante el verano, esta colonia contaba 1,500 niños, una parte de los cuales, se encuentra todavía allí. Se espera que al principio del año 1919 se podrán colocar en esta colonia más de 2,000 niños.

Para la cuestión de la alimentación y del abastecimiento de los niños, el Comisariado

10- Juego de palabras. "Tsarkoye-Selo" quiere decir "aldea del Zar"

de la educación popular está en contacto permanente con el Comisariado de la provincia social.

Un decreto del Consejo de los comisarios del pueblo pone todas las escuelas, que tenían otra dirección, en manos del Comisariado de la educación popular. De este modo se transforman todas las escuelas particulares, según las circunstancias.

En lo que concierne a la reforma de las escuelas superiores, diré que esta reforma, propuesta por el Comisariado, ha sido preparada por todas las Universidades y escuelas técnicas superiores de Rusia, en sus localidades y en dos conferencias en Moscú.

Una parte de las proposiciones del Comisariado fue aceptada por el cuerpo de profesores, otra parte fue introducida en contra de la voluntad de éstos; pero con la garantía de que ellos se adaptarían a la voluntad del pueblo revolucionario. Las directivas de la reforma de las escuelas superiores son las siguientes:

En Rusia, la educación de las escuelas superiores es accesible para todos. Todo ciudadano y toda ciudadana que haya cumplido la edad de dieciséis años, puede entrar en la escuela superior que prefiera. Todo el mundo puede seguir los cursos superiores. Al contrario, los trabajos prácticos sólo son accesibles a los que pueden demostrar con un diploma que son capaces de ellos. Las personas que estén preparadas insuficientemente reciben la preparación necesaria bajo la dirección del cuerpo docente de las escuelas superiores en cuestión, en cursos preparatorios especiales.

Los profesores obtienen sus cátedras después de haber hecho unas oposiciones panrusas, que están organizadas de un modo preciso y que se repiten para cada cátedra cada diez años. (Observo que los maestros y profesores de las escuelas unificadas deben ser reforzados en su puesto por los órganos soviéticos, periódicamente, cada diez años.) Las escuelas superiores organizadas de este modo gozan de una amplia autonomía; su dirección está formada en proporción equitativa de profesores, repetidores y estudiantes.

Las escuelas superiores no deben contentarse con ser una asociación de educadores que cumple los viejos deberes de las escuelas superiores. Debe ser, además, una Asociación educadora que contribuya realmente a la educación de la escuela popular; como Asociación educadora, debe organizar desde un principio Institutos de docentes privados, para formar así profesores para las Universidades populares que existen en todas partes en Rusia; luego debe crear cursos accesibles para todos, cursos que llevarán al conocimiento de todos los que quieran extender su educación general, la esencia de los nuevos descubrimientos en los diversos ramos de la ciencia.

El Comisariado tiene también la intención de obligar a todas las escuelas superiores a organizar en su seno sociedades científicas especiales, con el único fin de resolver problemas científicos y entregarse a una labor pura de investigaciones científicas.

Pero como el cuerpo docente, sobre todo el universitario, se opone de un modo extraño a este plan, el Comisariado ha adquirido la convicción de que la vida universitaria no está todavía bastante fuerte para emprender esta triple tarea, y en particular la de la creación de semejantes sociedades científicas, aunque ésta sería una creación muy ventajosa.

La asociación educadora de los antiguos Institutos de educación nos impone el deber de crear posibilidades de educación fuera de las escuelas. Esta es una tarea que el Comisariado considera, inútil es decirlo, como muy importante.

Mientras se espera el advenimiento de las masas recientemente educadas en el sentido comunista que la escuela nos dará, debemos apagar la sed de ciencia de los adultos. Con este fin se ha previsto la fundación de un gran número de Universidades populares en las grandes ciudades y hasta en las aldeas, y, además, el desarrollo de una red de bibliotecas estables y circulantes, y, por fin, la organización de expediciones instructivas en las aldeas, así como la venta de libros por intermedio de los transportes de la dirección de Correos y Telégrafos.

Para unificar la actividad de las grandes bibliotecas centrales, están sometidas actualmente a una "Comisión Central de las Bibliotecas", que se ocupa de abrirlas al público cuanto antes, organizando el empréstito de libros y su envío a los abonados. La Biblioteca pública de Petrogrado ha recibido un nuevo reglamento profundamente democrático e importantes medios para su desarrollo.

Es preciso mencionar, además, que todos los archivos del Estado han sido centralizados y abiertos al trabajo científico.

La inmensa herencia de los zares, de los señores feudales y de las iglesias ha caído en manos del pueblo vencedor. Al lado de los museos oficiales, el Comisariado de la educación popular ha abierto nuevos museos, transformando los castillos históricos de los zares y de la nobleza, que son de un valor artístico muy grande. Para salvar de la destrucción la propiedad artística de gran valor de las clases odiadas, durante los años catastróficos de la revolución, el Comisariado de la educación popular creó un órgano especial, una "Comisión para la conservación de los monumentos" artísticos y antiguos, que no se ha contentado con salvar una gran cantidad de monumentos que habrían sido condenados a desaparecer sin su intervención, sino que se ha transformado en un centro de nacionalización y explotación democrática de todas las conquistas culturales de las clases privilegiadas derribadas.

Del mismo modo, los antiguos teatros imperiales, actualmente teatros del Estado, no sólo han ido a parar a posesión del Comisariado, sino que han adquirido una amplia autonomía artística y funcionan de un modo satisfactorio sin preocuparse demasiado de las condiciones extraordinariamente difíciles del período transitorio, ya que, tanto por medio de su repertorio cuanto con sus representaciones extraordinarias para obreros, se acercan cada vez más al pueblo trabajador, el único espectáculo digno.

Los teatros de Estado en Petrogrado, que por mucho tiempo hicieron una política de sabotaje, acabaron por enviar, hace poco tiempo, al Comisariado del pueblo un mensaje de gratitud muy conmovedor.

Además, el Comisariado mantiene también los teatros de los Soviets; por ejemplo, la ópera soviética de Moscú, que es muy notable por sus esfuerzos, y todos los teatros comunales de Petrogrado.

La "División teatral" estudia ardientemente las cuestiones de una cultura escénica metódica en la escuela unificada, de una educación teatral especializada y la de un teatro para niños; así como también estudia la formación de una historia del teatro, y se ocupa también con empeño en las revistas y libros dedicados a estas cuestiones.

También recibieron una forma democrática la "Orquesta de Estado" y el "Coro de los Cantadores", que de las manos del Ministerio de la Corte pasaron a las nuestras. La "Orquesta de Estado" da actualmente cada semana un concierto de carácter de música académica, dos conciertos populares en las espléndidas salas del Palacio de Invierno, que fue transformado en un "Palacio popular de las Artes", y de vez en cuando un concierto en los diversos barrios de la ciudad.

El "Coro de los Cantadores", y el "Coro del Sínodo", quizás los dos mejores en el mundo entero, han sido transformados en Academias populares de música y de canto, accesibles para todos. Las diversas escuelas de música que dependían antes del Ministerio de la Guerra y del de la Marina, recibieron un carácter puramente popular. Los conservatorios están sometidos a la dirección del Comisariado de la educación popular, y próximamente será convocado un Congreso de músicos para preparar una reforma fundamental de estas escuelas superiores de música.

La "División musical" organiza, además, cursos de canto para los maestros, y tiene la intención de colocar un piano en cada escuela unificada para la educación musical de los alumnos.

La "División de las artes plásticas", que ha suprimido enteramente la Academia artística decadente, democratizó de un modo radical la escuela superior que le ha sido anexada, que fue transformada insensiblemente en una escuela pública; los profesores fueron nombrados por los mismos alumnos, y de este modo fueron fundados los "laboratorios de Estado artísticos y libres". Del mismo modo serán organizadas la Escuela de Stroganov, la Escuela de Stieglitz y tantas otras.

La "División de las artes plásticas" posee una "sección de las artes industriales", que tiene como tarea realizar el lado artístico de la industria, y a este propósito, la fábrica de porcelana construye laboratorios inmensos en Tsarskoye-Selo.

La fábrica de porcelana está acabando, a la demanda del comisario de Abastecimientos, centenas de millares de utensilios de mesa destinados a los campesinos; estos utensilios están ornados por el nuevo escudo de la República de los Soviets y llevan

estampadas algunas sentencias revolucionarias.

La "División de las artes plásticas" tiene igualmente el deber de suprimir los monumentos que expresaban horrores morales o estéticos, y el de levantar monumentos a los grandes revolucionarios, a los pensadores y a los poetas.

En la mayoría de los casos estos monumentos no tienen más que un carácter temporal, y sirven al mismo tiempo para la propaganda de las ideas revolucionarias entre las masas. Los mejores entre estos monumentos quedarán en pie. En Petrogrado, hasta ahora tienen sus monumentos Radischev y Fernando Lassalle. En Moscú fue erigido un monumento permanente a Dostoyevsky y uno muy original a Esteban Rasin.

Además, han sido construidas mesas de piedra y de metal, con inscripciones que sirven a la misma propaganda plástica de la verdad revolucionaria y comunista.

En el dominio de la literatura, el Comisariado ha suprimido completamente el derecho de propiedad literaria postumo, y ha monopolizado por cinco años el derecho de editor de las obras literarias, que con esta medida entraron en el dominio público con el propósito de presentarlas al precio más bajo, y en la forma más perfecta, después de haberlas arrancado de las manos de las empresas particulares.

Mientras se espera la primera edición de nuestros clásicos, revisada por la crítica y publicada, según un espíritu nuevo -como primer autor debe salir Nekrasov, y muy pronto-, la casa de edición del Estado anexa al Comisariado, ha lanzado al mercado una gran cantidad de obras clásicas, para la impresión de las cuales ha empleado la composición existente. Así le fue posible vender a un precio extremadamente barato, las obras de Udensky, Tpls- toy, Tuguenev, Chejov, Shukovsky, Krylov, Kolsov, Nikilin, etc. Aquí sólo indico los autores cuyas obras han salido ya por completo, o que por lo menos varios tomos de ellas se han publicado.

Muy próximamente empezará a funcionar la "División para la literatura extranjera", bajo la dirección de Máximo Gorki. Se ha previsto una nueva extensión de esta edición con la cooperación inmediata de este escritor.

La "División científica" se propone movilizar todas las fuerzas científicas de Rusia, para resolver los problemas que la vida ha puesto al gobierno de los Soviets. La Academia de las Ciencias, la Asociación de las ciencias profesionales, y una gran cantidad de sociedades científicas de toda especie, trabajan en contacto con la "División científica".

Esta División, como la de las escuelas superiores, ha abierto una gran cantidad de nuevos institutos de estudio y de educación y entre ellos el Instituto físico de Moscú, el Instituto Róengten de Petrogrado, el Instituto fotográfico y fototécnico de Petrogrado, la Universidad de Voronesh, Tambov, Nijni-Novgorod, el politécnico de Vosnesensk, Para este último los habitantes han reunido siete millones de rublos. La ciudad de

Nostroma ha recogido igualmente, para la apertura de su Universidad, dos millones de rublos.

Pronto empezará a funcionar en Moscú el Instituto de minería, extraordinariamente importante para Rusia, que deberá ocuparse, sobre todo, en la posibilidad de emplear el carbón ruso.

En contacto estrecho con la División científica del Comisariado de la educación popular trabaja una sección científico-técnica, recientemente organizada, y reunida al Consejo Superior de la economía popular.

El Comité cinematográfico del Comisariado de la educación popular está en contacto con este último. Su actividad, tanto en Petrogrado como en Moscú, se extiende a todo el dominio de la industria cinematográfica, desde la creación y la compra de material hasta la creación y organización de los teatros cinematográficos.

Finalmente, la escuela superior de la ciencia social de Rusia, la "Academia socialista de las ciencias socialistas" depende también del Comisariado de la educación popular, y desempeña como Instituto de educación científica, el papel de un hogar de ideas y de conciencia comunista para nuestro país.

De este sumario, esquemático, el lector podrá ver qué inmenso y rico es el dominio que dirige el Comisariado de la educación popular, qué labor está realizando, y qué resultado más que notable ha alcanzado, a pesar de las circunstancias extraordinariamente desfavorables, aunque estos resultados son modestos, comparados al ideal que nos proponemos.

Además del presente informe, que fue presentado hace mes y medio al Soviet de los Comisarios del pueblo, el Comisariado de la educación popular prepara un informe financiero detallado acerca de su actividad. Presentará el presupuesto y el balance de 1918, que deberá ser determinado a fin del año por el poder central.

Las dificultades que el Comisariado debe vencer son inmensas. Pero lleno del orgullo por el hecho de poder desempeñar el papel de un compañero en la familia unánime de los Comisariados soviéticos, está lejos de la timidez que conduce al oportunismo, como también de la precipitación que suele transformarse en desesperación, y sabe que el fin perseguido no puede ser alcanzado de un solo golpe.

Alejandra Kolontai

LA FAMILIA Y EL ESTADO COMUNISTA

I. La familia y el trabajo asalariado de la mujer

¿Se conservará la familia en el Estado comunista? ¿Será ésta la misma y con la misión que tiene hoy? He aquí una cuestión que atormenta a la mujer de la clase obrera, lo mismo que a sus compañeros, los hombres. En estos últimos tiempos, este problema ocupa particularmente los espíritus en el mundo de los obreros, y esto no debe sorprendernos, ya que la vida cambia ante nuestros ojos; se ven desaparecer poco a poco antiguas costumbres; toda la existencia de la familia proletaria se organiza de un modo nuevo; de un modo insólito y *extraño* afirman algunos. Lo que hace reflexionar a la mujer todavía más en las presentes contingencias es que el divorcio fue facilitado en la Rusia de los Soviets. En efecto, en virtud del decreto de los comisarios del pueblo del 18 de diciembre de 1917, el divorcio ha cesado de ser un lujo, accesible tan sólo a los ricos; en adelante, la mujer obrera no deberá solicitar durante meses, o durante años, un pasaporte separado para reconquistar su independencia y apartarse de un marido bruto o borracho, que la carga de golpes. En adelante, el divorcio se hará en el espacio de una semana o, a lo sumo, en dos semanas. Pero precisamente esta facilidad del divorcio, tan bendecido por las mujeres infelices en su matrimonio, es la que espanta a las demás, especialmente a las que están acostumbradas a considerar al marido como su único sostén en la vida, y que no comprenden todavía que la mujer debe acostumbrarse a buscar y a encontrar este sostén en otra parte, no en la persona del hombre, sino en la colectividad, en el Estado.

No se debe disimular la verdad: la familia normal del pasado, en que el hombre era todo y la mujer no era nada -ya que ella no tenía ni voluntad, ni dinero, ni tiempo para sí misma-, esa familia está modificándose día por día, y podemos afirmar que ya ha caducado. Pero esto no debe espantarnos. Sea por error, sea por ignorancia, estamos dispuestos a figurarnos que alrededor de nosotros todo sigue inmóvil, cuando en realidad todo cambia. "Fue siempre así y seguirá siéndolo siempre". No hay nada tan erróneo como este proverbio. Basta leer cómo vivían los hombres en el pasado, y uno se da cuenta inmediatamente de que todo está sometido a mudanzas y que no hay nada fijo ni invariable, ya se hable de las costumbres o ya de las organizaciones políticas. Y la familia, en las diversas épocas de la humanidad, ha cambiado varias veces de forma, y en el pasado fue muy diferente de la que estamos acostumbrados a ver hoy. Hubo un tiempo en que se conocía solamente una forma de familia: la familia genética, es decir, aquella que tenía como jefe una vieja madre, alrededor de la cual se agrupaban los hijos, los nietos y los bisnietos para trabajar juntos. En otra época se conocía la familia patriarcal, presidida por el padre-patrono, cuya voluntad fue ley

para todos los demás miembros de la familia. También en nuestros días se pueden ver todavía en algunas aldeas estas familias campesinas. En efecto, allí las costumbres y las leyes de la familia no son las mismas que para el obrero de la ciudad; en las aldeas alejadas de los grandes centros se encuentran todavía muchas costumbres que han desaparecido ya en las familias del proletariado urbano. La forma de la familia y sus usos varían según los pueblos. Hay pueblos (por ejemplo, los turcos, los árabes, los persas, etc.) en donde la ley admite que un solo marido tenga varias mujeres. Hubo, y hay todavía, pueblos en donde el uso tolera todo lo contrario, es decir, que una mujer tenga varios maridos. Y por el contrario de la costumbre habitual del hombre de nuestros días, que exige de la joven que permanezca virgen hasta su matrimonio legítimo, había pueblos en que la mujer se vanagloriaba de tener muchos amantes, y llevaba en sus brazos y en sus piernas tantos anillos cuantos amantes tenía... Ciertas costumbres que nos asombrarían y que consideraríamos como inmorales están consagradas en otros países, que, por el contrario, consideran como *pecado las leyes* y las costumbres que rigen en nuestro país. Por esto, no debemos espantarnos con la idea de que la familia está modificándose y porque veamos que desaparecen poco a poco los vestigios del pasado, que ya resultan inútiles, y, finalmente, porque entre el hombre y la mujer se establecen nuevas relaciones. Sólo debemos preguntar: ¿qué ha cesado en las costumbres de nuestra familia y cuáles son, en las relaciones entre el obrero y la obrera, entre el campesino y la campesina, los derechos y los deberes respectivos que armonizarían mejor con las condiciones de existencia de la Rusia nueva, de la Rusia soviética? Sólo se conservará lo que -conviene; todo el resto, todas las cosas viejas e inútiles legadas por la maldita época de esclavitud y de dominación, que fue la de los señores terratenientes y de los capitalistas, todo esto será barrido, junto con la clase de los propietarios.

La familia, en su forma actual, tampoco es otra cosa sino una de las ruinas del pasado. Sólida, ce- riada en sí misma e indisoluble, ya que se considera como tal el matrimonio bendecido por el pope, era también necesario que así fuera para todos sus miembros. Si la familia no hubiera existido, ¿quién habría nutrido, vestido y educado a los niños, y quién los habría guiado a través de la vida? La suerte del huérfano era en el pasado la peor de todas las suertes. En la familia a que estamos acostumbrados, el marido trabaja y mantiene a su mujer y a sus hijos; en cuanto a la mujer, ella se ocupa de su casa, y educa a los niños, según entienda esta misión. Pero desde el siglo pasado esta forma' acostumbrada de la familia se destruye progresivamente en todos los países donde reina el capitalismo, donde aumenta rápidamente el número de fábricas, de las oficinas y de otras empresas capitalistas que hacen trabajar a los obreros. Las costumbres y los usos familiares se transforman a la par con las condiciones generales de la vida. Lo que ante todo ha contribuido a cambiar de un modo radical los usos de la familia fue sin duda la difusión universal del trabajo asalariado de la mujer?. En el pasado, sólo el hombre fue considerado como el sostén de la familia. Pero en los últimos cincuenta o sesenta años se ve en Rusia (en los otros países el mismo fenómeno se produjo un poco antes) que el régimen capitalista obliga a la mujer a buscar un trabajo remunerador fuera de la familia, fuera de su casa. El salario del hombre, del *sostén*, es ya insuficiente para las necesidades de la familia, y]a mujer,

a su vez, se ha visto obligada a trabajar para ganar dinero; también la madre tenía que entrar por las puertas de las fábricas, o de las oficinas. Y año por año se ve aumentar el número de las mujeres de la clase obrera que desertan de la casa, sea para engrandecer las filas de las obreras de fábrica, sea para servir como jornaleras, lavanderas, domésticas, etc. Según un cálculo hecho antes de la guerra mundial, se contaron en los Estados de Europa y América sesenta millones de mujeres que ganaban su vida con un trabajo independiente. Durante la guerra esta cifra aumentó considerablemente. Casi la mitad de estas mujeres son casadas, y se ve por esto qué debe ser la vida de familia allí donde la esposa-madre va al trabajo y está fuera de la casa durante ocho horas al día, que con el trayecto llegan a diez. Su casa está descuidada necesariamente; los hijos crecen descuidados de la vigilancia materna, abandonados a sí mismos y expuestos a los peligros de la calle, donde pasan la mayor parte de su tiempo. La mujer, la madre obrera, suda sangre para cumplir tres tareas al mismo tiempo: trabajar durante ocho horas en un establecimiento, lo mismo que su marido; luego, ocuparse de su casa, y, finalmente, cuidar a sus hijos. El capitalismo ha puesto en los hombros de la mujer una carga que la aplasta; ha hecho de ella una asalariada, sin haber aligerado su carga de ama de la casa y de madre. De manera, que se ve que la mujer se pliega bajo el triple peso insoportable, que le arranca a menudo un grito de dolor, ahogado en seguida, y que a veces también le hace salir las lágrimas. Los afanes eran siempre el destino de la mujer; pero no hubo jamás un destino de la mujer más terrible ni más desesperado que el de los millones de obreras bajo el yugo capitalista de nuestros días.

Cuanto más se generaliza el trabajo asalariado de la mujer tanto más se descompone la familia. ¡Qué vida de familia es aquella en que el marido y la mujer trabajan fuera de la casa, en que la mujer ni siquiera tiene tiempo para preparar la comida a los suyos! ¡Qué vida de familia en que el padre y la madre apenas pueden pasar algunos momentos con sus hijos! En otros tiempos, la vida de familia era muy diferente; la madre, ama de la casa, permanecía en su hogar, ocupándose de él, y no cesaba de vigilar a sus hijos... Hoy, apenas sale la luz, al primer silbido de la sirena de la fábrica, la obrera corre a su trabajo; y cuando viene, por la noche, de nuevo al silbido de la sirena, se apresura para volver a su casa para preparar la comida a la familia y efectuar los trabajos de casa más urgentes. Después de un sueño absolutamente insuficiente, vuelve al otro día a su jornada de obrera; ¡la vida de la obrera casada es un verdadero presidio! No hay que sorprenderse, por consiguiente, si en tales condiciones la familia se desmiembra y se descompone cada día más. Se ve desaparecer poco a poco todo lo que antes hacía sólida la vida de familia y la ponía sobre bases estables. La familia cesa de ser una necesidad, tanto para los miembros que la componen como para el Estado.

¿Qué hacía tan fuerte la familia del pasado? En primer lugar, el hecho de que el marido-padre mantenía la familia; en segundo lugar, que el hogar común era necesario para todos los miembros de la familia, y, finalmente, la educación de los niños por parte de sus padres. ¿Qué queda hoy de todo esto? Hemos dicho ya que el marido ha cesado de ser el único sostén de la familia. En este sentido, la obrera es ya igual al hombre.

Ha aprendido a ganar la vida para sí misma y a veces hasta para su marido y sus hijos. Queda la casa y la educación; así como la crianza de los niños de tierna edad. Veamos de más cerca, si la familia no está a punto de ser descargada también de estas tareas.

II. Los trabajos domésticos cesan de ser necesarios.

En otros tiempos, toda la vida de la mujer de las clases pobres, en la ciudad lo mismo que en el campo, pasaba en el seno de la familia. La mujer no sabía nada de más allá del umbral de su casa, y por cierto, tampoco quiso saber nada. Pero en su casa tenía las ocupaciones más variadas, más útiles, más necesarias, no sólo a la familia, sino también para el mismo Estado. La mujer hacía todo lo que está haciendo ahora en su casa cualquier obrera y campesina, es decir, hacía la cocina, lavaba y repasaba la ropa, limpiaba la casa; pero no hacía solamente esto, sino que debía acudir a muchas otras ocupaciones, de que la mujer de hoy está ya descargada. Hilaba la lana y el lino, tejía la tela y el paño, hacía las medias, hacía encajes, se ocupaba en ahumar la carne o ponerla en sal, fabricaba bebidas caseras y hasta las candelas para alumbrarse. ¿Qué es lo que no hacía la mujer de otros tiempos? He aquí de qué modo pasaban la vida nuestras madres y nuestras abuelas. También en nuestra época, en las aldeas aisladas, lejos de los ferrocarriles y de los grandes ríos se pueden encontrar algunos rincones donde esta manera de vivir de los buenos tiempos antiguos se ha conservado en toda su pureza, donde el ama de la casa efectúa aquellos trabajos de que ya no se cuidan las obreras de hoy.

En la época de nuestras abuelas, todo este trabajo doméstico era esencialmente necesario y útil, ya que de ello dependía el bienestar de la familia; cuanto más resistía a la fatiga el ama de la casa, tanto mejor se vivía en aquella casa, con tanta mayor comodidad y en mejores condiciones. Hasta el Estado sacaba beneficio de esta actividad de la mujer, ya que, efectivamente, la mujer no se limitaba a preparar la comida directamente consumida por la familia, sino que sus manos preparaban múltiples productos, como la tela, el hilo, la mantequilla, etc., es decir, artículos que se podían vender en el mercado y que constituían mercancías y valores.

Es cierto que en la época de nuestras abuelas y bisabuelas, su trabajo no fue valorado por dinero. Pero cada hombre, fuese campesino u obrero, buscaba como esposa a la mujer "de las manos de oro", como se dice todavía en el pueblo, porque los recursos del hombre solo, sin "el trabajo doméstico" de la mujer, habrían sido insuficientes para hacer vivir la futura familia. Pero en cuanto a este punto, los intereses de Estado y de la nación coincidían con los del marido; cuanto más pruebas de actividad dio la mujer en el seno de la familia, tanto mayor número de productos daba (seda, cuero, lana), y el sobrante de estos productos era vendido en el mercado vecino; por consiguiente, la prosperidad económica del país, considerado en su conjunto, aumentó también por este capítulo.

Pero el capitalismo ha cambiado por entero este modo de vivir. Todo lo que se hacía

antes en el seno de la familia, fue fabricado en grandes cantidades en las fábricas. La jnáquina ha reemplazado los dedos hábiles de la mujer. ¿Qué ama de casa se ocuparía actualmente de hacer bujías, hilar lana, tejer tela? Todos estos productos se pueden comprar en la tienda. En el pasado, cada muchacha aprendía a hacer medias. ¿Se ve hoy por hoy una joven obrera que prepare sus propias medias? Ante todo, no tendría tiempo para ello: el tiempo es dinero, y nadie quiere gastarlo de un modo improductivo, sin sacar de ello cierto beneficio. Hoy, toda ama obrera tiene más interés en comprar las medias fabricadas. Es raro ya que una obrera ponga sus pepinos en vinagre, o prepare ` conservas, ya que el tendero vecino los vende. Aunque lo que se prepare en las fábricas es de calidad inferior a lo que fue preparado por las amas de casa, hay que confesar que la obrera no tiene tiempo, ni fuerza para ocuparse tan intensamente de su casa. Es, ante todo, una asalariada, que, debido a su trabajo pagado, se ve obligada a descuidar el hogar. Sea lo que sea, queda el hecho de que la familia contemporánea se emancipa poco a poco en todos aquellos trabajos domésticos, sin los que nuestras madres no podían siquiera figurarse una familia. Lo que en el pasado fue preparado en familia, es fabricado hoy por el trabajo común de los obreros y de las obreras.

Hoy por hoy, la familia consume todavía, pero ya no produce. Los trabajos esenciales del ama de la casa se reducen a tres cosas: servicio de limpieza (limpiar el suelo, sacudir el polvo, encender el fuego, llenar los quinqués, etc.), cocina (preparación de las comidas), lavar, repasar y planchar la ropa.

Estos son unos trabajos penosos y agotantes, que absorben todo el tiempo y toda la fuerza de la obrera, la cual, además de esto, debe trabajar durante ocho horas en la fábrica. Pero es verdad también que el trabajo de nuestras abuelas comprendía una tarea mucho más grande. Pero, por el contrario del trabajo suministrado por nuestras abuelas, el trabajo actual de la mujer ha cesado de ser necesario para el Estado desde el punto de vista de la economía nacional. Estos trabajos ya no son valores nuevos y no contribuyen a la prosperidad general del país. El ama de casa podrá pasar el día, desde la mañana hasta la noche, en limpiar su pobre habitación, en lavar y planchar sus ropas, en consumir sus fuerzas sin cesar para tener en orden sus vestidos gastados; podrá preparar los mejores platos que le sea posible hacer con las modestas provisiones de que dispone; todo su trabajo resultará, sin embargo, improductivo, y cuando venga la noche, no quedará huella material alguna de su labor, y sus manos incansables no habrán construido nada que constituya un valor en el mercado comercial. El ama de casa podría vivir durante mil años, y el mundo marcharía siempre igual; siempre habría que quitar el polvo, su marido volvería a casa todas las noches teniendo hambre, y los niños ensuciarían otra vez sus vestidos.

El trabajo del ama de casa se hace cada día más inútil y más improductivo.

La casa individual está en peligro, y está reemplazada cada día más por la casa colectiva. Pronto, la obrera no podrá ocuparse ya de cuidar ella misma su casa; en la

sociedad comunista de mañana, este trabajo será realizado por una categoría especial de obreras que no harán otra cosa. Las mujeres de los ricos se han emancipado desde hace mucho tiempo de estas fatigas aburridas e ingratas. ¿Por qué la obrera ha de seguir sometida a esta carga? En la Rusia de los Soviets la vida de las obreras debe ser rodeada de las mismas comodidades, de la misma luz, de la misma higiene, y de la misma belleza de que se rodeaban hasta ahora las mujeres ricas. En una sociedad comunista, la obrera no deberá ocupar sus horas de ocio, demasiado raras, en hacer la cocina, ya que en la sociedad comunista habrá restaurantes populares y cocinas centrales, adonde todos podrán ir para tomar sus comidas. Ya bajo el régimen capitalista empezaron a crearse estas instituciones. En efecto, desde hace medio siglo, en todas las grandes ciudades de Europa aumentaba considerablemente el número de los restaurantes y de los cafés. Pero, mientras que en el régimen capitalista sólo las personas cuyo bolsillo estaba lleno de dinero podían permitirse el lujo de tomar sus comidas en los restaurantes, en la ciudad comunista todo el mundo podrá ir a comer en los restaurantes. Lo mismo sucederá en cuanto al lavado de la ropa y otros trabajos que hoy son todavía domésticos; la obrera no será ya obligada a extenuarse en un lavadero ni a cansar sus ojos repasando la ropa. La obrera llevará cada semana su ropa a los lavaderos, centrales, y cuando vaya a buscarla, encontrará todo lavado y planchado; será una preocupación de menos para la obrera. Por otra parte, los talleres especiales para la reparación de los utensilios domésticos permitirán a la obrera consagrar sus horas de ocio a lecturas instructivas, a distracciones sanas, en vez de pasarlas, como están haciendo ahora, en trabajos ingratos. Mientras tanto, los últimos trabajos domésticos que están todavía a cargo de nuestras amas de casa están a punto de desaparecer bajo el régimen comunista" triunfante. Y, por cierto, la obrera no llorará por ello. La sociedad comunista no habrá despedazado el yugo doméstico de la mujer sino para hacer su vida más libre, más rica, más completa y más agradable.

III. La educación de los hijos incumbe al Estado.

¿Pero entonces que quedará de la familia cuando todos los trabajos de la casa desaparezcan? Los hijos. Pero, también en este problema, el Estado proletario vendrá al socorro de la familia, reemplazándola: la sociedad se encargará gradualmente de todo lo que antes incumbía a los padres. Ya bajo el régimen capitalista, la instrucción del niño había cesado de estar al cargo de los padres: los niños estudiaban en las escuelas. Cuando el niño llegó a la edad de ir a la escuela, los padres respiraron; desde aquel momento, el desenvolvimiento intelectual de su hijo cesó de ser su preocupación. Pero con esto no acabaron todas las obligaciones de la familia hacia los niños; queda todavía el problema de alimentarlos, calzarlos, vestirlos, hacer de ellos obreros hábiles y honrados que más tarde estén en condiciones de vivir por sí mismos, y sean el sostén del padre y de la madre en la vejez. En realidad, la familia obrera conseguía rara vez cumplir integralmente todas estas obligaciones hacia sus hijos, y los salarios demasiado módicos apenas le bastaban para dar a los niños suficientes alimentos, y la falta de tiempo disponible impedían al padre y a la madre consagrar a la educación de los chicos todo el tiempo que era necesario. La familia

estaba obligada a educar a los hijos, ¿pero los educaba en realidad? La calle es la que educa a los niños proletarios; ellos ignoran las dulzuras de la vida de familia, dulzuras de que gozaron todavía nuestros padres y nuestras madres.

Además, los salarios bajos de los padres, la falta de seguridad y también el hambre llevan el resultado que, a los diez años apenas, el niño proletario se hace a su vez un obrero independiente. Ahora bien, apenas empiezan a ganar el niño, o la niña, se sienten dueños de su persona, de manera que los consejos o las órdenes de sus padres cesan de tener influencia sobre ellos; la autoridad de los padres se debilita, y los niños ya no les obedecen. En el mismo modo en que desaparecen uno a uno los trabajos domésticos de la familia, así se ven desaparecer todas las obligaciones respecto a los niños. Estas obligaciones, alimentación y educación, la sociedad las cumple en vez de los padres. Para la familia proletaria, bajo el régimen capitalista, los hijos eran a menudo un peso, una carga insoportable.

También en este problema, la sociedad comunista ayudará a los padres. En la Rusia de los Soviets, por la cura del Comisariado de la Instrucción Pública y de la Previsión Social, se realizan ya muchas cosas con el propósito de facilitar a la familia la tarea de la educación, y de la alimentación de los niños. Casas para niños, escuelas infantiles, colonias y casas para niños enfermos, restaurantes, colaciones gratuitas en las escuelas; distribución de manuales, de ropas y calzado a los alumnos. ¿No demuestra, acaso, - esto que la infancia sale de los cuadros de la familia y que se traslada de los hombros de los padres a los de la colectividad?

El cuidado de los niños, por los padres, consistía en tres partes principales: la que comprendía el cuidado propiamente dicho de los pequeñitos; la que concernía a la educación del niño, y, finalmente, la que se refería a su instrucción. En cuanto a la enseñanza de los niños en las escuelas primarias y más tarde en los Institutos y en las Universidades, ya en la sociedad capitalista, es tarea del Estado. Las necesidades de la clase obrera, sus condiciones de vida, imponían imperiosamente, hasta en la sociedad capitalista, la creación de todo un sistema de instituciones de educación para los niños, como campos de juego, escuelas infantiles, casas para chiquillos, etc. Cuanto más conscientes eran los obreros de sus derechos, y cuanto mejor estaba organizado el Estado, tanto más dispuesta se mostraba la sociedad a descargar a la familia del cuidado de los niños. Pero la sociedad burguesa temía favorecer demasiado los intereses de la clase obrera, y contribuir con esta medida a la descomposición de la familia. Los capitalistas no ignoran que la antigua familia —con la mujer esclava y el hombre responsable del mantenimiento y del bienestar de los suyos— es el mejor medio para limitar el esfuerzo proletario hacia la libertad, y para debilitar el espíritu revolucionario del obrero y de la obrera. La preocupación por la familia encorva la espalda del obrero y le hace transigir con el capital. ¿Qué no harían un padre y una madre cuando sus hijos tienen hambre? Ahora bien, al contrario de la sociedad capitalista que no ha sabido transformar la educación de la juventud en una obra verdaderamente social, en una obra del Estado, la sociedad comunista considera la educación social de las generaciones jóvenes como la misma base de sus leyes y de

sus costumbres, como la piedra angular de nuevo edificio. No és la antigua familia mezquina y egoísta, con sus disputas entre los padres, con la exclusiva preocupación de los suyos, la que debe formar al hombre de la sociedad de mañana, sino que deben formarlas nuevas obras socialistas, como campos de juego, jardines, etc., en donde el niño pasará la mayor parte del día, y donde educadores competentes harán de él un comunista consciente de la grandeza de esta consigna sagrada: "Solidaridad, compañerismo, ayuda recíproca, devoción a la colectividad".

Pero, una vez quitada la educación y la enseñanza, ¿qué quedará de las obligaciones de la familia hacia el niño, sobre todo después de que ésta se vea también libertada de la mayor parte de las preocupaciones materiales que se refieren a aquél, excepto lo que concierne al cuidado de un pequeño niño de corta edad, cuando necesita aún el seno maternal, o cuando sus pasos vacilan todavía, y tienen que asirse a la falda de su madre? Pero el Estado proletario interviene hasta en esa edad, si la madre necesita esta intervención, y ya no habrá madres solteras abandonadas con sus niños al brazo. El Estado de los obreros asume la tarea de asegurar la subsistencia de cada madre, que sea casada legalmente o no, mientras ella dé el seno a su hijo: fundará en todas las ciudades Casas de maternidad, creará en todas las ciudades y hasta en las aldeas asilos de infancia y otras instituciones similares, permitiendo así a la mujer servir útilmente al Estado y ser madre al mismo tiempo.

Que las madres obreras no tengan cuidado: la sociedad comunista no se dispone a quitar el niño a sus padres, ni arrancar al nene del seno de su madre; tampoco tiene la intención de destruir a toda costa la familia, ni mucho menos. ¿Qué vemos hoy? La antigua familia se descompone, se libra poco a poco de todos. Iqs trabajos domésticos que antes eran los pilares de la familia, como familia. ¿La casa? También ella ha cesado de ser una necesidad. ¿Los hijos? Los padres proletarios no están en situación de cuidarles detenidamente; no pueden asegurarles la subsistencia ni la educación. Esta es una situación en la que sufren de igual modo los padres y los niños: la sociedad comunista va, pues, hacia el obrero y obrera, y les dice: "Sois jóvenes y os amáis. Cada uno tiene derecho a la felicidad. Vivid, pues vuestra vida. No huyáis de la felicidad, no tengáis miedo al matrimonio, que en la sociedad capitalista era por cierto una cadena para los obreros. Sobre todo, no temáis -ya que sois jóvenes y sanos- dar a la patria nuevos obreros, nuevos ciudadanos. La sociedad de los obreros necesita nuevas fuerzas para el trabajo, y saluda la aparición de cada nuevo niño. Ni siquiera debéis preocuparos del porvenir de vuestro hijo: no tendrá ni hambre, ni frío, ni será infeliz; no le abandonará su destino, como habría ocurrido bajo el régimen capitalista". En la sociedad obrera, apenas nazca el niño, le son aseguradas una ración de subsistencias y cuidados detenidos. El niño será alimentado, educado, instruido por la patria comunista; pero ésta no arrancará al niño de aquellos padres que quieren participar en la educación del pequeño. La sociedad comunista se encargará del peso que comprende la educación de los niños, pero dejará las alegrías y las satisfacciones de los padres a aquellos que se muestran aptos para comprender estos sentimientos. ¿Puede llamarse esto destrucción de la familia por medios violentos, o separación forzosa del niño de su madre?

¿No se debe decir mejor: Ya pasó el tiempo de la antigua familia, y no debido esto a la causa del Estado comunista; esto se debe a la acción de las nuevas condiciones de la vida? La familia cesa de ser necesaria para el Estado, como lo ha sido para el pasado; por el contrario, hoy, la familia aleja inútilmente a la mujer de una labor más productiva y mucho más seria. Pero la familia tampoco es ya necesaria para sus propios miembros, ya que la tarea de la educación de los niños, que le incumbía antes, pasa más cada día a la colectividad. Pero sobre las ruinas de la antigua familia se verá surgir pronto una forma nueva, que comprenderá nuevas relaciones entre el hombre y la mujer, y que será una unión de afecto, de compañerismo, la unión de dos miembros iguales, de la sociedad comunista, ambos libres, ambos independientes, ambos trabajadores. Ya no habrá servidumbre doméstica para la mujer. Ya no habrá desigualdad en el seno de la familia. La mujer no deberá tener miedo a quedarse sin sostén, con sus niños en el brazo si su marido la abandona. En la sociedad comunista, la mujer no depende de su marido, sino de su trabajo. No la mantiene su marido, sino sus propios brazos trabajadores. No tendrá angustia respecto al porvenir de sus hijos, ya que el Estado proletario se encarga de ellos. Se verá el matrimonio purificado de todo el lado material, de todo cálculo de dinero, esta odiosa llaga de la vida de familia de nuestros días. El matrimonio se transforma así en una asociación sublime de dos almas que se aman, que tienen fe ía una en la otra, en una asociación que promete a cada obrero y a caria obrera la satisfacción más completa que puede tocar a uri ser consciente de si mismo y de la vida que le rodea. La unión libre; pero fuerte en el espíritu de compañerismo que la inspirara, en lugar de la esclavitud conyugal del pasado: he aquí lo que traerá al hombre y a la mujer la sociedad comunista de mañana. Ahora bien, en cuanto estén transformadas las condiciones del trabajo, o sea aumentada la seguridad material de las obreras, y después de que el matrimonio celebrado en la iglesia -que de palabra era insoluble, pero de hecho no era sino un engaño-, después de que este matrimonio haya cedido su puesto a la unión libre y sincera del hombre y de la mujer, amantes y compañeros, se verá desaparecer al mismo tiempo aquella otra llaga vergonzosa, aquel otro mal horroroso, que deshonra la humanidad, y que pierde a la obrera que tiene hambre, esto es: la prostitución.

Este mal lo debemos al régimen económico vigente, a la institución de la propiedad privada. Una vez abolida ésta, la trata de mujeres desaparecerá también.

Que las mujeres de la clase obrera no se lamenten, pues, al ver que la familia actual está condenada a desaparecer. Harán mejor si saludan con alegría la aurora de la nueva sociedad que les libertará de la servidumbre doméstica, que les aligerará la carga de la maternidad, y en la que se verá cesar, finalmente, la más terrible de las maldiciones que pesa sobre la mujer, y la que se llama: prostitución.

La mujer que está llamada a luchar por la gran obra de la redención de los obreros, debe comprender que en la sociedad nueva no podrá existir la división de antes: "Estos son mis hijos, y a ellos va toda mi solicitud maternal, todos mis afectos. Aquellos son los hijos de mi vecina, y no me importan. Me bastan los míos". En adelante la obrera madre, consciente de su tarea social, debe elevarse al punto de no hacer diferencia

entre "el mío y el tuyo", debe recordar que no hay más que "nuestros" hijos, los de la sociedad comunista, comunes a todos los obreros.

El Estado proletario necesita una nueva forma de relaciones entre los sexos. El afecto restringido y exclusivo de la madre por su hijo debe engrandecer y abrazar a todos los hijos de la gran familia proletaria. En vez del matrimonio indisoluble, basado en la servidumbre de la mujer, se verá nacer la unión libre y fuerte del amor mutuo de dos miembros de la sociedad trabajadora, iguales en sus derechos y en sus deberes. En vez de la familia individual y egoísta, surgirá la gran familia universal obrera, donde todos los trabajadores, hombres y mujeres, serán ante todo hermanos y compañeros. Estas serán las relaciones entre el hombre y la mujer en la sociedad comunista de mañana. Estas nuevas relaciones asegurarán a la humanidad todos los goces del amor libre, ennoblecido por la verdadera igualdad social de los dos sexos, goces que eran ignorados en la sociedad mercantil del régimen capitalista.

¡Paso a los niños sanos y risueños; paso a la juventud vigorosa, enamorada de la vida y de sus alegrías, libres en sus sentimientos y en sus aficiones! Este es el lema de la sociedad comunista. En nombre de la igualdad y del amor libre, hacemos un llamamiento a los obreros y a las obreras, a los campesinos y a las campesinas para emprender con valor y con fe la obra de reconstrucción de la sociedad humana, con el propósito de hacerla más perfecta, más justa y más apta para asegurar al individuo la felicidad que merece. El estandarte rojo de la revolución social que, después de Rusia, también en otros países ondeará al viento, nos anuncia ya el próximo advenimiento del paraíso terrestre, al cual aspira la humanidad desde hace siglos.

Gregorio Chicherin

LOS ALIADOS Y LA CONTRARREVOLUCION

Los preciosos documentos que se encontraron sobre el general Grichin-Almazof en el momento en que cayó en las manos de los marineros rojos del mar Caspio, permiten entrever un cuadro extraño de las relaciones que existen entre los contrarrevolucionarios de Denikin y los aliados. Se creería que estas relaciones fuesen las de una amistad estrecha y sin sombra. Pero en realidad, los antiguos generales del Zar manifiestan hacia los aliados una desconfianza absoluta y hasta odio, y al mismo tiempo un desprecio sin límites hacia los "peluqueros" y los "judíos masones", como ellos llaman a los franceses.

La *Pravda* del 13 de julio ha publicado ya algunas cartas, escritas por personalidades influyentes del campo de Denikin, y precisamente en una de estas cartas (en el mensaje enviado por el colaborador de Denikin, Pronin, al Estado Mayor de Kolchak) es donde los franceses son denominados "judío masones". Un estado de espíritu análogo se halla también en los demás documentos íntimos que pertenecen a la misma serie. Los generales zaristas siguen siendo los mismos. Los dignatarios del Zar se han hecho mendigos que viven de la limosna de la Entente; pero sus sentimientos no han cambiado. En el informe presentado por el general Grichin-Almazof a la Conferencia de Jassy, celebrada entre el 30 de noviembre al 12 de diciembre de 1918, informe unido a los documentos que hoy poseemos en el memorial de Miliukof, la acción de los aliados en Siberia está caracterizada del siguiente modo: "Ellos (los aliados) se han entregado a la especulación en una vasta escala (la mayor parte de los cónsules son peluqueros y profesores de idioma), y tienen una actitud provocadora". A este desprecio aristocrático se unen consideraciones políticas de dos especies. Los denikianos temen que después de haberles restituido el poder en Rusia, los aliados no se marchen por su propia voluntad, y preferirán seguir siendo los amos del país reconquistado; por cierto este temor es muy fundado. Al mismo tiempo, los denikianos siguen con ansiedad continua la política de los gobiernos de la Entente que se esfuerzan -como lo había hecho Alemania- en crear a la periferia de Rusia, Estados más o menos independientes, con el propósito de hacerse realmente los dueños de aquellas nuevas repúblicas... y de disminuir así el territorio de la "gran Rusia", que los patriotas denikianos querrían conservar íntegro, para explotarla ellos mismos.

Entre los documentos que componen los archivos de Grichin-Almazof hay uno titulado "Alfabeto". Esto es, la colección de los informes de servicio de información secreta que tiene agentes en Retrógrado, Moscú, Kiev, Odesa, en Crimea y en el Cáucaso. Cada uno de esos agentes era designado con una letra del alfabeto ruso. Bajo la letra "S"

se oculta el conocido "kadete" Stepanof, que en la "Conferencia especial" establecida por Denikin fue inspector del Estado.

Informes extremadamente interesante y pintorescos ilustran muy netamente para nosotros la extremada desconfianza de los denikianos hacia los aliados, gracias a cuya benevolencia existen todavía hoy. En su informe del 11/13 de febrero, Stepanof escribe: "Es un hecho que la lucha por la unidad de Rusia conducida por el ejército voluntario debe comprender simultáneamente un gran número de frentes. Los principales son: el frente bolchevique, el frente separatista, el frente de las imperfecciones internas, el frente del desbarajuste político, y el frente... es penoso, duro y triste decirlo: el frente aliado anglo-francés".

En la carta, fechada del mismo día, que dirige a Maklakof, el dicho Stepanof revela el secreto que le pesa sobre el corazón: "¿No se nos obligará a pagar, por la sangre francesa e inglesa vertida en Rusia y por Rusia, en esferas de intereses, por medio de la "turquización" de la "persianización" y de la "egiptización" de Rusia? Que nos envíen mayor número de tanques, de cañones y de productos manufacturados y más dinero, pero menos soldados aliados". Estas frases fueron subrayadas con lápiz verde por Grichin-Almazof, que escribió al margen: "Es exacto".

En su informe a la Conferencia de Jassy, Grichin-Almazof caracteriza así la conducta de los ingleses en la región Transcaspiana: "Los ingleses han ocupado hasta Krasnovodsk y Mery, es decir, al Turkestán libre. Su representante es el coronel Astocks, un rusófobo muy conocido; esto es un desafío directo lanzado a los rusos. En lo que concierne a la condición de los rusos, son tratados con desdén, como los indígenas de la India; en una palabra, los ingleses hacen una política colonial".

Las lamentaciones formuladas contra el apoyo, acordado por los aliados a toda especie de repúblicas locales más o menos independientes, son el "leitmotif" continuo, que se hallan sin excepción en todos los documentos de la colección Grichin-Almazof. Se repiten, sobre todo, estas lamentaciones: los aliados ayudan demasiado poco a los denikianos, envían muy pocas municiones; su ayuda es demasiado débil e indecisa, y al mismo tiempo, la predilección de los aliados va hacia las repúblicas transcaspianas y, sobretodo, a Petliura. Mientras fue gobernador militar de Odesa, Grichin-Almazof no cesó de chocar contra la política francesa en el sur de Rusia; y en los documentos que constituyen sus archivos, se encuentran diariamente huellas de la lucha perpetua que él ha hecho junto a los demás denikianos contra el coqueteo sistemático y continuo de los franceses con los partidarios de Petliura. Es muy curiosa la carta dirigida a Maklakof por el "centro nacional" de la Rusia del Sur, importante organización que comprende un gran número de miembros de la conferencia especial de Denikin, como Sazanof, Stepanof, Neratof, Maslof, Chelinchef, Astrof y otros "kadetes" bien conocidos, como Panin, Dolgorukof y M. Fedorof, como presidente. Esta carta es un acto de acusación contra los aliados que sostienen demasiado débilmente la causa de la unidad de Rusia, mientras que defienden con celo la independencia de Georgia, y están en relaciones con los partidarios de la Ucrania nacionalista. "Es acaso tal

la situación que nuestros amigos y aliados no necesitan más de una Rusia unida y fuerte, y que sería ventajoso para ellos tener una Rusia despedazada y debilitada? Se diría que, después de la desaparición de una Alemania grande y potente (Francia opina que este país está debilitado, por lo menos, para un siglo), una Rusia fuerte no fuese ya necesaria. Es preferible tener a una Rusia que obedezca a todo, y que pueda ser utilizada por todos para alcanzar sus fines; esto es más ventajoso que una Rusia potente, con la cual habría que contar otra vez, como un factor de la política mundial". El representante del imperialismo ruso derribado, que espera reconstituirlo con la ayuda de los aliados, indignado por la ayuda insuficiente, amenaza con el castigo que infligiría a los aliados la futura Rusia imperialista reconstituida: "¡Ay de aquel que se aleja de ella en el momento de la desgracia, y se aprovecha de sus desdichas para intentar debilitarla!"

El "centro nacional" también amenaza a los aliados con otra cosa, y en esto da prueba de una perspicacia real. "Es en vano que los aliados esperen estar "asegurados" contra el bolchevismo. Creen que el bolchevismo es una enfermedad de los débiles y de los vencidos. Se equivocan; hay enfermedades que tampoco los fuertes pueden evitar". "En el fondo, el bolchevismo es la predicación de la lucha de clase, es una proposición hecha a las masas de ejecutar inmediatamente la revolución social, y apoderarse de todo lo que pertenece a los ricos y a los poderosos. Esta proposición tiene un enorme poder de seducción sobre las masas". "¿Resistirá a la tentación el proletariado francés? Evidentemente, en este momento se celebra en Francia la fiesta de la victoria; pero una fiesta no puede durar eternamente. Cuando los soldados vuelvan a sus hogares y se pregunten qué les ha dado la victoria, cuando comparen lo que les da la democracia con lo que les promete el bolchevismo, ¿podrán resistir a la tentación?" "La antipatía social que Proudhon sentía ya con tanta penetración, no puede ser aniquilada para siempre por ninguna guerra victoriosa. Mientras el hogar de la infección bolchevista no esté destruido en Petrogrado, en Moscú y en Alemania, amenazará a Francia. Y cuando nuestros amigos y aliados sostienen hoy el bolchevismo en Rusia con su indecisión y tolerancia, preparan su propia ruina. Hace un año, Alemania estaba separada del bolchevismo por medio de una fosa enorme, y hoy no consigue vencerle en su propio país. Si lo mismo ocurre en Francia, ésta no irá lejos con su victoria". "Sabemos que una argumentación de este género no vale gran cosa a los ojos de los franceses, y hasta les irrita. En su orgullo y en su confianza en sí mismos, no quieren comprender que semejante argumentación no es una intimidación artificial, sino que está basada en un conocimiento profundo de la infección bolchevique. No tenemos más energía para convencer a los aliados: quizás el destino debe cumplirse, y la revolución social debe recorrer su curso fatal por toda Europa. Quizás Proudhon tenía razón cuando previa esta revolución, y la preveía como inevitable. ¿No asistimos, en verdad, a la acción de un factor histórico?"

En el llamado "Alfabeto", una serie entera de documentos está consagrada a la política compleja que se hace en la Rusia meridional por parte de los representantes de Francia, que los denikianos tratan de persuadir, en vano, que ellos son los únicos amigos seguros de la Entente, y la única fuerza capaz de hacer algo contra el bolchevismo.

Por parte de los aliados, el papel principal está desempeñado por un cierto coronel Freidenberg, en cuyas manos los generales D'Anselme, Berthelot y Franchet d'Esperey no son más que peleles. Los autores de los documentos Grichin-Almazof no encuentran palabras bastantes fuertes para estigmatizar la política plena de malicia y de doblez del coronel Freidenberg, que según ellos es, además de esto, de una miopía política desconcertante. En sus conversaciones con los denikianos, Freidenberg no cesa de declararse partidario de una Rusia unida e indivisible; pero se ve que no está convencido de que los denikianos sean tan fuertes como pretenden, ser; ni tan seguros de sí mismos como quisieran hacerlo creer. Ante nosotros se desarrolla el cuadro pintoresco de los disentimientos perpetuos que laceran el campo de los guardias blancos. Cuanto más restringido sea el radio en el cual se ejerce su poder, tanto más se fraccionan, y tanto más se entregan a las luchas intestinas. Y todos se quejan del coronel Freidenberg, se acusan recíprocamente; unos son rivales del ejército voluntario de Denikin y explican a los franceses que los denikianos son incapaces de proceder a una movilización digna de este nombre en la región de Odesa, a causa del odio que la población siente hacia ellos. Se comprende que los denikianos declaren que esto no es sino una calumnia y una mentira. Cuando, por otra parte, Freidenberg ve que elementos muy numerosos se adhieren al movimiento por la independencia de Ucrania, y se agrupan alrededor de Petliura, evidentemente no quiere renunciar a su colaboración "por los bellos ojos" de los denikianos. Pero Francia ve más lejos... Está claro que los denikianos, los contrarrevolucionarios y los demás partidarios de la reconstrucción de la unidad del Estado ruso tienen perfectamente razón, cuando acusan a Francia de querer adueñarse de ciertos territorios, mientras apoya el movimiento local por la independencia. Y Freidenberg no lo oculta siempre a los denikianos.

Durante las conversaciones con Chulguin; para asombrarle le enseña el tratado con Petliura, y una nota del directorio ucraniano, en la cual se dice que el "directorio", reconociendo sus errores, pide al gobierno francés que le ayude en su lucha contra los bolcheviques, y se pone bajo la protección de Francia, rogando al representante francés que acepte la dirección general de la administración de Ucrania en el terreno militar, diplomático, político, financiero, económico y jurídico por todo el tiempo que dure la guerra contra los bolcheviques. Freidenberg pregunta triunfalmente a Chulguin: -"¿Qué opina usted de esto?" Chulguin contesta: "-Canallas del género de Petliura pueden firmar lo que se quiera". Esta conversación es el tema principal (que comporta variaciones infinitas) que se encuentra en toda la serie de los documentos Grichin-Almazof. Se recoge en ellos todo lo que pueda comprometer a los franceses. Grichin ha reunido todos los documentos que caracterizan el doble juego de los franceses, su coquetear con los partidarios de Petliura, "bandidos", según la expresión exacta de Grichin-Almazof; su manía desenfrenada de conducirse como amos de Odesa, su impertinencia de soldaduchos que se sienten victoriosos, y al mismo tiempo su verdadera incapacidad de orientarse en una situación, a la cual no están acostumbrados; su ligereza, su descuido, su falta de habilidad militar, la ausencia, por su parte, de las precauciones más elementales en el momento de la ofensiva bolchevique. Por estos documentos aprendemos cómo los franceses han substituido

completamente las autoridades locales de Odesa, ocupando todos los puestos, y que mandaban directamente ellos mismos sin preocuparse de nada. Aprendemos, por ejemplo, cómo los franceses arrojaron a los habitantes de sus casas para ocuparlas ellos mismos, y cómo, por otra parte, acordaron su alta protección al dueño de una casa pública, abierta especialmente para los señores oficiales franceses, y finalmente, cómo este mismo coronel Freidenberg obligó a Grichin-Almazof a pagar sus gastos personales. Aprendemos también cómo los franceses, sin ponerse de acuerdo con nadie, disponían como amos de la administración local, suprimían los periódicos, procedían a toda especie de requisiciones y pesquisiciones, etc. Después de todo esto, llega el momento crítico: la ofensiva de las tropas bolcheviques contra Kherson, y se comprueba que toda la "potencia" de los franceses estaba construida sobre arena: los soldados franceses se negaron a luchar contra los bolcheviques. Después de que algunos "shrapnells" hicieron explosión cerca de la ciudad, el estado de ánimo de los soldados se hace de repente sumamente malo. El comandante de una compañía recibe del Estado Mayor la orden de ocupar un cierto sector; pero la compañía se niega a avanzar y permanece en orden desplegado detrás de los fusiles cruzados en pabellones. Se oyen frases como estas: -"Hemos venido a Rusia para hacer la política, mas no para combatir..."- "Yo debo volver a Francia dentro de quince días, y no tengo la intención de morir en Kherson", etc. El comandante de la compañía se precipita al Estado Mayor, en donde se deja caer en un diván, preso por una crisis histérica; luego me entrega su dinero y sus cartas, pidiéndome que lo hiciera llegar a su mujer, ya que él había decidido suicidarse. Con gran fatiga se consiguió calmarlo". Así cuenta la escena un oficial intérprete ruso en el mismo destacamento francés. Así fue evacuado Kherson por los franceses y ocupado por las tropas bolchevistas.

En los documentos que se refieren a este hecho hay palabras muy duras contra el mando francés: "La ligereza del mando francés... Estamos indignados de la pasividad del mando francés, de la falta de orientación necesaria y, en general, de una negligencia incomprensible en absoluto en todos sus actos... No se puede contar con los franceses". He aquí lo que declaran el 25 de febrero el coronel griego Polokopulos y el jefe del batallón del regimiento griego núm.34, el capitán Vlaklos. Y añaden: "Estamos persuadidos de que tomaréis las precauciones necesarias para que la conversación que hemos celebrado no caiga en las manos de los franceses, ya que, de otro modo, tendríamos muchos disgustos. Tenemos fe en la promesa que nos habéis hecho respecto a este asunto; de manera que no puede amenazarnos ningún peligro".

Grichin-Almazof fue, sin embargo, tan imprudente, que llevó consigo, camino de Siberia, todos estos documentos secretos, que pintan un cuadro tan claro de las relaciones que existen entre los contrarrevolucionarios rusos y los aliados. Todos los aspectos (los más íntimos) de las relaciones establecidas entre los dos campos de ladrones —que en realidad son hostiles uno al otro, aunque en lo exterior finjan una serena amistad—, obtienen hoy la amplia publicidad que ellos merecen, y se les abandona a la apreciación del juez supremo, esto es, de la clase obrera.

Nicolás Bujarin

LA ORGANIZACION DE LAS FUERZAS ARMADAS Y LA ESTRUCTURA DE LA SOCIEDAD

La organización de la fuerza armada está siempre determinada por el régimen social, económico y político, sobre el cual está basada. Tal organización no es en absoluto algo petrificado ni inmóvil; por el contrario, se puede seguir con precisión la evolución (y a veces la revolución) de las formas de organización que toma este problema. Es fácil comprender las causas fundamentales de este fenómeno. La sociedad, con sus tipos históricos mudables, está constituida, en cada momento determinado, según un principio único que se encarna, en sus diversas partes, en un solo y único "tipo". La base de una sociedad en donde reina la esclavitud consiste en las relaciones de clases entre los propietarios de los esclavos y los "utensilios que hablan", desprovistos de todo derecho. La ausencia jurídica de cualquier derecho coincide con la explotación económica. La máquina política está constituida tal como la "estructura económica" de la sociedad. Y en las épocas en que las revueltas de los esclavos amenazaron la existencia de los propietarios, el ejército estaba compuesto por "ciudadanos libres". Los esclavos estaban excluidos de él; eran "indignos de llevar armas".

Tomemos un ejemplo más cercano a nosotros: la sociedad capitalista. Su base económica estriba en las relaciones entre el propietario de los medios de producción (el capitalista) y el obrero asalariado (que no posee nada). El régimen político refleja esta situación, de modo que, o los obreros no son iguales, en cuanto a los derechos, a los capitalistas, de principio y de hecho, o son iguales de principio y de palabra, mas no de hecho. En ambos casos, los burgueses son los que gobiernan; los obreros ejecutan las órdenes y se someten a ellas. En el ejército se comprueban las mismas relaciones. Los elementos que desde el punto de vista económico son los explotadores son los "directores", y en el ejército son los "comandantes", y se organizan en lo que se llama el cuerpo de oficiales. Desde este punto de vista, la fábrica capitalista, cualquier institución del Estado y el ejército del régimen capitalista, están constituidos según el mismo tipo: los elementos de las clases, que en la fábrica se hallan en los grados superiores, se encuentran en el mismo puesto también en el ejército o en cualquier oficina. Por el contrario, los elementos de las clases que se hallan en un grado bajo de la jerarquía de la fábrica, están en el mismo grado también en el ejército o en cualquier órgano del Estado.

Es fácil comprender por qué se comprueba en la sociedad esta unidad *sui generis* de la arquitectura. Esta unidad es la condición indispensable de la estabilidad relativa del tipo social en cuestión. Sin esta unidad, la sociedad, como sistema determinado

de relaciones sociales, se desmoronaría. Resulta de todo esto que un sistema social determinado es tanto más estable, cuanto mayor unidad tenga su plan arquitectónico interno; en otros términos, cuanto más se adapté a las bases económicas la "superestructura" política y social.

Este es también el criterio necesario para decidir la cuestión de la organización de las fuerzas, arpiadas. Poco antes de la Revolución de Octubre, fue - un hecho seguro, que la disciplina había desaparecido en el ejército. Pero ésta había desaparecido lo mismo que la disciplina capitalista en cualquier fábrica. El obrero que en la fábrica ocupaba el puesto inferior, cesó de obedecer al capitalista. La clase obrera reivindicó sus derechos, primero a la inspección, y luego a la dirección de las fábricas. Ella no quiso y ño pudo trabajar más, obedeciendo ciegamente a todas las indicaciones del explotador. Pero del mismo modo que el obrero no podía trabajar más para el capitalista, ni obedecerle en las fábricas, tampoco pudo ni quiso obedecerle en el ejército. Así se desmoronó el ejército. La experiencia de las revoluciones húngara y alemana, lo mismo que la rusa, y que la revolución mundial que está madurando, muestran muy claramente que el tipo capitalista de las relaciones entre los hombres muere al mismo tiempo en todos los campos. Por esto es una utopía vana y un contrasentido la esperanza de mantener el viejo ejército.

Examinemos ahora el otro lado de la cuestión

¿Cuál deberá ser la organización de las fuerzas armadas, cuando el comunismo sea establecido definitivamente, es decir, cuando funcione una economía mundial, fraternal y libre? La contestación es evidente: no habrá tal organización, porque no habrá enemigo "externo", ni enemigo "interno". No habrá ni Estado, ni clases: sólo habrá la humanidad.

Pero entre el comunismo mundial y la dictadura del proletariado, como camino hacia el comunismo, hay una serie detestados intermediarios. Se puede imaginar, por ejemplo, una situación como ésta: el comunismo está establecido casi completamente en toda Europa, la producción social está organizada, la burguesía está desde hace tiempo asimilada, las clases han desaparecido, los europeos son ya sencillamente ciudadanos de la sociedad comunista. Pero en Asia y en Africa, el capitalismo se ha desarrollado, la burguesía está bien armada, y hace una política imperialista análoga a la de la burguesía europea caída. Es evidente que en ese caso será necesaria en Europa una organización de las fuerzas armadas. ¿En qué forma? También es fácil contestar respecto a esto. La organización militar de la sociedad comunista, en la que las clases han desaparecido, pero que debe luchar contra la burguesía extranjera, debe ser la milicia socialista formada por el pueblo entero: es el tipo más libre, y más perfecto de organización de las fuerzas armadas; está formada en la profunda consciencia de los miembros de la sociedad socialista, iguales, fusionados' psicológicamente, y que no están divididos por ninguna barrera de clase. Lo que se llama disciplina obligatoria no tiene casi nada que hacer con tal organización militar.

El ejército de la dictadura proletaria debe ser distinto de este tipo de organización de las fuerzas armadas. Esta pertenece a la fase histórica que conduce al comunismo, pero que no es todavía el comunismo. En la Rusia actual la base económica no es una economía social directa de una sociedad sin clases, sino una economía social-política directa del proletariado.

El Estado no está suprimido, sino que reina la dictadura del proletariado; no se comprueba la desaparición total de las clases, sino un estado de guerra civil, más o menos aparente; un estado latente o de lucha social que se desarrolla sordamente. En tales condiciones, la organización de una milicia popular no es oportuna. Esta no correspondería en absoluto a la base económica, ni al tipo del Estado soviético. Nuestro programa dice con razón: "El Ejército Rojo, como instrumento de la dictadura proletaria, debe tener necesariamente un carácter de clase bien marcado, es decir, debe estar compuesto exclusivamente por el proletariado, y por las capas proletarias de la población rural que son próximas a él".

Si la homogeneidad de clase no está completa tampoco en un ejército de este género —y esta ausencia de homogeneidad resulta de la diferencia que existe entre el proletariado, que es el guía consciente de toda la revolución y la ideología de los pequeños propietarios de la población rural—, la hegemonía del proletariado deberá estar asegurada; en primer lugar por el cuerpo de los oficiales proletarios, cuya formación hay que cuidar, y el que según los términos de nuestro programa, es "una de las tareas esenciales", y en segundo lugar, por una disciplina revolucionaria de hierro que es indispensable a causa de la fase del desarrollo. El que conozca la historia de la Revolución Francesa, sabe cómo se organizó el ejército revolucionario.

La organización del ejército debe ser acompañada evidentemente por la instrucción militar de todo el proletariado y semiproletariado, y por la introducción en los programas escolares de las materias que se refieren a tal instrucción. La instrucción militar general debe —en los primeros grados del desenvolvimiento de la dictadura— revestir igualmente un carácter de clase, y sólo se hace "popular" en la medida en que se produce el proceso de deformación de las clases. La determinación concreta de las categorías que deben ser instruidas es una cuestión de tacto político, y está dictada enteramente por el carácter del momento, por el grado de desaparición de las clases y por su asimilación al proletariado.

Sólo en esas condiciones se podrá establecer el sistema de la dictadura del proletariado, y sólo así será victorioso el Ejército Rojo.

Se comprende que en la Rusia soviética el ejército no está "fuera de la política", sino que, al contrario, debe estar absorbido enteramente por la política comunista, y que la labor de instrucción y de educación militar del Ejército Rojo debe basarse en la afirmación del sentimiento de clase y de la educación socialista.

La frase del teórico del imperialismo alemán, Clausewitz, "la guerra es la continuación

de la política, sólo con otros medios”, resultó una verdad evidente. Y sigue siendo cierta, con la diferencia de que hoy a la política del imperialismo sucede la política del comunismo victorioso, de la que los ejércitos de la dictadura proletaria son el instrumento.